

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

CUENTOS DE
MIEDO

E. T. A.
Hoffmann

(1776-1822)

CUENTOS DE MIEDO

Ernst Theodor Amadeus Hoffmann

ÍNDICE

| | |
|-----------------------------|-----|
| EL HOMBRE DE ARENA | 2 |
| HISTORIA DE FANTASMAS | 44 |
| LA CASA VACÍA | 52 |
| VAMPIRISMO | 93 |
| EL HUÉSPED SINIESTRO | 111 |



EL HOMBRE DE ARENA

Nataniel a Lotario

Sin duda estarán inquietos porque hace tanto tiempo que no les escribo. Mamá estará enfadada y Clara pensará que vivo en tal torbellino de alegría que he olvidado por completo la dulce imagen angelical tan profundamente grabada en mi corazón y en mi alma. Pero no es así; cada día, cada hora, pienso en ustedes y el rostro encantador de Clara vuelve una y otra vez en mis sueños; sus ojos transparentes me miran con dulzura, y su boca me sonríe como antaño, cuando volvía junto a ustedes. ¡Ay de mí! ¿Cómo podría haberles escrito con la violencia que anidaba en mi espíritu y que hasta ahora ha turbado todos mis pensamientos? ¡Algo espantoso se ha introducido en mi vida! Sombríos presentimientos de un destino cruel y amenazador se ciernen sobre mí, como nubes negras, impenetrables a los alegres rayos del sol. Debo decirte lo que me ha sucedido. Debo hacerlo, es preciso, pero sólo con pensarlo oigo a mi alrededor risas burlonas. ¡Ay, querido Lotario, cómo hacer para intentar solamente que comprendas que lo que me sucedió hace unos días ha podido turbar mi vida de una forma terrible! Si estuvieras aquí podrías ver con tus propios ojos; pero ciertamente piensas ahora en mí como en un visionario absurdo. En pocas palabras, la horrible visión que tuve, y cuya mortal influencia intento evitar, consiste simplemente en que, hace unos días, concretamente el 30 de octubre a mediodía, un vendedor de barómetros entró en mi casa y me ofreció su



mercancía. No compré nada y lo amenacé con precipitarlo escaleras abajo, pero se marchó al instante.

Sospechas sin duda que circunstancias concretas que han marcado profundamente mi vida conceden relevancia a este insignificante acontecimiento, y así es en efecto. Reúno todas mis fuerzas para contarte con tranquilidad y paciencia algunas cosas de mi infancia que aportarán luz y claridad a tu espíritu. En el momento de comenzar te veo reír y oigo a Clara que dice: “¡son auténticas chiquilladas!” ¡Ríanse! ¡Ríanse de todo corazón, se los suplico! Pero ¡Dios del cielo!, mis cabellos se erizan, y me parece que los conjuro a burlarse de mí en el delirio de la desesperación, como Franz Moor conjuraba a Daniel. Vamos al hecho en cuestión.

Salvo en las horas de las comidas, mis hermanos y yo veíamos a mi padre bastante poco. Estaba muy ocupado en su trabajo. Después de la cena, que, conforme a las antiguas costumbres, se servía a las siete, íbamos todos, nuestra madre con nosotros, al despacho de nuestro padre, y nos sentábamos a una mesa redonda. Mi padre fumaba su pipa y bebía un gran vaso de cerveza. Con frecuencia nos contaba historias maravillosas, y sus relatos lo apasionaban tanto que dejaba que su pipa se apagase; yo estaba encargado de encendérsela de nuevo con una astilla prendida, lo cual me producía un indescriptible placer. También a menudo nos daba libros con láminas; y permanecía silencioso e inmóvil en su sillón apartando espesas nubes de humo que nos envolvían a todos como la niebla. En este tipo de veladas, mi madre estaba muy triste, y apenas oía sonar las nueve, exclamaba: “Vamos niños, a la cama... ¡el



Hombre de Arena está al llegar...! ¡ya lo oigo!” Y, en efecto, se oía entonces retumbar en la escalera graves pasos; debía ser el Hombre de Arena. En cierta ocasión, aquel ruido me produjo más escalofríos que de costumbre y pregunté a mi madre mientras nos acompañaba:

—¡Oye mamá! ¿Quién es ese malvado Hombre de Arena que nos aleja siempre del lado de papá? ¿Qué aspecto tiene?

—No existe tal Hombre de Arena, cariño —me respondió mi madre—. Cuando digo “viene el Hombre de Arena” quiero decir que tienen que ir a la cama y que sus párpados se cierran involuntariamente como si alguien les hubiera tirado arena a los ojos.

La respuesta de mi madre no me satisfizo y mi infantil imaginación adivinaba que mi madre había negado la existencia del Hombre de Arena para no asustarnos. Pero yo lo oía siempre subir las escaleras.

Lleno de curiosidad, impaciente por asegurarme de la existencia de este hombre, pregunté a una vieja criada que cuidaba de la más pequeña de mis hermanas, quién era aquel personaje.

—¡Ah mi pequeño Nataniel! —me contestó—, ¿no lo sabes? Es un hombre malo que viene a buscar a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja un puñado de arena a los ojos haciéndolos llorar sangre. Luego los mete en un saco y se los lleva a la luna creciente para divertir a sus hijos, que esperan en



el nido y tienen picos encorvados como las lechuzas para comerles los ojos a picotazos.

Desde entonces, la imagen del Hombre de Arena se grabó en mi espíritu de forma terrible; y, por la noche, en el instante en que las escaleras retumbaban con el ruido de sus pasos, temblaba de ansiedad y de horror; mi madre sólo podía entonces arrancarme estas palabras ahogadas por mis lágrimas: “¡El Hombre de Arena! ¡El Hombre de Arena!” Corría al dormitorio y aquella terrible aparición me atormentaba durante toda la noche.

Yo tenía ya la edad suficiente como para pensar que la historia del Hombre de Arena y sus hijos en el nido de la luna creciente, según la contaba la vieja criada, no era del todo exacta; sin embargo, el Hombre de Arena siguió siendo para mí un espectro amenazador. El terror se apoderaba de mí cuando lo oía subir al despacho de mi padre. Algunas veces duraba su ausencia largo tiempo; luego, sus visitas volvían a ser frecuentes; aquello duró varios años. No podía acostumbrarme a tan extraña aparición, y la sombría figura de aquel desconocido no palidecía en mi pensamiento. Su relación con mi padre ocupaba cada vez más mi imaginación, la idea de preguntarle a él me sumía en un insuperable temor, y el deseo de indagar el misterio, de ver al legendario Hombre de Arena, aumentaba en mí con los años. El Hombre de Arena me había deslizado en el mundo de lo fantástico, donde el espíritu infantil se introduce tan fácilmente. Nada me complacía tanto como leer o escuchar horribles historias de genios, brujas y duendes; pero, por encima de todas las escalofrantes



apariciones, prefería la del Hombre de Arena que dibujaba con tiza y carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes bajo las formas más espantosas. Cuando cumplí diez años, mi madre me asignó una habitación para mí solo, en el corredor, no lejos de la de mi padre. Como siempre, al sonar las nueve el desconocido se hacía oír, y había que retirarse. Desde mi habitación lo oía entrar en el despacho de mi padre, y poco después me parecía que un imperceptible vapor se extendía por toda la casa. La curiosidad por ver al Hombre de Arena de la forma que fuese crecía en mí cada vez más. Alguna vez abrí mi puerta, cuando mi padre ya se había ido, y me deslicé en el corredor; pero no pude oír nada, pues siempre habían cerrado ya la puerta cuando alcanzaba la posición adecuada para poder verle. Finalmente, empujado por un deseo irresistible, decidí esconderme en el gabinete de mi padre, y esperar allí mismo al Hombre de Arena.

Por el semblante taciturno de mi padre y por la tristeza de mi madre supe una noche que vendría el Hombre de Arena. Pretexté un enorme cansancio y abandonando la sala antes de las nueve fui a esconderme detrás de la puerta. La puerta de la calle crujió en sus goznes y lentos pasos, tardos y amenazadores, retumbaron desde el vestíbulo hasta las escaleras. Mi madre y los niños pasaron apresuradamente ante mí. Abrí despacio, muy despacio, la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, en silencio y de espaldas a la puerta. No me vio, y corrí a esconderme detrás de una cortina que tapaba un armario en el que estaban colgados sus trajes. Después los pasos se oyeron cada vez más cerca,



alguien tosía, resoplaba y murmuraba de forma singular. El corazón me latía de miedo y expectación. Muy cerca de la puerta, un paso sonoro, un golpe violento en el picaporte, los goznes giran ruidosamente. Adelanto a mi pesar la cabeza con precaución, el Hombre de Arena está en medio de la habitación ¡el resplandor de las velas ilumina su rostro! ¡El Hombre de Arena, el terrible Hombre de Arena, es el viejo abogado Coppelius que a veces se sienta a nuestra mesa! Pero el más horrible de los rostros no me hubiera causado más espanto que el de aquel Coppelius. Imagínate un hombre de anchos hombros con una enorme cabeza deforme, una tez mate, cejas grises y espesas bajo las que brillan dos ojos verdes como los de los gatos y una nariz gigantesca que desciende bruscamente sobre sus gruesos labios. Su boca torcida se encorva aún más con su burlona sonrisa; en sus mejillas dos manchas rojas y unos acentos a la vez sordos y silbantes se escapan de entre sus dientes irregulares. Coppelius aparecía siempre con un traje color ceniza, de una hechura pasada de moda, chaqueta y pantalones del mismo color, medias negras y zapatos con hebillas de estrás. Su corta peluca, que apenas cubría su cuello, terminaba en dos bucles pegados que soportaban sus grandes orejas, de un rojo vivo, e iba a perderse en un amplio tafetán negro que se desplegaba aquí y allá en su espalda y dejaba ver el broche de plata que sujetaba su lazo. Aquella cara ofrecía un aspecto horrible y repugnante, pero lo que más nos chocaba a nosotros, niños, eran aquellas grandes manos velludas y huesudas; cuando él las dirigía hacia algún objeto, nos guardábamos de tocarlo. Él se había dado cuenta de esto y se



complacía en tocar los pasteles o las frutas confitadas que nuestra madre había puesto sigilosamente en nuestros platos; entonces él gozaba viendo nuestros ojos llenos de lágrimas al no poder ya saborear por asco y repulsión las golosinas que él había rozado. Lo mismo hacía los días de fiesta, cuando nuestro padre nos servía un vasito de vino dulce. Entonces se apresuraba a coger el vaso y lo acercaba a sus labios azulados, y reía diabólicamente viendo cómo sólo podíamos exteriorizar nuestra rabia con leves sollozos. Acostumbraba a llamarnos los animalitos; en presencia suya no nos estaba permitido decir una sola palabra y maldecíamos con toda nuestra alma a aquel personaje odioso, a aquel enemigo que envenenaba deliberadamente nuestra más pequeña alegría. Mi madre parecía odiar tanto como nosotros al repugnante Coppelius, pues, desde el instante en que aparecía, su dulce alegría y su despreocupada forma de ser se tornaban en una triste y sombría gravedad. Nuestro padre se comportaba con Coppelius como si éste perteneciera a un rango superior y hubiera que soportar sus desaires con buen ánimo. Nunca dejaba de ofrecerle sus platos favoritos y descorchaba en su honor vinos de reserva.

Al ver entonces a Coppelius me di cuenta de que ningún otro podía haber sido el Hombre de Arena; pero el Hombre de Arena ya no era para mí aquel ogro del cuento de la niñera que se lleva a los niños a la luna, al nido de sus hijos con pico de lechuza. No. Era una odiosa y fantasmagórica criatura que dondequiera que se presentase traía tormento y necesidad, causando un mal durable, eterno.



Yo estaba como embrujado, con la cabeza entre las cortinas, a riesgo de ser descubierto y cruelmente castigado. Mi padre recibió alegremente a Coppelius.

—¡Vamos!, ¡al trabajo! —exclamó el otro con voz sorda quitándose la levita.

Mi padre, con aire sombrío, se quitó la bata y los dos se pusieron unas túnicas negras. Mi padre abrió la puerta de un armario empotrado que ocultaba un profundo nicho donde había un horno. Coppelius se acercó, y del hogar se elevó una llama azul. Una gran cantidad de extrañas herramientas se iluminaron con aquella claridad. Pero, ¡Dios mío, qué extraña metamorfosis se había operado en los rasgos de mi anciano padre! Un dolor violento y terrible parecía haber cambiado la expresión honesta y leal de su fisonomía, que se había contraído de forma satánica. ¡Se parecía a Coppelius! Éste manejaba unas pinzas incandescentes y atizaba los carbones ardientes del hogar. Creí ver a su alrededor figuras humanas, pero sin ojos. En su lugar había cavidades negras, profundas, horribles.

—¡Ojos, ojos! —gritaba Coppelius con voz sorda, amenazadora.

Grité y caí al suelo, violentamente abatido por el miedo. Entonces Coppelius me cogió.

—¡Pequeña bestia! ¡Pequeña bestia! —dijo haciendo crujir los dientes de un modo espantoso. Diciendo esto me arrojó al horno, cuya llama prendía ya mis cabellos.

—Ahora —exclamó— ya tenemos ojos, ¡ojos! ¡un hermoso par de ojos de niño! —Y con sus manos cogió del hogar un puñado de carbones ardientes que se disponía a arrojar a mis ojos, cuando mi padre, con las manos juntas, le imploró:

—¡Maestro! ¡Maestro! ¡Deja los ojos a mi Nataniel! ¡Déjase los!

Coppelius se echó a reír de forma estrepitosa.

—Que el niño conserve sus ojos para que éstos realicen su trabajo en el mundo; pero, puesto que está aquí, observemos atentamente el mecanismo de sus pies y de sus manos.

Sus dedos apretaron todas las articulaciones de mis miembros, que crujieron, y me retorció las manos y los pies de una forma y de otra.

—¡Esto no está del todo bien! ¡Tan bien como estaba! ¡El viejo lo ha entendido perfectamente!

Coppelius murmuraba esto mientras me retorció; pero pronto todo se volvió oscuro y confuso a mi alrededor; un dolor nervioso agitó todo mi ser; no sentí nada más. Un vapor dulce y cálido se derramó sobre mi rostro; desperté como del sueño de la muerte. Mi madre estaba inclinada sobre mí.

—¿Está aquí el Hombre de Arena? —balbucí.

—No, mi niño, está muy lejos; se fue hace mucho, no te hará daño.

Así decía mi madre, y me besaba estrechando contra su corazón al niño querido que le era devuelto.



¿Para qué cansarte por más tiempo con estas historias, querido Lotario? Fui descubierto y cruelmente maltratado por Coppelius. La ansiedad y el miedo me causaron una ardiente fiebre que padecí durante algunas semanas; “¿Está aún aquí el Hombre de Arena?” Éstas fueron las primeras palabras de mi salvación y el primer signo de mi curación. Sólo me queda contarte el instante más horrible de mi infancia; después te habrás convencido de que no hay que acusar a mis ojos de que todo me parezca sin color en la vida; pues un sombrío destino ha levantado una densa nube ante todos los objetos, y sólo mi muerte podrá disiparla.

Coppelius no volvió a aparecer, se dijo que había abandonado la ciudad.

Había transcurrido un año, y cierta noche, según la antigua e invariable costumbre, estábamos sentados en la mesa redonda. Nuestro padre estaba muy alegre y nos contaba historias divertidas que le habían sucedido en los viajes de su juventud. En el momento en que el reloj daba las nueve oímos sonar los goznes de la puerta de la casa, y unos graves pasos retumbaron desde el vestíbulo hasta las escaleras.

— ¡Es Coppelius! — dijo mi madre palideciendo.

— Sí, es Coppelius — repitió mi padre con voz entrecortada.

Las lágrimas asomaron a los ojos de mi madre:

— ¡Padre! ¿es preciso?

— Por última vez — respondió —. Viene por última vez, te lo juro. Ve con los niños. Buenas noches.



Yo estaba petrificado, me faltaba el aire. Mi madre, viéndome inmóvil, me cogió del brazo.

—Ven, Nataniel —me dijo—. Me dejé llevar a mi habitación—. Estate tranquilo y acuéstate. ¡Duerme! —me dijo al irse. Pero un terror invencible me agitaba y no pude cerrar los ojos. El horrible, el odioso Coppelius estaba ante mí, con sus ojos destellantes, sonriéndome hipócrita, e intentaba alejar su imagen. Era cerca de media noche cuando se oyó un golpe violento, como la detonación de un arma de fuego. La casa entera se tambaleó, alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto y la puerta de la calle se cerró estrepitosamente de un porrazo.

—¡Es Coppelius! —grité fuera de mí, y salté de la cama. Oí gemidos; corrí a la habitación de mi padre, la puerta estaba abierta, se respiraba un humo asfixiante, y una criada gritaba:

—¡El señor! ¡El señor!

Delante del horno encendido, en el suelo, yacía mi padre muerto, con la cara destrozada. Mis hermanas, de rodillas a su alrededor, clamaban y gemían. Mi madre había caído inmóvil junto a su marido.

—¡Coppelius, monstruo infame! ¡Has asesinado a mi padre!
—grité. Y caí sin sentido. Dos días más tarde, cuando colocaron su cuerpo en el ataúd, sus rasgos habían vuelto a ser serenos y dulces como lo fueron durante toda su vida. Aquella imagen mitigó mi dolor, pensé que su alianza con el infernal Coppelius no lo había llevado a la condenación eterna.



La explosión había despertado a los vecinos, el suceso causó sensación, y las autoridades, que tuvieron conocimiento del mismo, requirieron la presencia de Coppelius. Pero había desaparecido de la ciudad sin dejar rastro.

Si te dijera, querido amigo, que el vendedor de barómetros no era otro sino el miserable Coppelius, comprenderías el horror que me produjo tan desgraciada y enemiga aparición. Llevaba otro traje, pero los rasgos de Coppelius están demasiado profundamente marcados en mi alma como para poder equivocarme. Además, Coppelius ni siquiera ha cambiado de nombre. Se hace pasar aquí —según tengo oído—, por un mecánico piamontés llamado Giuseppe Coppola.

Estoy decidido a vengar la muerte de mi padre, pase lo que pase. No digas nada a mi madre de este encuentro cruel. Saluda a la encantadora Clara; le escribiré con una mayor presencia de ánimo.

Queda con Dios, etcétera.

Clara a Nataniel

Es cierto que hace mucho que no me has escrito pero creo, sin embargo, que me llevas en tu alma y en tus pensamientos; pues pensabas vivamente en mí cuando, queriendo enviar tu última carta a mi hermano Lotario, la suscribiste a mi nombre. La abrí con alegría y sólo me di cuenta de mi error al ver estas palabras: “¡Ay, mi querido Lotario!” Sin duda no debería haber seguido leyendo y debí entregar la carta a mi hermano. Alguna vez me



has reprochado entre risas el que yo tuviera un espíritu tan apacible y tranquilo que si la casa se derrumbara, antes que huir, colocaría en su sitio una cortina mal puesta; pero apenas podía respirar y todo daba vueltas ante mis ojos, mi querido Nataniel, al saber la infortunada causa que ha turbado tu vida. Separación eterna, no verte nunca más, este presentimiento me atravesaba como un puñal ardiente. Leí y volví a leer. Tu descripción del repugnante Coppelius es horrible. Así he sabido la forma cruel en que murió tu anciano y venerable padre. Mi hermano, a quien remití lo que le pertenecía, intentó tranquilizarme, sin conseguirlo. El fatal vendedor de barómetros Giuseppe Coppola me perseguía, y casi me avergüenza confesar que ha turbado, con terribles imágenes, mi sueño siempre profundo y tranquilo. Pero de pronto, desde la mañana siguiente, todo me parece distinto. No estés enfadado conmigo, amor mío, si Lotario te dice que a pesar de tus funestos presentimientos sobre Coppelius no se altera mi serenidad en absoluto. Te diré sinceramente lo que pienso. Las cosas terribles de que hablas tienen su origen dentro de ti mismo, el mundo exterior y real tiene poco que ver. El viejo Coppelius sin duda era repelente, pero, como odiaba a los niños, esto producía en ustedes, niños, verdadero horror hacia él.

El Hombre de Arena de la niñera se asoció en tu imaginación infantil al viejo Coppelius quien, sin que te dieras cuenta, permaneció en ti como un fantasma de tus primeros años. Sus entrevistas nocturnas con tu padre no tenían otro objeto que realizar experimentos de alquimia, cosa que afligía a tu madre



pues posiblemente costaba mucho dinero; y aquella ocupación, además de llenar a su esposo de una engañosa esperanza de sabiduría, lo apartaba del cuidado de su familia. Tu padre sin duda causó su muerte por imprudencia suya, y Coppelius no es culpable. ¿Creeías que ayer pregunté a un viejo vecino boticario si los experimentos químicos podían causar explosiones mortales? Asintió describiéndome largamente a su manera cómo se hacían tales cosas, citándome gran número de palabras extrañas que no he podido retener en mi memoria. Ahora vas a enfadarte con tu Clara; dices: “en su frío espíritu no entra ni un solo rayo misterioso de los que tantas veces abrazan al hombre con sus alas invisibles; ella percibe tan sólo la superficie coloreada del mundo y se alegra como un niño a la vista de frutas cuya dorada cáscara esconde un mortal veneno”.

¡Ah, mi bien amado Nataniel! ¿Acaso no piensas que el sentimiento de un poder enemigo que se agita de manera funesta sobre nuestro ser, no puede penetrar en las almas sonrientes y serenas? Perdóname si yo, una simple jovencita, intento expresar lo que siento ante la idea de una lucha semejante. Quizá no encuentro las palabras adecuadas y tú te ríes, no de mis pensamientos, sino de mi torpeza para expresarlos. Si realmente existe un poder oculto que tan traidoramente hunde sus garras en nuestro interior para cogernos y arrastrarnos a un camino peligroso que habríamos evitado, si tal fuerza existe, debe doblegarse ante nosotros mismos, pues sólo así ganará nuestra confianza y un lugar en nuestro corazón, lugar que necesita para realizar su obra. Si tenemos la suficiente firmeza, el valor necesario para reconocer



el camino hacia el que deben conducirnos nuestra vocación y nuestras inclinaciones, para caminar con paso tranquilo, nuestro enemigo interior perecerá en los vanos esfuerzos que haga por ilusionarnos. También es cierto, añade Lotario, que la tenebrosa presencia a la que nos entregamos crea con frecuencia en nosotros imágenes tan atrayentes que nosotros mismos producimos el engaño que nos consume. Es el fantasma de nuestro propio yo cuya influencia mueve nuestra alma y nos sumerge en el infierno o nos conduce al cielo. ¡Te das cuenta, querido Nataniel! Mi hermano y yo hemos hablado de oscuras fuerzas y poderes que a mí, después de haber escrito, no sin esfuerzo, lo más importante, se me aparecen sosegadas, profundas. Las últimas palabras de Lotario no las entiendo del todo bien, sólo intuyo lo que piensa; sin embargo, me parece rigurosamente cierto. Te lo suplico, aparta de tu pensamiento al odioso abogado Coppelius y al vendedor de barómetros Coppola. Convéncete de que esas extrañas figuras no tienen influencia sobre ti. Sólo la creencia en su poder enemigo las vuelve enemigas. Si cada línea de tu carta no expresara la profunda exaltación de tu espíritu, si el estado de tu alma no afligiera mi corazón, podría bromear sobre tu Hombre de Arena y tu abogado alquimista. ¡Alégrate! Me he prometido estar a tu lado como un ángel guardián y arrojar al odioso Coppola de una loca carcajada si viniera a turbar tu sueño. No le temo en absoluto, ni a él ni a sus horribles manos que no podrían estropearme las golosinas ni arrojarme arena a los ojos. Hasta siempre, mi bien amado Nataniel, etcétera.



Nataniel a Lotario

Me resulta muy penoso el que Clara, por un error que causó mi negligencia, haya roto el sello de mi carta y la haya leído. Me ha escrito una epístola llena de una profunda filosofía, según la cual me demuestra explícitamente que Coppelius y Coppola sólo existen en mi interior y que se trata de fantasmas de mi Yo que se verán reducidos a polvo en cuanto los reconozca como tales. Uno jamás podría imaginar que el espíritu que brilla en sus claros y estremecedores ojos, como un delicioso sueño, sea tan inteligente y pueda razonar de una forma tan metódica. Se apoya en tu autoridad. ¡Han hablado de mí los dos juntos! Le has dado un curso de lógica para que pueda ver las cosas con claridad y razonadamente. ¡Déjalo! Además, es cierto que el vendedor de barómetros Coppola no es el viejo abogado Coppelius. Asisto a las clases de un profesor de física de origen italiano que acaba de llegar a la ciudad, un célebre naturalista llamado Spalanzani. Conoce a Coppola desde hace muchos años y, por otra parte, es fácil observar su acento piamontés. Coppelius era alemán, pero no un alemán honesto. Aun así, no estoy del todo tranquilo. Tú y Clara pueden seguir considerándome un sombrío soñador, pero no puedo apartar de mí la impresión que Coppola y su espantoso rostro causaron en mí. Estoy contento de que haya abandonado la ciudad, según dice Spalanzani. Este profesor es un personaje singular, un hombre rechoncho, de pómulos salientes, nariz puntiaguda y ojos pequeños y penetrantes. Te lo podrías imaginar mejor que con mi descripción mirando el retrato de Cagliostro realizado por Chodowiecki y que aparece en cualquier



calendario berlinés; así es Spalanzani. Hace unos días, subiendo a su apartamento, observé que una cortina que habitualmente cubre una puerta de cristal estaba un poco separada. Ignoro yo mismo cómo me encontré mirando a través del cristal. Una mujer alta, muy delgada, de armoniosa silueta, magníficamente vestida, estaba sentada con sus manos apoyadas en una mesa pequeña. Estaba situada frente a la puerta, y de este modo pude contemplar su rostro arrebatador. Pareció no darse cuenta de que la miraba, y sus ojos estaban fijos, parecían no ver; era como si durmiera con los ojos abiertos. Me sentí tan mal que corrí a meterme en el salón de actos que está justo al lado. Más tarde supe que la persona que había visto era la hija de Spalanzani, llamada Olimpia, a la que éste guarda con celo, de forma que nadie puede acercarse a ella. Esta medida debe ocultar algún misterio, y Olimpia tiene sin duda alguna tara. Pero, ¿por qué te escribo estas cosas? Podría contártelas personalmente. Debes saber que dentro de dos semanas estaré con ustedes. Tengo que ver a mi ángel, a mi Clara. Entonces podrá borrarse la impresión que se apoderó de mí (lo confieso) al leer su carta tan fatal y razonable. Por eso no le escribo hoy.

Mil abrazos, etcétera.

Nadie podría imaginar algo tan extraño y maravilloso como lo que le sucedió a mi pobre amigo, el joven estudiante Nataniel, y que voy a referirte, lector. ¿Acaso no has sentido alguna vez tu interior lleno de extraños pensamientos? ¿Quién no ha sentido latir su sangre en las venas y un rojo ardiente en las mejillas?



Las miradas parecen buscar entonces imágenes fantásticas e invisibles en el espacio y las palabras se exhalan entrecortadas. En vano los amigos te rodean y te preguntan qué te sucede. Y tú querrías pintar con sus brillantes colores, sus sombras y sus luces destellantes, las vaporosas figuras que percibes, y te esfuerzas inútilmente en encontrar palabras para expresar tu pensamiento. Querrías reproducir con una sola palabra todo cuanto estas apariciones tienen de maravilloso, de magnífico, de sombrío horror y de alegría inaudita, para sacudir a los amigos como con una descarga eléctrica, pero toda palabra, cada frase, te parece descolorida, glacial, sin vida. Buscas y rebuscas, y balbuceas y murmuras, y las tímidas preguntas de tus amigos vienen a golpear, como el soplo del viento, tu ardiente imaginación hasta acabar apagándola. Pero si tú, como un hábil pintor, trazas un rápido esbozo de tales imágenes interiores, del mismo modo puedes también animar con poco esfuerzo los colores y hacerlos cada vez más brillantes, y las diversas figuras fascinan a los amigos que te ven en medio del mundo que tu alma ha creado. Debo confesar que, a mí, querido lector, nadie me ha preguntado por la historia del joven Nataniel; pero tú sabes que yo pertenezco a esa clase de autores que cuando se encuentra en el estado de ánimo que acabo de describir se imagina que cuantos lo rodean, e incluso el mundo entero, le preguntan, “¿qué te pasa?, ¡cuéntanos!” Así, una fuerza poderosa me obliga a hablarte del fatal destino de Nataniel. Su vida singular me impresionaba, y por esta razón me atormentaba la idea de comenzar su historia de una manera significativa, original. “Érase una vez...” bonito principio, para



aburrir a todo el mundo. “En la pequeña ciudad de S..., vivía...” algo mejor, si se tiene en cuenta que prepara ya el desenlace. O bien entrar in medias res: “—¡Váyase al diablo! —exclamó colérico con los ojos llenos de furia y de espanto el estudiante Nataniel cuando el vendedor de barómetros Giuseppe Coppola...” Así había empezado ya a escribir cuando creí ver algo de burla en la enfurecida mirada de Nataniel, aunque la historia no es en absoluto divertida. No me vino a la mente ninguna frase que reflejara el estallido de colores de la imagen que brillaba en mi interior. Decidí entonces no empezar. Toma, querido lector, las tres cartas que mi amigo Lotario me invitó a compartir como el esbozo del cuadro que me esforzaré, en el curso de la narración, en animar cada vez con más colorido, lo mejor que pueda. Quizá consiga, como un buen retratista, dar a algún personaje un toque expresivo de manera que al verlo lo encuentres parecido al original, aun sin conocerlo, y te parecerá verlo en persona. Quizá creerás, lector, que no hay nada tan maravilloso y fantástico como la vida real, y que el poeta se limita a recoger un pálido brillo, como en un espejo sin pulir.

Para que desde el principio quede claro lo que es necesario saber, hay que añadir como aclaración a las cartas que, inmediatamente después de la muerte del padre de Nataniel, Clara y Lotario, hijos de un pariente lejano también recientemente fallecido, fueron recogidos por la madre de aquél. Clara y Nataniel sintieron una fuerte inclinación mutua, contra la que nadie tuvo nada que oponer. Estaban, pues, prometidos cuando Nataniel abandonó la ciudad para proseguir sus estudios en G. Aquí se encuentra mientras escribe



su última carta y asiste al curso del célebre profesor de física Spalanzani.

Ahora podría continuar mi relato tranquilamente, pero la imagen de Clara se presenta ante mis ojos tan llena de vida que no puedo apartarla de mí, como me pasaba siempre que me miraba dulcemente.

No podía decirse que Clara fuese bella, esto pensaban al menos los entendidos en belleza. Sin embargo, los arquitectos elogiaban la pureza de las líneas de su talle; los pintores decían que su nuca, sus hombros y su seno eran tal vez demasiado castos, pero todos amaban su maravillosa cabellera que recordaba a la de la Magdalena y coincidían en el color de su tez, digno de un Battoni. Uno de ellos, un auténtico extravagante, comparaba sus ojos a un lago de Ruisdael, donde se reflejan el azul del cielo, el colorido del bosque y las flores del campo, la vida apacible. Poetas y virtuosos iban más lejos y decían:

— ¡Cómo hablan de lagos y de espejos! No podemos contemplar a esta muchacha sin que su mirada haga brotar de nuestra alma cantos y armonías celestes que nos sobrecogen y nos animan. ¿Acaso no cantamos nosotros también, y alguna vez hasta creemos leer en la tenue sonrisa de Clara que es como un cántico, no obstante algunos tonos disonantes?

Así era. Clara poseía la imaginación alegre y vivaz de un niño inocente, un alma de mujer tierna y delicada, y una inteligencia penetrante y lúcida. Los espíritus ligeros y presuntuosos no tenían nada que hacer a su lado, pues ella, sin muchas palabras,



conforme a su temperamento silencioso, parecía decirles con su mirada transparente y su sonrisa irónica: “Queridos amigos, ¿pretenden que mire sus tristes sombras como auténticas figuras animadas y con vida?” Por esta razón Clara fue acusada por muchos de ser fría, prosaica e insensible. Pero otros, que veían la vida con más claridad, amaban fervorosamente a esta joven y encantadora muchacha; pero nadie tanto como Nataniel, quien se dedicaba a las ciencias y a las artes con pasión. Clara le correspondía con toda su alma. Las primeras nubes de tristeza pasaron por su vida cuando se separó de ella. ¡Con cuánta alegría se arrojó en sus brazos cuando él, al volver a su ciudad natal, entró en casa de su madre, como había anunciado en su última carta a Lotario! Sucedió entonces lo que Nataniel había imaginado; en el momento en que volvió a ver a Clara desapareció la imagen del abogado Coppelius y la fatal y razonable carta de Clara, que tanto lo había contrariado.

Sin embargo, Nataniel tenía razón cuando escribía a su amigo Lotario que su encuentro con el repugnante vendedor de barómetros había ejercido una funesta influencia en su vida. Todos sintieron desde los primeros días de su estancia que Nataniel había cambiado su forma de ser. Se hundía en sombrías ensoñaciones y se comportaba de un modo extraño, no habitual en él. La vida era sólo sueños y presentimientos; hablaba siempre de cómo los hombres, creyéndose libres, son sólo juguete de oscuros poderes, y humildemente deben conformarse con lo que el destino les depara. Aún iba más lejos, y afirmaba que era una locura creer que el arte y las ciencias pueden ser creados a nuestro antojo, puesto que la exaltación



necesaria para crear no proviene de nuestro interior sino de una fuerza exterior de la que no somos dueños.

Clara no estaba de acuerdo con esos delirios místicos pero era inútil refutarlos. Sólo cuando Nataniel afirmaba que Coppelius era el principio maligno que se había apoderado de él en el momento en que se escondió tras la cortina para observarlo, y que aquel demonio enemigo turbaría su dichoso amor, Clara decía seriamente:

–Sí, Nataniel, tienes razón, Coppelius es un principio maligno y enemigo, puede actuar de forma espantosa, como una fuerza diabólica que se introduce visiblemente en tu vida, pero sólo si no lo destierras de tu pensamiento y de tu alma. Mientras tú creas en él, existirá; su poder está en tu credulidad.

Nataniel, irritado al ver que Clara sólo admitía la existencia del demonio en su interior, quiso probársela por medio de doctrinas místicas de demonios y fuerzas oscuras, pero Clara interrumpió la discusión con una frase indiferente, con gran disgusto de Nataniel. Pensó entonces que las almas frías encerraban estos profundos misterios sin saberlo, y que Clara pertenecía a esta naturaleza secundaria, por lo cual decidió hacer todo lo posible para iniciarla en tales secretos. Al día siguiente, mientras Clara preparaba el desayuno, fue a su lado y empezó a leer diversos pasajes de libros místicos, hasta que Clara dijo:

–Pero, mi querido Nataniel, ¿y si yo te considerase a ti como el principio diabólico que actúa contra mi café? Porque, si me pasara el día escuchándote mientras lees y mirándote a los ojos



como tú quieres, el café herviría en el fuego y no desayunaríais ninguno.

Nataniel cerró el libro de golpe y se dirigió malhumorado a su habitación. En otro tiempo había escrito cuentos agradables y animados que Clara escuchaba con indescriptible placer, pero ahora sus composiciones eran sombrías, incomprensibles, vagas, y podía sentir en el indulgente silencio de Clara que no eran de su gusto. Nada era peor para Clara que el aburrimiento; su mirada y sus palabras dejaban ver que el sueño se apoderaba de ella. Las obras de Nataniel eran de hecho muy aburridas. Su disgusto por el frío y prosaico carácter de Clara fue en aumento, y Clara no podía vencer el mal humor que le producía el sombrío y aburrido misticismo de Nataniel; y así, sus almas se fueron alejando una de otra, sin que se dieran cuenta.

La imagen del odioso Coppelius, como el mismo Nataniel podía reconocer, cada vez era más pálida en su fantasía, y hasta le costaba a menudo un esfuerzo darle vida y color en sus poemas, donde aparecía como un horrible espantajo del destino. Finalmente, el atormentado presentimiento de que Coppelius destruiría su amor le inspiró el tema de una de sus composiciones. Se describía a él mismo y a Clara unidos por un amor fiel, pero de vez en cuando una mano amenazadora aparecía en su vida y les arrebatava la alegría. Cuando por fin se encontraban ante el altar aparecía el horrible Coppelius que tocaba los maravillosos ojos de Clara; éstos saltaban al pecho de Nataniel como chispas sangrientas encendidas y ardientes, luego Coppelius se apoderaba de él, lo arrojaba a un círculo de fuego que giraba con la velocidad de la tormenta y lo arrastraba



en medio de sordos bramidos, de un rugido como cuando el huracán azota la espuma de las olas en el mar, que se alzan, como negros gigantes de cabeza blanca, en furiosa lucha. En medio de aquel salvaje bramido oyó la voz de Clara:

—¿No puedes mirarme? Coppelius te ha engañado, no eran mis ojos los que ardían en tu pecho, eran ardientes gotas de sangre de tu propio corazón... yo tengo mis ojos, ¡mírame!

Nataniel piensa: “Es Clara, y yo soy eternamente suyo”. Es como si dominase el círculo de fuego donde se encuentra, y el sordo estruendo desaparece en un negro abismo. Nataniel mira los ojos de Clara, pero es la muerte la que lo contempla amigablemente con los ojos de Clara.

Mientras Nataniel escribía este poema estaba muy tranquilo y reflexivo, limaba y perfeccionaba cada línea, y volcado por completo en la rima, no descansaba hasta conseguir que todo fuera puro y armonioso. Cuando terminó y leyó el poema en voz alta, el horror se apoderó de él y exclamó espantado:

—¿De quién es esa horrible voz?

Enseguida le pareció, sin embargo, que había escrito un poema excelente, y que podría inflamar el frío ánimo de Clara, sin darse cuenta de que así conseguiría sobresaltarla con terribles imágenes que presagiaban un destino fatal que destruiría su amor.

Nataniel y Clara se hallaban sentados en el pequeño jardín de su madre. Clara estaba muy alegre porque Nataniel, desde hacía tres días durante los cuales había trabajado en el poema,



no la había atormentado con sus sueños y presentimientos. También Nataniel hablaba con entusiasmo y alegría de cosas divertidas, de modo que Clara dijo:

–Ahora vuelvo a tenerte, ¿ves cómo hemos desterrado al odioso Coppelius?

Nataniel entonces se acordó de que llevaba el poema en el bolsillo y de que deseaba leérselo. Sacó las hojas y comenzó su lectura.

Clara, esperando algo aburrido como de costumbre, y resignándose, empezó a hacer punto. Pero, del mismo modo que se van levantando los negros y cada vez más sombríos nubarrones, dejó caer su labor y miró fijamente a Nataniel a los ojos. Éste seguía su lectura fascinado, con las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas. Cuando terminó suspiró profundamente abatido, cogió la mano de Clara y sollozando exclamó desconsolado:

–¡Ah, Clara, Clara! –Clara lo estrechó contra su pecho y seria, le dijo dulcemente:

–Nataniel, querido Nataniel, ¡arroja al fuego esa loca y absurda historia!

Nataniel se levantó indignado y exclamó apartándose de Clara:

–Eres un autómatas inanimado y maldito –y se alejó corriendo.

Clara se echó a llorar amargamente, y decía entre sollozos:

–Nunca me ha amado, pues no me comprende.



Lotario apareció en el cenador y Clara tuvo que contarle lo que había sucedido; como amaba a su hermana con toda su alma, cada una de sus quejas caía como una chispa en su interior de tal modo que el disgusto que llevaba en su corazón desde hacía tiempo contra el visionario Nataniel se transformó en una cólera terrible. Corrió tras él y le reprochó con tan duras palabras su loca conducta para con su querida hermana, que el fogoso Nataniel contestó de igual manera. Los insultos de fatuo, insensato y loco, fueron contestados por los de desgraciado y vulgar. El duelo era inevitable. Decidieron batirse a la mañana siguiente detrás del jardín y conforme a las reglas académicas, con afilados floretes. Se separaron sombríos y silenciosos. Clara había oído la violenta discusión, y al ver que el padrino traía los floretes al atardecer, presintió lo que iba a ocurrir.

Llegados al lugar del desafío se quitaron las levitas en medio de un hondo silencio, e iban a abalanzarse uno sobre otro con los ojos relampagueantes de ardor sangriento cuando apareció Clara en la puerta del jardín. Separándolos, exclamó entre sollozos:

— ¡Locos, salvajes, tendrán que matarme a mí antes que uno de ustedes caiga! ¿Cómo podría seguir viviendo en este mundo si mi amado matara a mi hermano o mi hermano a mi amado?

Lotario dejó caer el arma y bajó los ojos en silencio; pero Nataniel sintió renacer dentro de sí toda la fuerza de su amor hacia Clara de la misma manera que lo había sentido en los hermosos días de la juventud. El arma homicida cayó de sus manos y se arrojó a los pies de Clara diciendo:



—¿Podrás perdonarme alguna vez tú, mi querida Clara, mi único amor? ¿Podrás perdonarme, querido hermano Lotario?

Lotario se conmovió al ver el profundo dolor de su amigo. Derramando abundantes lágrimas se abrazaron los tres y se juraron permanecer unidos por el amor y la fidelidad.

A Nataniel le pareció haberse librado de una pesada carga que lo oprimía, como si se hubiera liberado de un oscuro poder que amenazaba todo su ser. Permaneció aún durante tres felices días junto a sus bienamados hasta que regresó a G., donde debía permanecer un año más antes de volver para siempre a su ciudad natal.

A la madre de Nataniel se le ocultó todo lo referente a Coppelius, pues sabían que no podía pensar sin horror en aquel hombre a quien, al igual que Nataniel, culpaba de la muerte de su esposo.

¡Cuál no sería la sorpresa de Nataniel cuando, al llegar a su casa en G., vio que ésta había ardido entera, y que sólo quedaban de ella los muros y un montón de escombros! El fuego había comenzado en el laboratorio del químico, situado en el piso bajo. Varios amigos que vivían cerca de la casa incendiada habían conseguido entrar valientemente en la habitación de Nataniel, situada en el último piso, y salvar sus libros, manuscritos e instrumentos, que trasladaron a otra casa donde alquilaron una habitación en la que Nataniel se instaló. No se dio cuenta al principio de que el profesor Spalanzani vivía enfrente, y no llamó especialmente su atención observar que desde su ventana podía ver el interior de la habitación donde



Olimpia estaba sentada a solas. Podía reconocer su silueta claramente, aunque los rasgos de su cara continuaban borrosos. Pero acabó por extrañarse de que Olimpia permaneciera en la misma posición, igual que la había descubierto la primera vez a través de la puerta de cristal, sin ninguna ocupación, sentada junto a la mesita, con la mirada fija, invariablemente dirigida hacia él; tuvo que confesarse que no había visto nunca una belleza como la suya, pero la imagen de Clara seguía instalada en su corazón, y la inmóvil Olimpia le fue indiferente, y sólo de vez en cuando dirigía una mirada furtiva por encima de su libro hacia la hermosa estatua, eso era todo. Un día estaba escribiendo a Clara cuando llamaron suavemente a la puerta. Al abrirla, vio el repugnante rostro de Coppola. Nataniel se estremeció; pero recordando lo que Spalanzani le había dicho de su compatriota Coppola y lo que le había prometido a su amada en relación con el Hombre de Arena, se avergonzó de su miedo infantil y reunió todas sus fuerzas para decir con la mayor tranquilidad posible:

—No compro barómetros, amigo, así que ¡váyase!

Pero Coppola, entrando en la habitación, le dijo con voz ronca, mientras su boca se contraía en una odiosa sonrisa y sus pequeños ojos brillaban bajo unas largas pestañas grises:

—¡Eh, no barómetros, no barómetros! ¡También tengo bellos ojos..., bellos ojos!

Nataniel, espantado, exclamó:

—¡Maldito loco! ¡Cómo puedes tú tener ojos! ¡Ojos!... ¡Ojos!...



Al instante puso Coppola a un lado los barómetros y empezó a sacar del inmenso bolsillo de su levita lentes y gafas que iba dejando sobre la mesa.

—Gafas para poner sobre la nariz. Ésos son mis ojos, ¡bellos ojos! —y, mientras hablaba, seguía sacando más y más gafas, tantas que empezaron a brillar y a lanzar destellos sobre la mesa.

Miles de ojos centelleaban y miraban fijamente a Nataniel, pero él no podía apartar su mirada de la mesa, y Coppola continuaba sacando cada vez más gafas y cada vez eran más terribles las encendidas miradas que disparaban sus rayos sangrientos en el pecho de Nataniel.

Éste, sobrecogido de terror, gritó:

—¡Detente, hombre maldito! —cogiéndolo del brazo en el momento en que Coppola hundía de nuevo su mano en el bolsillo para sacar más lentes, por más que la mesa estuviera ya cubierta de ellas.

Coppola se separó de él suavemente con una sonrisa forzada, diciendo:

—¡Ah, no son para usted, pero aquí tengo bellos prismáticos! —y recogiendo los lentes empezó a sacar del inmenso bolsillo prismáticos de todos los tamaños.

En cuanto todas las gafas estuvieron guardadas Nataniel se tranquilizó, y acordándose de Clara se dio cuenta de que el horrible fantasma sólo estaba en su interior, ya que Coppola era un gran mecánico y óptico, y en modo alguno el doble del



maldito Coppelius. Por otra parte, las lentes que Coppola había extendido sobre la mesa no tenían nada de particular, y menos de fantasmagórico, por lo que Nataniel decidió, para reparar su extraño comportamiento, comprarle alguna cosa. Escogió unos pequeños prismáticos muy bien trabajados, y, para probarlos, miró a través de la ventana. Nunca en su vida había utilizado unos prismáticos con los que pudieran verse los objetos con tanta claridad y pureza. Involuntariamente miró hacia la estancia de Spalanzani. Olimpia estaba sentada, como de costumbre, ante la mesita, con los brazos apoyados y las manos cruzadas. Por primera vez podía Nataniel contemplar la belleza de su rostro. Sólo los ojos le parecieron algo fijos, muertos. Sin embargo, a medida que miraba más y más a través de los prismáticos le parecía que los ojos de Olimpia irradiaban húmedos rayos de luna. Creyó que ella veía por primera vez y que sus miradas eran cada vez más vivas y brillantes. Nataniel permanecía como hechizado junto a la ventana, absorto en la contemplación de la belleza celestial de Olimpia.

Un ligero carraspeo lo despertó como de un profundo sueño. Coppola estaba detrás de él:

– Tres ducados.

Nataniel, que había olvidado al óptico por completo, se apresuró a pagarle:

– ¿No es verdad? ¡Buenos prismáticos, buenos prismáticos!

– decía Coppola con su repugnante voz y su odiosa sonrisa.



–Sí, sí –respondió Nataniel contrariado–. Adiós, querido amigo.

Coppola abandonó la habitación, no sin antes lanzar una mirada de reojo sobre Nataniel, que lo oyó reír a carcajadas al bajar la escalera.

–Sin duda –pensó Nataniel– se ríe de mí porque he pagado los prismáticos más caros de lo que valen.

Mientras decía estas palabras en voz baja le pareció oír en la habitación un profundo suspiro que le hizo contener la respiración sobrecogido de espanto. Se dio cuenta de que era él mismo quien había suspirado así. “Clara tenía razón –se dijo a sí mismo– al considerarme un visionario, pero lo absurdo, más que absurdo, es que la idea de haber pagado a Coppola los prismáticos más caros de lo que valen me produzca tal terror, y no encuentro cuál puede ser el motivo”.

Se sentó de nuevo para terminar la carta a Clara, pero una mirada hacia la ventana le hizo ver que Olimpia aún estaba allí sentada, y al instante, empujado por una fuerza irresistible, cogió los prismáticos de Coppola y ya no pudo apartarse de la seductora mirada de Olimpia hasta que vino a buscarlo su amigo Segismundo para asistir a clase del profesor Spalanzani.

A partir de aquel día, la cortina de la puerta de cristal estuvo totalmente echada, por lo que no pudo ver a Olimpia, y los dos días siguientes tampoco la encontró en la habitación, si bien apenas se apartó de la ventana mirando a través de los prismáticos. Al tercer día estaba la ventana cerrada. Lleno de



desesperación y poseído de delirio y ardiente deseo, salió de la ciudad. La imagen de Olimpia flotaba ante él en el aire, aparecía en cada arbusto y lo miraba con ojos radiantes desde el claro riachuelo. El recuerdo de Clara se había borrado, sólo pensaba en Olimpia y gemía y sollozaba:

– Estrella de mi amor, ¿por qué te has alzado para desaparecer súbitamente y dejarme en una noche oscura y desesperada?

Cuando Nataniel volvió a su casa observó una gran agitación en la de Spalanzani. Las puertas estaban abiertas, y unos hombres metían muebles; las ventanas del primer piso estaban abiertas también, y unas atareadas criadas iban y venían mientras carpinteros y tapiceros daban golpes y martilleaban por toda la casa.

Nataniel, asombrado, se detuvo en mitad de la calle. Segismundo se le acercó sonriente y le dijo:

– ¿Qué me dices de nuestro viejo amigo Spalanzani?

Nataniel aseguró que no podía decir nada, puesto que nada sabía de él, y que le sorprendía bastante que aquella casa silenciosa y sombría se viera envuelta en tan gran tumulto y actividad. Segismundo le dijo entonces que al día siguiente daba Spalanzani una gran fiesta con concierto y baile a la que estaba invitada media universidad. Se rumoreaba que Spalanzani iba a presentar por primera vez a su hija Olimpia, que hasta entonces había mantenido oculta, con extremo cuidado, a las miradas de todos. Nataniel encontró una invitación, y, con el corazón palpitante, se encaminó a la hora



fijada a casa del profesor, cuando empezaban a llegar los carruajes y resplandecían las luces de los adornados salones. La reunión era numerosa y brillante. Olimpia apareció ricamente vestida, con un gusto exquisito. Todos admiraron la perfección de su rostro y de su talle. La ligera inclinación de sus hombros parecía estar causada por la oprimida esbeltez de su cintura de avispa. Su forma de andar tenía algo de medido y de rígido. Causó mala impresión a muchos, y fue atribuida a la turbación que le causaba tanta gente.

El concierto empezó. Olimpia tocaba el piano con una habilidad extrema, e interpretó un aria con voz tan clara y penetrante que parecía el sonido de una campana de cristal. Nataniel estaba fascinado; se encontraba en una de las últimas filas y el resplandor de los candelabros le impedía apreciar los rasgos de Olimpia. Sin ser visto, sacó los lentes de Coppola y miró a la hermosa Olimpia. ¡Ah!... entonces sintió las miradas anhelantes que ella le dirigía, y que a cada nota le acompañaba una mirada de amor que lo atravesaba ardientemente. Las brillantes notas le parecían a Nataniel el lamento celestial de un corazón enamorado, y cuando finalmente la cadencia del largo trino resonó en la sala, le pareció que un brazo ardiente lo ceñía; extasiado, no pudo contenerse y exclamó en voz alta:

—¡Olimpia!

Todos los ojos se volvieron hacia él. Algunos rieron. El organista de la catedral adoptó un aire sombrío y dijo simplemente:

—Bueno, bueno.



El concierto había terminado y el baile comenzó. “¡Bailar con ella..., bailar con ella!”, era ahora su máximo deseo, su máxima aspiración, pero ¿cómo tener el valor de invitarla a ella, la reina de la fiesta?

Sin saber ni él mismo cómo, se encontró junto a Olimpia, a quien nadie había sacado aún; cuando comenzaba el baile, y después de intentar balbucir algunas palabras, tomó su mano. La mano de Olimpia estaba helada y él se sintió atravesado por un frío mortal. La miró fijamente a los ojos, que irradiaban amor y deseo, y al instante le pareció que el pulso empezaba a latir en su fría mano y que una sangre ardiente corría por sus venas. También Nataniel sentía en su interior una ardorosa voluptuosidad. Rodeó la cintura de la hermosa Olimpia y cruzó con ella entre la multitud de invitados.

Creía haber bailado acompasadamente, pero la rítmica regularidad con que Olimpia bailaba y que algunas veces lo obligaba a detenerse, le hizo observar enseguida que no seguía los compases. No quiso bailar con ninguna otra mujer, y hubiera matado a cualquiera que se hubiese acercado a Olimpia para solicitar un baile. Si Nataniel hubiera sido capaz de ver algo más que a Olimpia, no habría podido evitar alguna pelea, pues murmullos burlones y risas apenas sofocadas se escapaban de entre los grupos de jóvenes, cuyas curiosas miradas se dirigían a Olimpia sin que se pudiera saber por qué.

Excitado por la danza y por el vino, había perdido su natural timidez. Sentado junto a Olimpia y con su mano entre las suyas, le hablaba de su amor exaltado e inspirado con palabras que



nadie, ni él ni Olimpia, habría podido comprender. O quizá Olimpia sí, pues lo miraba fijamente a los ojos y de vez en cuando suspiraba:

– ¡Ah..., ah..., ah...!

A lo que Nataniel respondía:

– ¡Oh, mujer celestial, divina criatura, luz que se nos promete en la otra vida, alma profunda donde todo mi ser se mira...! –y cosas parecidas.

Pero Olimpia suspiraba y contestaba sólo:

– ¡Ah..., ah...!

El profesor Spalanzani pasó varias veces junto a los felices enamorados y les sonrió con satisfacción.

Aunque Nataniel se encontraba en un mundo distinto, le pareció como si de pronto oscureciera en casa del profesor Spalanzani. Miró a su alrededor y observó espantado que las dos últimas velas se consumían y estaban a punto de apagarse. Hacía tiempo que el baile y la música habían cesado.

– ¡Separarnos, separarnos! –exclamó furioso y desesperado Nataniel. Besó la mano de Olimpia y se inclinó sobre su boca; sus labios ardientes se encontraron con los suyos helados. Se estremeció como cuando tocó por primera vez la fría mano de Olimpia, y la leyenda de la novia muerta le vino de pronto a la memoria; pero al abrazar y besar a Olimpia sus labios parecían cobrar el calor de la vida.



El profesor Spalanzani atravesó lentamente la sala vacía, sus pasos resonaban huecos y su figura, rodeada de sombras vacilantes, ofrecía un aspecto fantasmagórico.

—¿Me amas? ¿Me amas, Olimpia? ¡Sólo una palabra!
—murmuraba Nataniel.

Pero Olimpia, levantándose, suspiró sólo:

—¡Ah..., ah...,!

—¡Sí, amada estrella de mi amor! —dijo Nataniel—, ¡tú eres la luz que alumbrará mi alma para siempre!

—¡Ah..., ah...! —replicó Olimpia alejándose.

Nataniel la siguió, y se detuvieron delante del profesor.

—Ya veo que lo ha pasado muy bien con mi hija —dijo éste sonriendo—: así que, si le complace conversar con esta tímida muchacha, su visita será bien recibida.

Nataniel se marchó llevando el cielo en su corazón.

Al día siguiente la fiesta de Spalanzani fue el centro de las conversaciones. A pesar de que el profesor había hecho todo lo posible para que la reunión resultara espléndida, hubo numerosas críticas y se dirigieron especialmente contra la muda y rígida Olimpia, a la que, a pesar de su belleza, consideraron completamente estúpida; se pensó que ésta era la causa por la que Spalanzani la había mantenido tanto tiempo oculta. Nataniel escuchaba estas cosas con rabia, pero callaba; pues pensaba que aquellos miserables no merecían que se les



demonstrara que era su propia estupidez la que les impedía conocer la belleza del alma de Olimpia.

–Dime, por favor, amigo –le dijo un día Segismundo–, dime, ¿cómo es posible que una persona sensata como tú se haya enamorado del rostro de cera de una muñeca?

Nataniel iba a responder encolerizado, pero se tranquilizó y contestó:

–Dime, Segismundo, ¿cómo es posible que los encantos celestiales de Olimpia hayan pasado inadvertidos a tus clarividentes ojos? Pero agradezco al destino el no tenerte como rival, pues uno de los dos habría tenido que morir a manos del otro.

Segismundo se dio cuenta del estado de su amigo y desvió la conversación diciendo que en amor era muy difícil juzgar, para luego añadir:

–Es muy extraño que la mayoría de nosotros haya juzgado a Olimpia del mismo modo. Nos ha parecido –no te enfades, amigo– algo rígida y sin alma. Su talle es proporcionado, al igual que su rostro, es cierto. Podría parecer bella si su mirada no careciera de rayos de vida, quiero decir, de visión. Su paso es extrañamente rítmico, y cada uno de sus movimientos parece provocado por un mecanismo. Su canto, su interpretación musical tiene ese ritmo regular e incómodo que recuerda el funcionamiento de una máquina, y pasa lo mismo cuando baila. Olimpia nos resulta muy inquietante, no queremos tener nada



que ver con ella, porque nos parece que se comporta como un ser viviente pero que pertenece a una naturaleza distinta.

Nataniel no quiso abandonarse a la amargura que provocaron en él las palabras de Segismundo. Hizo un esfuerzo para contenerse y respondió simplemente muy serio:

—Para ustedes, almas prosaicas y frías, Olimpia resulta inquietante. Sólo al espíritu de un poeta se le revela una personalidad que le es semejante. Sólo a mí se han dirigido su mirada de amor y sus pensamientos, sólo en el amor de Olimpia he vuelto a encontrarme a mí mismo. A ustedes no les parece bien que Olimpia no participe en conversaciones vulgares, como hacen las gentes superficiales. Habla poco, es verdad, pero esas pocas palabras son para mí como jeroglíficos de un mundo interior lleno de amor y de conocimientos de la vida espiritual en la contemplación de la eternidad. Ya sé que esto para ustedes no tiene ningún sentido, y es en vano hablar de ello.

—¡Que Dios te proteja, hermano! —dijo Segismundo dulcemente, de un modo casi doloroso—, pero pienso que vas por mal camino. Puedes contar conmigo si todo... no, no quiero decir nada más.

Nataniel comprendió de pronto que el frío y prosaico Segismundo acababa de demostrarle su lealtad y estrechó de corazón la mano que le tendía.

Había olvidado por completo que existía una Clara en el mundo a la que él había amado; su madre, Lotario, todos



habían desaparecido de su memoria. Vivía solamente para Olimpia, junto a quien permanecía cada día largas horas hablándole de su amor, de la simpatía de las almas y de las afinidades psíquicas, todo lo cual Olimpia escuchaba con gran atención.

Nataniel sacó de los lugares más recónditos de su escritorio todo lo que había escrito, poesías, fantasías, visiones, novelas, cuentos, y todo esto se vio aumentado con toda clase de disparatados sonetos, estrofas, canciones que leía a Olimpia durante horas sin cansarse. Jamás había tenido una oyente tan admirable. No cosía ni tricotaba, no miraba por la ventana, no daba de comer a ningún pájaro ni jugaba con ningún perrito, ni con su gato favorito, ni recortaba papeles o cosas parecidas, ni tenía que ocultar un bostezo con una tos forzada; en una palabra, permanecía horas enteras con los ojos fijos en él, inmóvil, y su mirada era cada vez más brillante y animada. Sólo cuando Nataniel, al terminar, cogía su mano para besarla, decía:

— ¡Ah! ¡ah! —y luego— buenas noches, mi amor.

— ¡Alma sensible y profunda! —exclamaba Nataniel en su habitación— : ¡Sólo tú me comprendes!

Se estremecía de felicidad al pensar en las afinidades intelectuales que existían entre ellos y que aumentaban cada día; le parecía oír la voz de Olimpia en su interior, que ella hablaba en sus obras. Debía ser así, pues Olimpia nunca pronunció otras palabras que las ya citadas. Pero cuando Nataniel se acordaba en los momentos de lucidez, de la



pasividad y del mutismo de Olimpia (por ejemplo, cuando se levantaba por las mañanas y en ayunas) se decía:

—¿Qué son las palabras? ¡Palabras! La mirada celestial de sus ojos dice más que todas las lenguas. ¿Puede acaso una criatura del Cielo encerrarse en el círculo estrecho de nuestra forma de expresarnos?

El profesor Spalanzani parecía mirar con mucho agrado las relaciones de su hija con Nataniel, prodigándole a éste todo tipo de atenciones, de modo que cuando se atrevió a insinuar un matrimonio con Olimpia, el profesor, con gran sonrisa, dijo que dejaría a su hija elegir libremente.

Animado por estas palabras y con el corazón ardiente de deseos, Nataniel decidió pedirle a Olimpia al día siguiente que le dijera con palabras lo que sus miradas le daban a entender desde hacía tiempo: que sería suya para siempre. Buscó el anillo que su madre le diera al despedirse, para ofrecérselo a Olimpia como símbolo de unión eterna. Las cartas de Clara y de Lotario cayeron en sus manos; las apartó con indiferencia. Encontró el anillo y, poniéndoselo en el dedo, corrió de nuevo junto a Olimpia. Al subir las escaleras, y cuando se encontraba ya en el vestíbulo, oyó un gran estrépito que parecía venir del estudio de Spalanzani. Pasos, crujidos, golpes contra la puerta, mezclados con maldiciones y juramentos:

—¡Suelta! ¡Suelta de una vez!

—¡Infame!

—¡Miserable!



- ¿Para esto he sacrificado mi vida? ¡Éste no era el trato!
- ¡Yo hice los ojos!
- ¡Y yo los engranajes!
- ¡Maldito perro relojero!
- ¡Largo de aquí, Satanás!
- ¡Fuera de aquí, bestia infernal!

Eran las voces de Spalanzani y del horrible Coppelius que se mezclaban y retumbaban juntas. Nataniel, sobrecogido de espanto, se precipitó en la habitación. El profesor sujetaba un cuerpo de mujer por los hombros, y el italiano Coppola tiraba de los pies, luchando con furia para apoderarse de él. Nataniel retrocedió horrorizado al reconocer el rostro de Olimpia; lleno de cólera, quiso arrancar a su amada de aquellos salvajes. Pero al instante Coppola, con la fuerza de un gigante, consiguió hacerse con ella descargando al mismo tiempo un tremendo golpe sobre el profesor, que fue a caer sobre una mesa llena de frascos, cilindros y alambiques, que se rompieron en mil pedazos. Coppola se echó el cuerpo a la espalda y bajó rápidamente las escaleras profiriendo una horrible carcajada; los pies de Olimpia golpeaban con un sonido de madera en los escalones.

Nataniel permaneció inmóvil. Había visto que el pálido rostro de cera de Olimpia no tenía ojos, y que en su lugar había unas negras cavidades: era una muñeca sin vida.



Spalanzani yacía en el suelo en medio de cristales rotos que lo habían herido en la cabeza, en el pecho y en un brazo, y sangraba abundantemente. Reuniendo fuerzas dijo:

–¡Corre tras él! ¡Corre! ¿A qué esperas? ¡Coppelius me ha robado mi mejor autómeta! ¡Veinte años de trabajo! ¡He sacrificado mi vida! Los engranajes, la voz, el paso, eran míos; los ojos, te he robado los ojos, maldito, ¡corre tras él! ¡Devuélveme a mi Olimpia! ¡Aquí tienes los ojos!

Entonces vio Nataniel en el suelo un par de ojos sangrientos que lo miraban fijamente. Spalanzani los recogió y se los lanzó al pecho. El delirio se apoderó de él y, confundidos sus sentidos y su pensamiento, decía:

–¡Huy... Huy...! ¡Círculo de fuego! ¡Círculo de fuego! ¡Gira, círculo de fuego! ¡Linda muñequita de madera, gira! ¡Qué divertido...!

Y precipitándose sobre el profesor lo agarró del cuello. Lo hubiera estrangulado, pero el ruido atrajo a algunas personas que derribaron y luego ataron al colérico Nataniel, salvando así al profesor. Segismundo, aunque era muy fuerte, apenas podía sujetar a su amigo, que seguía gritando con voz terrible:

–Gira, muñequita de madera...



HISTORIA DE FANTASMAS

Cipriano se puso de pie y empezó a pasear, según costumbre, siempre que se sentía embargado por algo importante y trataba de expresarse ordenadamente, así recorrió la habitación de un extremo a otro.

Los amigos se sonrieron en silencio. Se podía leer en sus miradas: “¡Qué cosas tan fantásticas vamos a oír!” Cipriano se sentó y empezó así:

—Ya saben que hace algún tiempo, después de la última campaña, me hallaba en las posesiones del Coronel de P... El Coronel era un hombre alegre y jovial, así como su esposa era la tranquilidad y la ingenuidad en persona.

Mientras yo permanecía allí, el hijo se encontraba en la armada, de modo que la familia se componía del matrimonio, de dos hijas y de una francesa que desempeñaba el cargo de una especie de gobernanta, no obstante estar las jóvenes fuera de la edad de ser gobernadas. La mayor era tan alegre y tan viva que rayaba en el desenfreno, no carente de espíritu; pero apenas podía dar cinco pasos sin danzar tres contradanzas, así como en la conversación saltaba de un tema a otro, infatigable en su actividad. Yo mismo presencié cómo en el espacio de diez minutos hizo punto... leyó..., cantó..., bailó, y que en un momento lloró por el pobre primo que había quedado en el campo de batalla y aún con lágrimas en los ojos prorrumpió en una sonora carcajada, cuando la francesa echó sin querer la



dosis de rapé en el hocico del perrito faldero, que al punto comenzó a estornudar, y la vieja a lamentarse: "*Ah, che fatalità! Ah carino, poverino!*" Acostumbraba a hablar al mencionado faldero en italiano, porque era oriundo de Padua.

Por lo demás, la señorita era la rubia más encantadora que uno podía imaginarse, y en todos sus extraños caprichos dominaba la amabilidad y la gracia, de manera que ejercía una fascinación irresistible, como sin querer. La hermana más joven, que se llamaba Adelgunda, ofrecía el ejemplo contrario. En vano trato de buscar palabras para expresarles el efecto maravilloso que causó en mí esta criatura la primera vez que la vi. Imaginen la figura más bella y el semblante más hermoso. Aunque una palidez mortal cubría sus mejillas, y su cuerpo se movía suavemente, despacio, con acompasado andar, y cuando una palabra apenas musitada salía de sus labios entreabiertos y resonaba en el amplio salón, se sentía uno estremecido por un miedo fantasmal.

Pronto me sobrepuse a esta sensación de terror, y como pudiese entablar conversación con esta muchacha tan reservada, llegué a la conclusión de que lo raro y lo fantasmagórico de su figura sólo residía en su aspecto, que no dejaba traslucir lo más mínimo de su interior. De lo poco que habló la joven se dejaba traslucir una dulce feminidad, un gran sentido común y un carácter amable. No había huella de tensión alguna, así como la sonrisa dolorosa y la mirada empañada de lágrimas no eran síntoma de ninguna enfermedad física que pudiera influir en el carácter de esta delicada criatura.



Me resultó muy chocante que toda la familia, incluso la vieja francesa, parecían inquietarse en cuanto la joven hablaba con alguien, y trataban de interrumpir la conversación, y, a veces, de manera muy forzada. Lo más raro era que, en cuanto daban las ocho de la noche, la joven primero era advertida por la francesa y luego por su madre, por su hermana y por su padre, para que se retirase a su habitación, igual que se envía a un niño a la cama, para que no se canse, deseándole que duerma bien. La francesa la acompañaba, de modo que ambas nunca estaban a la cena que se servía a las nueve en punto.

La Coronela, dándose cuenta de mi asombro, se anticipó a mis preguntas, advirtiéndome que Adelgunda estaba delicada, y que sobre todo al atardecer y a eso de las nueve se veía atacada de fiebre y que el médico había dictaminado que hacia esta hora, indefectiblemente, fuera a reposar.

Yo sospeché que había otros motivos, aunque no tenía la menor idea. Hasta hoy he sabido la relación horrible de cosas y acontecimientos que destruyó de un modo tan tremendo el círculo feliz de esta pequeña familia.

Adelgunda había sido la más alegre y la más juvenil criatura que pudiera existir. Cuando se celebraba su catorce cumpleaños, fueron invitadas una serie de compañeras suyas de juego. Estaban sentadas en un bello bosquecillo del jardín del palacio y bromeaban y se reían, ajenas a que iba oscureciendo cada vez más, a que las escondidas brisas de julio comenzaban a soplar y que se acababa la diversión. En la mágica penumbra del atardecer empezaron a bailar extrañas



danzas, tratando de fingirse elfos y ágiles duendes: “Óiganme –gritó Adelgunda, cuando acabó por hacerse de noche en el bosque–, óiganme, niñas, ahora voy a aparecerme como la mujer vestida de blanco, de la que nos ha contado tantas cosas el viejo jardinero que murió. Pero tienen que venir conmigo hasta el final del jardín, donde está el muro”. Nada más decir esto, se envolvió en su chal blanco y se deslizó ligerísima a través del follaje, y las niñas echaron a correr detrás de ella, riéndose y bromeando. Pero, apenas hubo llegado Adelgunda al arco medio caído se quedó petrificada y todos sus miembros paralizados. El reloj del palacio tocó las nueve: “¿No ven –exclamó Adelgunda con el tono apagado y cavernoso del mayor espanto–, no ven nada..., la figura... que está delante de mí? ¡Jesús! Extiende la mano hacia mí... ¿no la ven?”

Las niñas no veían lo más mínimo, pero todas se quedaron sobrecogidas por el miedo y el terror. Echaron a correr, hasta que una, que parecía la más valiente, saltó hacia Adelgunda y trató de cogerla en sus brazos. Pero en el mismo instante Adelgunda se desplomó como muerta. A los gritos despavoridos de las niñas, todos los del palacio salieron apresuradamente. Cogieron a Adelgunda y la metieron dentro. Despertó al fin de su desmayo y refirió temblando que, apenas entró bajo el arco, vio ante ella una figura aérea, envuelta como en niebla, que le alargaba la mano.

Como es natural, se atribuyó la aparición a la extraña confusión que produce la luz del anochecer. Adelgunda se recobró la misma noche, de tal modo, que no se temieron consecuencias algunas, y se dio el asunto por terminado. ¡Y, sin embargo, qué



diferente fue! A la noche siguiente, apenas dieron las nueve campanadas, Adelgunda, presa de terror, en mitad de los amigos que la rodeaban, empezó a gritar: “¡Ahí está, ahí está! ¿No la ven? ¡Ahí está, enfrente de mí!”

Baste saber que desde aquella desgraciada noche, apenas sonaban las nueve, Adelgunda volvía a afirmar que la figura estaba delante de ella y permanecía algunos segundos, sin que nadie pudiese ver lo más mínimo, o por alguna sensación psíquica pudiese percibir la proximidad de un desconocido principio espiritual.

La pobre Adelgunda fue tenida por loca, y la familia se avergonzó, por un extraño absurdo, del estado de la hija, de la hermana. De ahí aquel raro proceder, al que ya he hecho alusión. No faltaron médicos ni medios para librar a la pobre niña de una idea fija, que así llamaban a la aparición, pero todo fue en vano, hasta que ella pidió, entre abundantes lágrimas, que la dejaran, pues la figura que se le aparecía con rasgos inciertos e irreconocibles, no tenía nada de terrorífico, y no le producía ya miedo; incluso tras cada aparición tenía la sensación de que en su interior se despojase de ideas y flotase como incorpórea, debido a lo cual padecía gran cansancio y se sentía enferma. Finalmente, la Coronela trabó conocimiento con un célebre médico, que estaba en el apogeo de su fama, por curar a los locos de manera sumamente artera (mediante ardides muy ingeniosos). Cuando la Coronela le confesó lo que le sucedía a la pobre Adelgunda, el médico se rió mucho y afirmó que no había nada más fácil que curar esta clase de locura, que tenía su base en una imaginación sobreexcitada. La



idea de la aparición del fantasma estaba unida al toque de las nueve campanadas, de forma que la fuerza interior del espíritu no podía separarlo, y se trataba de romper desde fuera esta unión. Esto era muy fácil, engañando a la joven con el tiempo y dejando que transcurriesen las nueve, sin que ella se enterase. Si el fantasma no aparecía, ella misma se daría cuenta de que era una alucinación y, posteriormente, mediante medios físicos fortalecedores, se lograría la curación completa.

¡Se llevó a efecto el desdichado consejo! Aquella noche se atrasaron una hora todos los relojes del palacio, incluso el reloj cuyas campanadas resonaban sordamente, para que Adelgunda, cuando se levantase al día siguiente, se equivocase en una hora. Llegó la noche. La pequeña familia, como de costumbre, se hallaba reunida en un cuartito alegremente adornado, sin la compañía de extraños. La Coronela procuraba contar algo divertido, el Coronel empezaba, según costumbre cuando estaba de buen humor, a gastar bromas a la vieja francesa, ayudado por Augusta, la mayor de las señoritas. Todos reían y estaban alegres como nunca.

El reloj de pared dio las ocho (y eran las nueve) y, pálida como la muerte, casi se desvaneció Adelgunda en su butaca... ¡la labor cayó de sus manos! Se levantó, entonces, el tenor reflejado en su semblante, y mirando fijamente el espacio vacío de la habitación, murmuró apagadamente con voz cavernosa: “¿Cómo? ¿Una hora antes? ¡Ah! ¿No lo ven? ¿No lo ven? ¡Está frente a mí, justo frente a mí!” Todos se estremecieron de horror, pero como nadie viese nada, gritó la Coronela: “¡Adelgunda! ¡Compórtate! No es nada, es un fantasma de tu



mente, un juego de tu imaginación, que te engaña, no vemos nada, absolutamente nada. Si hubiera una figura ante ti, ¿acaso no la veríamos nosotros? ¡Compórtate, Adelgunda, compórtate!” “¡Oh, Dios...! ¡Oh, Dios mío –suspiró Adelgunda–, van a volverme loca! ¡Miren, extiende hacia mí el brazo, se acerca... y me hace señas!” Y como inconsciente, con la mirada fija e inmóvil, Adelgunda se volvió, cogió un plato pequeño que por casualidad estaba en la mesa, lo levantó en el aire y lo dejó... y el plato, como transportado por una mano invisible, circuló lentamente en torno a los presentes y fue a depositarse de nuevo en la mesa.

La Coronela y Augusta sufrieron un profundo desmayo, al que siguió un ataque de nervios. El Coronel se rehízo, pero pudo verse en su aspecto trastornado el efecto profundo e intenso que le hizo aquel inexplicable fenómeno.

La vieja francesa, puesta de rodillas, con el rostro hacia tierra, rezando, quedó libre como Adelgunda, de todas las funestas consecuencias. Poco tiempo después la Coronela murió. Augusta se sobrepuso a la enfermedad, pero hubiera sido mejor que muriese antes de quedar en el estado actual. Ella, que era la juventud en persona, como ya les describí al principio, se sumió en un estado de locura tal que me parece todavía más horrible y espeluznante que aquellos que están dominados por una idea fija. Se imaginó que ella era aquel fantasma incorpóreo e invisible, que decían imaginaba Adelgunda, y rehuía a todos los seres humanos, o se escondía en cuanto alguien comenzaba a hablar o a moverse. Apenas se atrevía a respirar, pues creía firmemente que de aquel modo descubriría su presencia y podía



causar la muerte a cualquiera. Le abrían la puerta, le daban la comida, que escondía al tomarla, y hacía ocultamente todo. ¿Puede darse algo más penoso?

El Coronel, desesperado y furioso, se alistó en la nueva campaña de guerra. Murió en la batalla victoriosa de W... Es notable, muy notable, que desde aquella noche fatal, Adelgunda quedó libre del fantasma. Se dedica por entero a cuidar a su hermana enferma, y la vieja francesa la ayuda en esta tarea. Según me ha dicho hoy Silvestre, el tío de las pobres niñas, acaba de llegar para consultar con nuestro buen R... acerca del método curativo que debe emplearse con Augusta. ¡Quiera el Cielo facilitar esta improbable curación!

Cipriano calló y también los amigos permanecieron en silencio. Finalmente, Lotario exclamó: “¡Esta sí que es una condenada historia de fantasmas! ¡Pero no puedo negar que estoy temblando, a pesar de que todo el asunto del plato volante me parece infantil y de mal gusto!” “No tanto –interrumpió Ottomar–, no tanto, ¡querido Lotario! Bien sabes lo que pienso acerca de las historias de fantasmas, bien sabes que estoy en contra de todos los visionarios”.



LA CASA VACÍA

Ya saben —comenzó a decir Teodoro— que pasé el último verano en ***. Los numerosos amigos y conocidos que encontré allí, la vida amable y despreocupada, las numerosas manifestaciones artísticas y científicas, todo me retuvo. Nunca me sentía tan contento como cuando me entregaba por entero a mi pasión de vagabundear por las calles, deteniéndome para ver los grabados en cobre que se exhibían en las puertas, deleitarme con los letreros y observando a las personas que salían a mi encuentro, con idea de hacerles un horóscopo; pero no sólo me atraía irresistiblemente la riqueza de las obras de arte y el lujo, sino la contemplación de los magníficos y suntuosos edificios. La alameda, ornada de construcciones semejantes, que conduce a la Puerta de *** es el punto de reunión de un público dispuesto a gozar de la vida, ya que pertenece a la clase alta o acomodada.

En los pisos bajos de los grandes palacios se exhibían la mayor parte de las veces mercancías lujosas, mientras que en los altos habitaba gente de las clases mencionadas. Las hosterías más elegantes estaban, por lo general, en esta calle y los representantes extranjeros vivían en ella; así pueden suponer que allí había una animación especial y mayor movimiento que en otro lugar de la ciudad, dando la sensación de hallarse más poblada de lo que realmente estaba. El interés por vivir en aquel sitio hacía que muchos se conformasen con una pequeña vivienda, menor de lo que les correspondía, de suerte que



muchas familias habitaban en una misma casa, como si ésta fuera una colmena.

Con frecuencia paseaba yo por tal avenida, cuando un día, de pronto, me fijé en un paraje que difería de los demás de extraña manera. Imagínense una casita baja, con cuatro ventanas, en medio de dos bellos y elevados edificios, cuyo primer piso apenas si se elevaba más que los bajos de las casas vecinas, y cuyo techo, en mal estado de conservación, así como las ventanas, cubiertas en parte con papeles, y los muros descoloridos, daban muestra del total abandono en que la tenía su propietario. Supongan qué aspecto tendría aquella casa entre dos mansiones suntuosas y adornadas con lujosa profusión. Permanecí delante contemplándola y observé al aproximarme qué todas las ventanas estaban cerradas, que delante de la ventana del piso bajo se levantaba un muro y que la acostumbrada campanilla de la puerta cochera, así como la de la puerta principal, no existían; ni tan siquiera había un aldabón o llamador. Con el tiempo llegué al convencimiento de que la casa estaba deshabitada, ya que nunca, pasase a la hora que fuera, veía la menor huella de un ser humano. ¡Una casa deshabitada en esa parte de la ciudad! Era algo muy raro, aunque posiblemente tendría una explicación natural: que su dueño estuviese haciendo un largo viaje o que viviera en posesiones muy lejanas, sin atreverse a alquilar o vender este inmueble, por si lo necesitaba en el caso de volver a ***. Eso pensaba yo, y, sin saber cómo, me encontraba siempre paseando por delante de la casa vacía, al tiempo que



permanecía, no tanto sumergido en extraños pensamientos, como enredado en ellos.

Bien saben todos, queridos compañeros de mi alegre juventud, que siempre me consideraron un visionario, y que cuantas veces las extrañas apariencias de un mundo maravilloso entraban en mi vida, ustedes, con su rígida razón, lo combatían. ¡Pues bien! Ahora pueden poner las caras de desconfianza que quieran, pues he de confesar que yo también a veces he sufrido engaños, y que con la casa vacía parecía ser algo semejante, pero... al final vendrá la moraleja que los dejará aniquilados. ¡Escuchen! ¡Vamos al asunto!

Un día, y precisamente a la hora en que el buen tono ordena pasear arriba y abajo por la alameda, estaba yo, como de costumbre, absorto en mis pensamientos, contemplando la casa vacía. De pronto, noté sin mirar que alguien se había colocado a mi lado y me observaba fijamente. Era el conde P., en muchos puntos tan afín a mí, y no me cabe la menor duda de que también estaba interesado en la casa misteriosa. Me sorprendió que, al comunicarle la extraña impresión que me había causado esa casa deshabitada en aquella parte tan frecuentada de la ciudad, sonriera irónicamente, si bien al punto me aclaró todo. El conde P. había ido mucho más lejos que yo. Después de múltiples observaciones y combinaciones, había dado con la explicación de porqué se encontraba la casa en aquel estado, y precisamente la explicación estaba relacionada con una extraña historia, que sólo la más viva fantasía del poeta podía haber imaginado. Voy ahora a referir la historia del conde, que recuerdo con entera claridad, y, por lo que respecta a lo que me



sucedió luego, me siento tan excitado todavía, que se los contaré después.

¡Qué sorpresa fue la del conde al enterarse de que la casa vacía sólo alojaba los hornos del confitero, cuyos lujosos escaparates atraían al viandante! Por eso las ventanas del bajo, donde estaban los hornos, permanecían tapiadas y las habitaciones del primer piso, con las cortinas echadas para evitar el sol y los insectos, protegiendo así los artículos confitados. Cuando el conde me contó esto, sentí como si me hubieran arrojado un jarro de agua fría o como si demonios enemigos hicieran burla de mis sueños poéticos. Pese a aquella explicación prosaica, siempre que desde entonces pasaba ante ella, no dejaba de mirar la casa deshabitada, y, siempre que la miraba, sentía ligeros estremecimientos al imaginar toda clase de escenas extrañas. No me acostumbraba a la idea de la confitería, de los mazapanes, de los bombones, de las tartas, de las frutas escarchadas, etcétera. Una extraña combinación de ideas hacía que todo me sonase a secretos simbolismos y que pareciese decirme: “¡No te asustes, amigo mío! Somos dulces criaturas, pero de un momento a otro estallará un trueno”.

Entonces yo volvía a pensar: “¿No eres acaso un loco, un iluso, que siempre tratas de convertir lo vulgar en algo maravilloso? ¿Tienen razón acaso tus amigos cuando te consideran un exaltado visionario?”

La casa, no podía ser de otro modo, permanecía siempre igual. Llegó un momento en que, al habituarse mi vista a ella y a las ilusorias figuras que parecían reflejarse en las paredes, éstas



poco a poco fueron desapareciendo. Sin embargo, una casualidad hizo que lo que parecía dormido volviera a despertar. El hecho de haber quedado todo, a pesar mío, reducido a algo prosaico, como pueden imaginar, no impedía que yo siguiera mirando la fabulosa casa conforme a mi manera de pensar, pues soy fiel caballero de lo maravilloso.

Sucedió, pues, que un día en que, como de costumbre, paseaba por la alameda a las doce, mi mirada se fue a detener en las ventanas cubiertas por cortinas de la casa vacía. Noté que la cortina de la última ventana, justamente junto a la tienda de la confitería, comenzaba a moverse. Pude ver una mano y un brazo. Con mis gemelos de ópera observé claramente una bella mano femenina, de blancura resplandeciente, en cuyo dedo meñique refulgía con desusado destello un brillante, y desde cuyo brazo redondeado, de belleza exuberante, lanzaba sus destellos un rico brazalete. La manó colocó un frasco de cristal de extraña forma en el alféizar de la ventana y desapareció tras la cortina.

Me quedé inmóvil; una rara y agradable emoción recorrió mi interior, a la manera de un calor eléctrico. Fijamente permanecí mirando a la ventana fatal y de mi pecho se escapó un suspiro. Por último, sentí como si fuera a desmayarme, y poco rato después me encontré rodeado de gentes de todas clases, que me observaban con semblante de curiosidad. Esto me disgustó, pero enseguida me di cuenta de que toda aquella muchedumbre no cesaba de comentar admirada que había caído desde un sexto piso un gorro de dormir sin que se le hubiese desgarrado ni una sola malla. Me alejé lentamente, mientras el demonio



prosaico me susurraba con toda claridad al oído que la mujer del confitero, alhajada como en día de fiesta, se había asomado para dejar en la ventana un frasco de agua de rosa vacío. ¡Qué extraña ocurrencia! Pero, de pronto, tuve un pensamiento audaz; regresé al instante a contemplar el escaparate de la confitería inmediata a la casa vacía y entré.

Mientras soplaba la espuma del hirviente chocolate que había pedido, comencé a decir:

—En realidad ha ampliado mucho su establecimiento.

El confitero echó con presteza un par de bombones de colores en el cucurucho de papel y, dándoselos a la encantadora joven que lo solicitaba, apoyó sus brazos en el mostrador, mirándome sonriente. Volví a repetirle que había hecho muy bien en colocar el horno en la casa contigua, aunque resultaba extraña y triste la casa vacía en medio de la animada fila de edificios.

—¡Eh, señor! —repuso el confitero—. ¿Quién le ha dicho que la casa de ahí al lado me pertenece? Han sido vanos todos mis intentos de adquirirla, aunque bien creo que esa casa posiblemente oculte un enigma.

Ya pueden suponer, amigos míos, en qué estado de excitación me dejó esta respuesta y qué reiteradamente le supliqué que me dijese algo más de la casa.

—¡Pues, sí, señor mío! —dijo—. En realidad no sé nada raro de la casa; únicamente puedo asegurar que pertenece a la condesa de S., que vive en sus posesiones, y desde hace muchos años no



viene a ***. Como entonces no se habían construido los magníficos edificios que existen ahora, según me han contado, la casa está en el mismo estado que antaño y nadie sabe nada de la completa decadencia en que se encuentra ahora. Sólo dos seres vivientes la habitan: un ancianísimo administrador muy huraño y un perro gruñón, que a veces, en el patio de atrás, ladra a la Luna. El rumor popular dice que debe haber fantasmas en la casa vacía. Realmente mi hermano (el dueño de la tienda) y yo hemos oído varias veces en el silencio de la noche, sobre todo en Nochebuena, cuando el negocio nos hace estar al pie del mostrador, ruidos extraños que parecen venir a través de la pared desde la casa vecina. Luego comienzan a oírse unos sonidos estridentes y un rumor que nos parece horrible. Aún no hace mucho que una noche se oyeron cánticos, tan raros que apenas si puedo describirlos. Parecía la voz de una mujer de edad, pero el tono era tan penetrante, las cadencias tan variadas y los gorgoritos tan agudos, que ni siquiera los he oído en Italia, en Francia o en Alemania a las muchas cantantes que he conocido. Me pareció como si cantara con palabras francesas, que, sin embargo, no podía distinguir bien, aunque llegó un momento en que no pude oír más aquel canto loco y fantasmal que me ponía los pelos de punta. A veces, cuando el bullicio de la calle cesaba un poco oíamos detrás del cuarto trastero profundos suspiros y luego un reír sofocado que parecía venir del suelo; pero, con el oído pegado a la pared, podía percibirse que era en la casa vecina donde suspiraban y reían. Fíjese —dijo mientras me conducía a la habitación última y señalaba a través de la ventana—, fíjese



usted en aquel tubo de metal que sale del muro. A menudo humea tanto, incluso en verano, cuando nadie necesita calefacción, que mi hermano muchas veces ha regañado con el inquilino por temor a un incendio. Pero éste se disculpa, diciendo que cocina su comida. Ahora bien, lo que coma, eso sólo Dios lo sabe, pues con frecuencia se propaga un olor muy especial sobre todo cuando el tubo humea mucho.

La puerta de cristal de la tienda resonó, y el confitero se apresuró, al tiempo que me lanzaba una mirada y me hacía una seña indicando a la persona que entraba, seña que comprendí perfectamente. ¿Quién podía ser aquel extraño personaje sino el administrador de la casa misteriosa? Imaginen un hombrecillo delgado y seco, con semblante de momia, nariz aguda, labios contraídos, ojos chispeantes y verdes, de gato, sonrisa de loco, el pelo negro rizado a la antigua moda y empolvado, un tupé altísimo engomado y, colgando, una gran bolsa de piel llamada *Postilion d'Amour*. Usaba un viejo vestido de color café desvaído, aunque muy bien cepillado y limpio, y grandes zapatos desgastados, con hebillas. Imagínense que esta personilla se dirigió, mejor dicho dirigió su enorme puño, de dedos largos y robustos, hacia el escaparte y, medio sonriendo y medio contemplando los dulces preservados por el cristal, dijo con voz gemebunda y desvaída:

—Un par de naranjas confitadas, un par de almendrados, un par de *marrons glacés*.

Juzguen y díganme si no había motivo para pensar algo raro. El confitero sirvió todo lo que el anciano pedía.



“¡Pesadlo, pesadlo, honorable señor vecino!”, parecía susurrar aquel hombre extraño.

Luego sacó del bolsillo, mientras gemía y suspiraba, una pequeña bolsa de cuero y buscó trabajosamente el dinero. Notó que las monedas que iba contando sobre el mostrador estaban ya en desuso. Con voz quejumbrosa murmuró:

–Dulce..., dulce..., dulce debe ser todo... Por parte mía, todo dulce... Satanás unta el hocico de su novia con miel..., pura miel.

El confitero me miró riéndose, y luego dijo al viejo:

–Se diría que no se encuentra bien; la edad, debe ser la edad; las fuerzas disminuyen.

Sin alterar su gesto, el viejo exclamó con voz aguda:

–¿Edad? ¿Edad? ¿Que disminuyen las fuerzas? ¿Débil yo? ¡Ja, ja, ja!

Y tras esto cerró los puños, haciendo crujir sus articulaciones, y dio tal salto en el aire, tras pisar con fuerza, que toda la tienda se estremeció y los cristales resonaron temblorosos. Pero en el mismo instante se oyó una algarabía espantosa: el viejo había pisado al perro negro, que se fue a meter entre sus piernas.

–¡Maldita bestia! ¡Maldito perro del infierno! –dijo en voz baja, mientras, abriendo el cucurucho, le ofrecía un almendrado grande. El perro, que se había puesto a llorar como si fuera una persona, se tranquilizó, se sentó sobre sus patas traseras y empezó a roer el almendrado como un hueso. Ambos



terminaron a la vez: el perro con su almendrado y el viejo zampándose todo el cucurucho.

— Buenas noches, querido vecino — dijo alargando la mano al confitero y dándole tal apretón, que éste lanzó un grito de dolor—. El viejo y débil anciano le desea buenas noches, honorable señor confitero—repitió saliendo de la tienda y tras él su perro negro, relamiendo los restos del almendrado esparcidos por su hocico.

Me pareció que ni siquiera había reparado en que estaba yo allí, inmóvil y asombrado.

— Ahí le tiene —comenzó a decir el confitero—, ahí le tiene; así es como obra este viejo extraño, que aparece por aquí cuando menos dos o tres veces por semana, pero no hay forma de sacarle nada; sólo que es el mayordomo del conde de S., que ahora administra esta casa donde vive, y que espera todos los días, y así lleva muchos años, esperando que la familia condal de S. retorne, y que por ese motivo no alquila la casa. Mi hermano un día fue a su encuentro y le preguntó qué era ese ruido tan extraño que hacía a medianoche, pero él, muy tranquilo, respondió:

— Si la gente dice que hay fantasmas en esta casa, no lo cree; no es cierto.

A todo esto sonó la hora en que el buen tono ordena visitar las confiterías. La puerta se abrió, y una multitud elegante entró, de modo que ya no pude preguntar más. No cabía la menor duda de que las noticias del conde P., acerca de la propiedad y



el empleo de la casa, eran falsas; que el viejo administrador, no obstante su negativa, no vivía solo, y que allí se ocultaba un secreto. ¿Tenía alguna relación el extraño y espantoso cántico con el bello brazo que se mostró en la ventana? Aquel brazo no correspondía, no podía tener relación alguna, con el cuerpo de una mujer vieja. El cántico, sin embargo, conforme a la descripción del confitero, no provenía de la garganta de una muchacha. Además, recordé la humareda y el extraño olor de que me había hablado, así como el frasco de cristal visto por mí, y muy pronto se ofreció a mi mente la imagen de una criatura de bellos ojos, presa de poderes mágicos. Creí ver en el viejo un brujo fatal, un hechicero, que posiblemente no tenía relación alguna con la familia condal de S. y que, por cuenta propia, se encontraba en la casa abandonada haciendo de las suyas. Mi fantasía se puso a trabajar, y aquella misma noche, no sólo en sueños, sino en el delirio que precede al dormir, vi claramente la mano con el brillante refulgente en el dedo y el brazo ceñido por el rico brazalete. Un semblante bellissimo se me apareció entre la transparente niebla gris, semblante que tenía ojos azules, tristes y suplicantes, y luego la figura encantadora de una joven en la plenitud de su belleza. Muy pronto me di cuenta de que, lo que tomaba por niebla, era la humareda que se desprendía del frasco de cristal que tenía la figura entre sus manos, y que subía en rizadas volutas hacia lo alto.

“Oh, mágica visión —exclamé extasiado—, oh, mágica visión! ¿Dónde te encuentras, quién te ha encadenado? ¡Oh, cuánto amor y tristeza hay en tu mirada! Bien sé que la magia negra te tiene prisionera, que eres la desgraciada esclava de un demonio



malicioso, vestido con ropas marrones que trastea por la confitería, da saltos capaces de destruir todo y pisa a perros infernales, que alimenta con almendrados, cuando, a fuerza de aullidos, han consumado sus evocaciones satánicas... ¡Oh, ya lo sé todo, bella y encantadora criatura! ¡El diamante es el reflejo de tu brillo interior! ¡Ah!, si no le hubieras dado la sangre de tu corazón, ¿cómo iba a brillar así, con rayos tan multicolores y con tonos tan maravillosos que jamás ha podido ver un mortal? Sí, sé muy bien que el brazalete que ciñe tu brazo es una argolla de la cadena a que hacía referencia el hombre vestido de marrón, que es un eslabón magnético. ¡No le hagas caso, hermosa mía! Ya veo cómo se suelta y cae en la encendida retorta, desprendiendo llamas azuladas. ¡Yo lo he echado y ya estás libre! ¿Acaso no sé todo, acaso no sé todo, amada mía? Pero escúchame, encantadora, abre tus labios y dime...”

En el mismo instante un puño poderoso me empujó contra el frasco de cristal, que se rompió en mil pedazos, esparciéndose por el aire. Con un débil quejido de dolor, la encantadora figura desapareció en la oscura noche.

¡Ah! Veo por sus sonrisas que de nuevo me toman por un visionario. Pero les aseguro que todo el sueño, si es que no quieren prescindir de este nombre, tenía el perfecto carácter de una visión. Como veo que continúan sonriéndose y negándose a creerme, de un modo prosaico, prefiero no decir nada, sino terminar de una vez.

Apenas amaneció, corrí muy intranquilo y lleno de deseos hacia la alameda y me aposté frente a la casa vacía. Además de las



cortinas interiores, había rejas. La calle estaba totalmente vacía. Me acerqué a la ventana del piso bajo y me puse a escuchar atentamente. Pero no oí nada; todo estaba en un silencio sepulcral. Ya se hacía de día y comenzaba a animarse el comercio; debía irme de allí. Los cansaría si les contara cuántos días fui a la casa en momentos diversos, y todo en vano, sin poder descubrir nada, y cómo todas mis investigaciones y observaciones no me procuraron ninguna noticia. Así es que, finalmente, la bella imagen de la visión que había contemplado fue esfumándose.

Mas he aquí que un día que volvía de dar un paseo por la tarde, al pasar por delante de la casa vacía noté que la puerta estaba medio abierta; entré. El hombre del traje marrón se asomó. Yo había tomado una resolución. Pregunté al viejo:

—¿Vive aquí Binder, el consejero de Hacienda?

Al tiempo empujaba la puerta para entrar en un vestíbulo iluminado débilmente por la luz de una lámpara. El viejo me miró con su sonrisa permanente y dijo con voz lenta y gangosa:

—No, no vive aquí; nunca ha vivido aquí, nunca vivirá aquí y tampoco vive en toda la alameda. Pero la gente dice que en esta casa hay fantasmas. Sin embargo, puedo asegurarle que no es cierto; es una casa muy tranquila, muy bonita, y mañana vendrá la respetable condesa de S. ¡Buenas noches, mi querido amigo!

Apenas terminó de decir esto, el viejo se las ingenió para echarme de la casa y cerrar la puerta tras de mí. Oí cómo re-



sonaban las llaves en su llavero, mientras subía las escaleras, carraspeando y tosiendo. Aquel escaso tiempo fue suficiente sin embargo, para que viera que en el vestíbulo colgaban tapices antiguos de varios colores y que la sala estaba amueblada con sillones de damasco rojo, todo lo cual le daba un aspecto extraño, ¡Nuevamente volvieron a despertarse en mi interior la fantasía y la aventura tras de haber entrado en la casa misteriosa!

Imagínense..., imagínense al día siguiente en qué estado volví a recorrer la alameda al mediodía. Al dirigir la mirada involuntariamente hacia la casa vacía, observé que algo brillaba en el piso alto. Al acercarme vi que la persiana estaba levantada y la cortina medio corrida. ¡Oh, cielos! Apoyado en su brazo, el bello semblante de aquella visión mía me miraba suplicante. ¿Era posible permanecer quieto en medio de la muchedumbre? En aquel momento me fijé en el banco destinado a los viandantes, colocado precisamente ante la casa vacía, aunque de espaldas a la fachada. Con paso rápido caminé por la alameda y apoyándome sobre el respaldo del banco, pude contemplar sin ser molestado la ventana fatal. ¡Sí!, era ella, la encantadora y bella criatura, los mismos rasgos... Sólo que su mirada incierta no se dirigía a mí, según me pareció, sino más bien denotaba algo artificial, como muerto. Daba la engañosa impresión de pertenecer a un cuadro, impresión que hubiera sido completa de no haberse movido el brazo y la mano. Totalmente absorto en la contemplación del extraño ser que estaba asomado a la ventana, y que me causaba tan rara exaltación, no oí la voz temblona de un vendedor ambulante



italiano que inútilmente me ofrecía su mercancía. Como me tocó el brazo, me volví con presteza y le reñí furioso. No me dejaba un instante con sus súplicas pedigueñas. En todo el día no había ganado nada; decía que le comprase un par de lápices o un paquete de mondadientes. Impaciente, para librarme a toda prisa de aquel pesado, metí la mano en el bolsillo en busca de mi bolsa mientras él me decía:

—Aún tengo cosas más bonitas. Buscó en su caja y sacó un espejito, que estaba en el fondo con otros cristales, y me lo mostró de lejos. Volví a mirar la casa vacía, la ventana y los rasgos de aquel encantador y angelical semblante de la visión que se me había aparecido.

Apresurado compré el espejito, que me permitió, sin necesidad de molestar al vecino, mirar hacia la ventana. Así es que, contemplando durante largo rato el rostro misterioso, me sucedió que experimenté un sentimiento rarísimo e indescriptible, como si estuviera soñando despierto. Tuve la sensación de que me paralizaba, pero más que los movimientos del cuerpo, fue la mirada, que no podía apartar del espejo. Confieso con rubor que recordé aquellos cuentos infantiles que me relataba en mi tierna niñez la criada al acostarme, cuando me divertía contemplándome en el gran espejo de la habitación de mi padre. Me dijo, entonces, que cuando los niños se miran mucho por la noche al espejo, ven la cara horrible de un desconocido, y esto hacía que a veces permanecieran mirando fijamente. Aquello me parecía horroroso, pero aun sobrecogido por el espanto, no podía dejar de mirar al espejo, porque tenía una gran curiosidad de ver el semblante desconocido. Una vez



me pareció ver un par de ojos brillantes, horribles, que despedían chispas desde el espejo; me puse a gritar y caí desvanecido. En aquella ocasión se me declaró una larga enfermedad, y todavía hoy tengo la sensación de que aquellos ojos me están mirando. En una palabra: todas aquellas boberías de mi infancia pasaron por mi imaginación; sentí que se me helaban las venas, y quise apartar de mi lado el espejo..., pero no pude. Los ojos celestiales de la encantadora criatura me contemplaban. Sí, su mirada penetraba directamente en mi corazón.

Luego, aquel espanto que me sobrecogió repentinamente cesó y dio paso a un suave dolor y a una dulce nostalgia, semejante al efecto de una sacudida eléctrica.

— ¡Tienes un espejo envidiable! — dijo una voz junto a mí.

Desperté como de un sueño, y cuál no sería mi desconcierto cuando encontré a mi lado unos semblantes que sonreían de modo equívoco. Varias personas se habían sentado en el mismo banco y era lo más probable que, por mi insistencia en mirar al espejo y quizá por los extraños gestos que debí de hacer en el estado de exaltación en que me encontraba, haya dado un espectáculo muy divertido.

— Tiene un espejo envidiable — repitió la voz al ver que yo no respondía —. ¿Por qué mira con tanta fijeza?

Un hombre ya de edad, vestido muy cuidadosamente, que en el tono de su conversación y en la mirada tenía algo de bondadoso e inspiraba confianza, era quien me hablaba. No



tuve reparo en decirle que precisamente en el espejo veía a una joven maravillosa que estaba asomada a la ventana de la casa vacía. Fui más lejos aún: pregunté al viejo si veía él también aquel maravilloso semblante.

—¿Allí, en aquella casa vieja, en la última ventana? —me preguntó asombrado el viejo.

—Ciertamente, ciertamente —repuse. El viejo se sonrió y comenzó a decir:

—Os habéis engañado de un modo extrañísimo. Doy gracias a que mis viejos ojos. ¡Dios bendiga mis viejos ojos! ¡Eh, eh, señor mío! En efecto, sí, yo también he visto con estos ojos bien abiertos el semblante maravilloso asomado a la ventana. Aunque realmente bien creo que se trata de un retrato al óleo.

Rápidamente me volví hacia la ventana: todo había desaparecido y la persiana se había bajado.

—Sí —continuó el viejo—; sí, señor mío, no es demasiado tarde para convencerse de que precisamente ahora el criado que vive ahí solo, como un castellano, en los cuarteles de la condesa de S., acaba de limpiar el polvo del cuadro, lo ha quitado de la ventana y bajó la persiana.

—¿Así que era un cuadro? —pregunté totalmente desconcertado.

—Confiad en mis ojos —repuso el viejo—. Al ver en el espejo sólo el reflejo del cuadro ha sido usted fácilmente engañado por la ilusión óptica. ¿Acaso yo, cuando tenía vuestra edad, gracias



a mi fantasía, no era capaz de evocar la imagen de una bella joven y de darle vida?

—Pero la mano y el brazo se movían —insistí.

—Sí, sí; se movían, todo se movía —dijo el viejo sonriendo y dándome un golpecito en el hombro. Luego se levantó y después de hacerme una reverencia se despidió con estas palabras—: Tened cuidado con esos espejos de bolsillo, que mienten tan engañosamente. Téngame por su más obediente servidor.

Podéis imaginar cuál sería mi estado de ánimo cuando me vi tratado como si fuera un ser fantástico, necio y visionario. Quedé convencido de que el viejo tenía razón, de que toda aquella loca fantasmagoría había tenido lugar en mi interior, y que todo lo de la casa vacía, para vergüenza mía, sólo era una mixtificación repelente. De muy mal humor y muy disgustado abandoné el banco, decidido a librarme de una vez para siempre del misterio de la casa vacía o, por lo menos, dejar transcurrir unos días sin pasear por la alameda ni por aquel sitio.

Seguí tal propósito al pie de la letra. Pasaba las horas ocupado en los negocios de mi bufete, y al atardecer pasaba el rato en un círculo de alegres amigos, de tal modo que no volvieron a atormentarme aquellos secretos. Únicamente me sucedía algunas noches que me despertaba como si alguien me tocara, y entonces tenía la clara sensación de que, sólo el ser misterioso que se me había aparecido al mirar la ventana de la casa vacía, era la causa de mis sobresaltos. Incluso cuando estaba en mi



trabajo o en animada conversación con mis amigos me estremecía con este pensamiento, como si hubiese recibido una sacudida eléctrica. Pero esto sucedía en momentos fugaces. El pequeño espejo de bolsillo, que en otro tiempo tan mentirosamente había reflejado la imagen amable, ahora me servía para menesteres prosaicos: acostumbraba a hacerme el nudo de la corbata ante él. Pero sucedió un día que lo encontré opaco, y echándole el aliento lo froté para darle brillo. Se me detuvo el pulso y todo mi ser se estremeció al experimentar un sentimiento de terror no exento de cierto agrado. Sí..., ciertamente tengo que calificar de ese modo la sensación que me sobrecogió cuando eché el aliento al espejo, pues contemplé, en medio de una neblina azul, el bello rostro, que me miraba suplicante, con una mirada que traspasaba el corazón. ¿Se ríen? Sí, están convencidos de que soy un alucinado sin remedio. Pero digan lo que quieran, piensen lo que quieran; no me importa. La maravillosa mujer me miraba, en efecto, desde el espejo; pero en cuanto cesé de echarle aliento al espejo, desapareció su rostro. No quiero cansarlos más. Voy a referir todo lo que sucedió después. Sólo les diré que incansablemente yo repetía la experiencia del espejo y casi siempre lograba evocar la imagen, aunque algunas veces mis esfuerzos resultaban infructuosos. Entonces corría como loco hacia la casa vacía y me ponía a contemplar la ventana; pero ningún ser humano se asomaba. Vivía sólo pensando en ella; todo lo demás me parecía muerto, sin interés; abandoné mis amigos, mis estudios.



En estas circunstancias muchas veces sentía un dolor suave y una nostalgia como soñadora. Parecía a veces como si la imagen perdiera fuerza y consistencia, aunque en otras ocasiones se agudizaba de tal modo que recuerdo algunos momentos con verdadero espanto.

Me encontraba en un estado de ánimo tal, que hubiera estado a punto de ser mi perdición. Pero aunque se rían y burlen de mí, escuchen lo que voy a contarles. Como ya les dije, cuando aquella imagen palidecía, lo que sucedía muy a menudo, sentía un malestar muy grande. Entonces la figura hacía su aparición con una viveza tal, con un brillo tan grande, que me daba la sensación de poder tocarla. Aunque realmente también tenía la horrible impresión de ser yo mismo la figura envuelta por la niebla que se reflejaba en el espejo. Aquel estado penoso terminaba siempre con un agudo dolor en el pecho y luego con una gran apatía que me dejaba preso de un total agotamiento. En los momentos en que fracasaba en mi intento del espejo, notaba que me quedaba sin fuerzas; pero cuando volvía a aparecer la imagen en él, no he de negar que experimentaba un extraño placer físico. Esta continua tensión ejercía sobre mí un influjo maligno; con una palidez mortal y totalmente destrozado, andaba vacilante; mis amigos me consideraban enfermo y sus continuas advertencias me obligaron a meditar seriamente acerca de mi estado.

Fuera intencionadamente o de forma casual, unos amigos que estudiaban medicina, en una visita que me hicieron dejaron allí un libro de Reil sobre las enfermedades mentales. Comencé a leerlo. La obra me atrajo irresistiblemente, pero ¿cuál no sería



mi asombro al ver que todo lo que se decía en tomo a la locura obsesiva lo experimentaba yo!

El profundo espanto que sentí, al imaginarme cercano al manicomio, me hizo reflexionar, y tomé una decisión, que ejecuté al momento. Guardé mi espejo de bolsillo y me dirigí rápidamente al doctor K, famoso por su tratamiento y curaciones de dementes, debidas al profundo conocimiento que tenía del principio psíquico, que a menudo es causa de enfermedades corporales, pero mediante el cual también pueden curarse. Le referí todo, no oculté ni el menor detalle, y juré que haría cuanto pudiera para salvarme del monstruoso destino en que veía una amenaza. Me escuchó atentamente, y luego noté cómo en su mirada se reflejaba un gran asombro.

—Aún no está el peligro cerca —me dijo—; no está tan cerca como cree, y afirmo con toda certeza que puedo alejarlo. No hay la menor duda de que padece un mal psíquico, pero el mismo reconocimiento del ataque de un principio maligno le permite tener a mano el arma con que defenderse. Déjeme el espejo, dedíquese a algún trabajo que ocupe todas sus fuerzas, evite la alameda, trabaje desde muy temprano todo lo que pueda resistir. Después dé un buen paseo, reúnanse con sus amigos, que hace tanto que no ve. Coma alimentos saludables, beba buen vino. Como ve, trato de fortalecer su cuerpo y de dirigir su espíritu hacia otras cosas, para alejar de usted la idea fija, es decir, la aparición que le ofusca, ese semblante en la ventana de la casa vacía que ve reflejada en su espejo. ¡Siga al pie de la letra mis prescripciones!



Me resultaba difícil separarme del espejo. El médico, que ya lo había cogido, pareció notarlo. Echó su aliento sobre él y me preguntó mientras lo retenía;

– ¿Ve algo?

– Nada, ni la menor cosa – repuse, como realmente sucedía.

– Eche usted el aliento – dijo el médico, mientras me lo devolvía.

Así lo hice, y la imagen maravillosa apareció más claramente que nunca.

– ¡Aquí está! – exclamé en voz alta. El médico miró y dijo:

– No veo absolutamente nada, pero no he de ocultar que, en el mismo instante en que miré en el espejo, sentí un estremecimiento siniestro, que se me pasó en seguida. Bien sabe que soy muy sincero, y por eso merezco su confianza. Repita la prueba.

Así lo hice; el médico me rodeó con sus brazos; sentí su mano en mi nuca. La imagen volvió. El médico, que miraba conmigo en el espejo, palideció; luego, quitándome el espejo de la mano, miró de nuevo, lo guardó en su escritorio y se volvió hacia mí, mientras se secaba el sudor de la frente.

– Siga mi prescripción – comenzó a decir, y repitió—. Siga punto por punto mi prescripción. Tengo que reconocer que aquellos momentos, en que su yo interior siente un dolor físico, me resultan muy misteriosos, aunque espero poder decirle pronto algo acerca de este asunto.



Seguí al pie de la letra los consejos del médico, por muy penoso que me resultara, y aunque pronto sentí la influencia beneficiosa de la dieta ordenada y de los diversos trabajos en que se ocupaba mi espíritu, sin embargo no pude verme totalmente libre de aquellos horribles accesos, que solían manifestarse al mediodía, y sobre todo a las doce de la noche. Incluso en medio de las más alegres reuniones, bebiendo y cantando, me sucedía como si atravesasen mi interior puñales incandescentes, y entonces eran inútiles todos los esfuerzos que hacía para resistir; tenía que alejarme, pudiendo solamente volver a casa cuando retornaba de mi desvanecimiento.

Sucedió, pues, que un día, estando en una reunión nocturna en la que se hablaba de efectos e influencias, se trató también del oscuro y desconocido campo del magnetismo. Se hacía referencia preferentemente a la posible influencia de un lejanísimo principio psíquico, y se pusieron muchos ejemplos. Sobre todo, un joven médico, muy dado al magnetismo, demostró que, tanto él como otros muchos, mejor dicho, como todos los magnetizadores poderosos, podía obrar desde lejos mediante su pensamiento y voluntad sobre una sonámbula. Todo lo que habían dicho Kluge, Schubert, Barteis y otros podía demostrarse con pruebas.

—Me parece que lo más importante —terminó finalmente uno de los presentes, un conocido médico que estaba allí como atento observador—, lo más importante de todo es que el magnetismo parece encerrar muchos enigmas, que, por lo general, no se consideran secretos en la vida diaria, sino simples experiencias. Así, pues, tenemos que andar con pies de plomo.



¿Cómo es posible que suceda que, aparentemente, sin motivo alguno externo o interno, y rompiendo la cadena de los pensamientos, una determinada persona o simplemente la imagen fiel y viva de algún acontecimiento se apodere de nosotros de manera que nos quedemos asombrados? Lo más notable es lo que a menudo experimentamos en sueños. Toda la imagen del sueño se hunde en un negro abismo, y he aquí que de nuevo, independientemente de la imagen de aquel sueño, surge otra con poderosa vida, imagen que nos transporta a lejanas regiones y de pronto nos pone en relación con personas aparentemente desconocidas. Sí, y todavía más, a menudo contemplamos personas desconocidas o que conocimos hace muchos años. Como cuando decimos algunas veces: “¡Dios mío! Este hombre, esta mujer me resultan conocidos; me parece haberlos visto ya en alguna parte, es probable, aunque parezca mentira, que sea el recuerdo oscuro de un sueño. ¿Cómo podría explicarse esta súbita aparición de imágenes extrañas en medio de nuestras ideas, que suelen apoderarse de nosotros con una fuerza especial, si no fuese porque son motivadas por un principio psíquico? ¿Cómo sería posible ejercer influencia en un espíritu extraño en determinadas circunstancias, y sin preparación alguna, de forma que podamos obrar sobre él como si estuviera muerto?

—Un paso más —añadió otro riéndose— y estamos en los embrujamientos, la magia, los espejos y las necias fantasías y supersticiones de los tiempos antiguos.

—¡Eh! —interrumpió el médico al escéptico—. No hay ninguna época anticuada, y mucho menos puede considerarse necios a



los tiempos pasados en que hubo hombres que pensaron, pues también tendríamos que considerar necia nuestra propia época. Hay algo, por mucho que nos esforcemos en negarlo, y que más de una vez se ha demostrado, y es que en el oscuro y misterioso reino, que es la patria de nuestro espíritu, arde una lamparita, perceptible por nuestra mirada, ya que la Naturaleza no ha podido negarnos el talento y la inclinación de los topos, pues, ciegos como somos, buscamos orientarnos a través de caminos de tinieblas. Y así como los ciegos de la tierra reconocen la proximidad del bosque por el rumor de las hojas de los árboles, por el murmullo y el sonido de las aguas, y se cobijan en sus sombras refrescantes, y el arroyo les calma su sed, de forma que su anhelo alcanza la meta deseada, del mismo modo presentimos nosotros, gracias al resonante batir de alas y al aliento espiritual de los seres, que nuestro peregrinaje nos conduce al manantial de la luz, ante la cual se abren nuestros ojos.

No pude resistir más tiempo, y, volviéndome hacia el médico, le dije:

—Considero, y no quiero entrar en más profundidades, considero posible no sólo esta influencia, sino también otras, y creo que en el estado magnético pueden realizarse operaciones gracias al principio psíquico. Asimismo —continué—, creo que existen fuerzas demoníacas enemigas que pueden ejercer su poder maléfico sobre nosotros.

—Serán partículas malignas de espíritus caídos —repuso el médico riéndose—. No. No debemos admitir esto, y sobre todo les suplico que no tomen estas insinuaciones mías sino como



simples sugerencias, a las que voy a añadir que no creo en un indiscutible dominio de un principio espiritual sobre otro, sino más bien tengo que admitir que todo sucede a causa de una debilidad de la voluntad, cambio o dependencia que permite este dominio.

—En fin —comenzó a decir un hombre de edad que había permanecido callado, aunque escuchando muy atentamente—, en fin, estoy de acuerdo con vuestras extrañas ideas acerca de los misterios impenetrables con los que tratamos de familiarizarnos. Si existen misteriosas riquezas activas, que se ciernen sobre nosotros amenazadoramente, tiene que existir alguna anomalía en nuestro organismo espiritual que nos robe fuerza y valor para resistir victoriosamente. En una palabra: sólo la enfermedad del espíritu, los pecados, nos hacen siervos del principio demoníaco.

Es digno de notarse —prosiguió— que ya, desde los tiempos más remotos, las fuerzas demoníacas sólo actuaban sobre los hombres que sufrían grave trastorno espiritual. Me refiero, sobre todo a encantos o hechicerías amorosas de que están llenas todas las crónicas. En los más disparatados procesos brujescos aparecen siempre, e, incluso en los códigos de algunas naciones muy civilizadas, se habla de filtros amorosos, destinados a obrar psíquicamente, que no sólo despiertan el deseo amoroso, sino que irresistiblemente obran sobre una determinada persona. Ya que la conversación trata de estas cosas, recordaré un suceso trágico que sucedió en mi propia casa hace poco tiempo. Cuando Bonaparte invadió nuestro país con sus tropas, un coronel de la Guardia Noble italiana se alojó



en mi casa. Era uno de los pocos oficiales de la llamada *Grande Armée*, que se había distinguido por su conducta digna y correcta. De semblante pálido, sus ojos hundidos daban señales de estar enfermo o presa de una profunda preocupación. Pocos días después de su llegada, estando conmigo, sucedió algo que manifestó la especie de enfermedad de que se veía atacado. Me encontraba precisamente en su habitación cuando, de pronto, comenzó a suspirar y se llevó una mano al pecho, o mejor dicho, a la altura del estómago, como si sintiese dolores mortales. Llegó un momento en que no pudo hablar, viéndose obligado a tumbarse en el sofá; luego, de pronto, perdió la visión y se quedó rígido, sin conocimiento, como un palo. Pero después se incorporó como si despertara de un sueño, aunque era tal su cansancio, que durante mucho tiempo no pudo moverse. Mi médico, a quien yo envié después de haber probado diversos métodos, comenzó a tratarle magnéticamente, y esto pareció ejercer algún efecto. Pero, en cuanto dejaba de magnetizarle, el enfermo experimentaba un sentimiento insoportable de malestar. Como el médico se había ganado la confianza del coronel, le confesó éste que en aquellos momentos veía la imagen de una joven que había conocido en Pisa; tenía entonces la sensación de que su mirada ardiente penetraba en su interior, y era cuando experimentaba aquellos dolores insoportables, hasta que caía inconsciente. Aquel estado le causaba tal dolor de cabeza y una tensión tal como si hubiera vivido un éxtasis amoroso.

Nada dijo de cuáles fueran las relaciones que hubiera tenido con aquella mujer. Las tropas estaban a punto de emprender la



marcha; el coche del coronel se encontraba a la puerta, éste estaba desayunando, y he aquí que, en el mismo momento de llevarse a los labios un vaso de vino, se desplomó, cayendo al suelo, al tiempo que profería un grito. Estaba muerto. Los médicos diagnosticaron un ataque nervioso fulminante. Unas semanas después, me entregaron una carta dirigida al coronel. Yo no tenía intención de abrirla, pues pensaba dársela a algún amigo de sus familiares, al tiempo de comunicarles la noticia de su repentina muerte. La carta provenía de Pisa, y supe que contenía las siguientes palabras: “¡Infeliz! Hoy, día 7, a las doce del mediodía, falleció Antonia, abrazando amorosamente tu imagen traicionera”. Miré el calendario, en el que había señalado el día de la muerte del coronel, y vi que el fallecimiento de Antonia había sido a la misma hora que el suyo.

No quise escuchar el resto de la historia que refería aquel hombre, pues me invadió tal terror al reconocer mi propio estado en el del coronel italiano, que salí apresurado, rabiando de dolor, poseído por el loco anhelo de ver la imagen desconocida. Corrí hacia la casa fatal. Desde lejos me pareció ver brillar luces a través de las persianas bajadas; pero, a medida que me fui aproximando, se desvaneció el brillo.

Furioso, ebrio de amor, me lancé hacia la puerta, que cedió a mi empuje. Me encontré en un vestíbulo débilmente iluminado. El corazón me saltaba del pecho, tal era la angustia y la impaciencia que sentía; se oyó un cántico caudaloso que parecía provenir de una garganta femenina cuyo tono agudo resonaba en toda la casa; en fin, no sé cómo sucedió que me encontré de pronto en una gran sala iluminada con muchas velas,



amueblada a la manera antigua, con muebles dorados y muchos exóticos jarrones japoneses. Una nube de humo se elevaba, como una neblina azul.

—¡Bienvenido seas, seas bienvenido, dulce desposado ¡Ha llegado la hora de la boda! —se oyó gritar a una voz de mujer.

Como todavía no sé cómo hice mi aparición en la sala, tampoco puedo decir de qué modo apareció de improviso, resplandeciente, a través de la niebla, una bella figura juvenil, ataviada con ricos vestidos, que se dirigió hacia mí con los brazos abiertos mientras repetía: “¡Bienvenido seáis, dulce desposado!”, al mismo tiempo que un semblante horriblemente deformado por la edad y la locura me miraba con fijeza a los ojos. Mi espanto fue tan grande que vacilé, como si estuviera fascinado por la mirada penetrante y vivaz de una serpiente de cascabel; no podía apartar los ojos de aquella vieja horrible ni tampoco podía dar un paso.

Se acercó a mí, y entonces tuve la sensación de que su espantoso rostro era sólo la recubierta de un tenue velo, que mostró con apariencia más bella el espejo. Sentía ya el contacto de las manos de aquella mujer cuando, dando un agudo chillido, se tiró al suelo. Se oyó entonces una voz detrás de mí que decía:

—¡Vaya, vaya! Otra vez el diablo está de broma con Vuestra Excelencia. ¡A la cama, a la cama! ¡Si no habrá palos muy fuertes!



Me volví rápidamente y vi al administrador en camisa, agitando un látigo sobre su cabeza. Trataba de descargar sus golpes sobre la vieja, que se revolcaba en el suelo dando alaridos. Le agarré el brazo y, tratando de evitarme, exclamó:

—¡Truenos y centellas, señor mío! Satanás hubiera estado a punto de matarla de no haber aparecido yo a tiempo. ¡Largo, largo de aquí!

Salí de la sala, y en vano traté de encontrar la puerta de la calle en la oscuridad. Desde allí escuché los latigazos y los gritos y gemidos de la vieja. Empecé a pedir auxilio a gritos, pero noté que el suelo se hundía bajo mis pies y caí escaleras abajo, yendo al fin a dar contra una puerta, de tal modo que ésta se abrió y fui rodando a parar a un cuartito. Cuando vi la cama, en la que había huellas de haber sido abandonada recientemente, y observé la levita color marrón que estaba colgada en una silla, reconocí al instante la casaca del viejo administrador. Pocos instantes después, se oyeron pasos por la escalera, y éste descendió y vino a ponerse a mis pies.

—¡Por todos los santos —me suplicó con las manos unidas— por todos los santos, no sé quién es usted y cómo la vieja bruja ha podido atraerle! Pero le ruego que calle, que no diga nada de lo que aquí ha sucedido; de lo contrario, me quedaré sin empleo y sin pan. Su excelencia, la loca, ya ha recibido su castigo y se encuentra atada a la cama. Duerma bien, honorable señor, con toda tranquilidad. ¡Sí, que pueda dormir bien! Es una noche de julio muy agradable y calurosa, y aunque no hay luna, él



resplandor de las estrellas le alumbrará. Así es que, ¡muy buenas noches!

Apenas terminó su discurso, el viejo se levantó y, cogiendo una luz me empujó fuera del subterráneo, y, haciéndome cruzar la puerta, la cerró.

Me encaminé hacia mi casa completamente desconcertado y, ya pueden imaginar que sin dejar de pensar en el horrible secreto, ni poder de momento establecer la menor relación entre aquellas cosas y lo sucedido el primer día. Sólo estaba seguro de algo: de que estaba ya libre del poder maligno que me había retenido durante tanto tiempo. Todo el doloroso anhelo que había sentido por causa de la encantadora imagen había desaparecido, pues súbitamente, con aquella visita había tenido la sensación de entrar en un manicomio. No me cabía la menor duda de que el administrador era el guardián tiránico de una mujer loca, de noble cuna, cuyo estado quizá quisiera ocultarse al mundo; pero lo que no entendía era lo el espejo, aquel semblante encantador... En fin, ¡sigamos, sigamos!

Pasado algún tiempo asistí a una reunión muy concurrida del conde P., y éste, llevándome a un rincón, me dijo sonriendo:

—¿Sabe que ya se empieza a descifrar el secreto de nuestra casa vacía?

Intenté escuchar lo que el conde trataba de referir, pero como en aquel momento se abrieron las puertas del comedor, nos encaminamos a la mesa. Totalmente ensimismado, pensando en los secretos que el conde iba a revelarme, ofrecí el brazo a una



joven dama y mecánicamente seguí el rígido ceremonial de la fila. La conduje al puesto que nos ofrecían y, al contemplarla, vi los mismos rasgos que me había reflejado la imagen del espejo, y eran tan exactos que no cabía engaño. Pueden imaginar que me estremecí, pero también puedo asegurar que no hubo entonces la menor resonancia de aquella loca y fatídica pasión que se apoderaba de mí cada vez que veía, en el espejo la imagen de aquella mujer.

Mi sorpresa, aún más, mi espanto, debió reflejarse en mis ojos, pues la joven me miró asombrada, de tal modo que consideré necesario sobreponerme y con toda la serenidad de que era capaz, la expliqué que tenía la sensación de haberla visto en alguna parte. La breve explicación que me dio era que esto no era posible, pues ayer por primera vez había venido a ***, lo que realmente me desconcertó. Enmudecí. Sólo la mirada angelical que me lanzaron los bellos ojos de la joven me reanimó. Bien saben cómo en estas ocasiones las antenas espirituales se tienden y palpan suave, suavemente, hasta que se vuelve a captar el tono. Así lo hice y muy pronto hallé que aquella encantadora criatura tenía cierta sensibilidad enfermiza. Cuando yo salpicaba la conversación con alguna palabra atrevida y rara, para darle sabor, noté que sonreía, aunque su sonrisa era dolorosa.

—No estás alegre, amiga mía; quizá haya sido la visita de esta mañana.

Esto dijo un oficial, no lejos de nosotros, a mi dama; pero en el mismo instante su vecino le cogió del brazo y le dijo algo al



oído, en tanto que una señora, al otro lado de la mesa, con las mejillas encendidas y la mirada refulgente, se puso a hablar en voz alta de la magnífica ópera que había visto representar en París y a compararla con las actuales. A mi vecina se le saltaron las lágrimas.

–Soy tonta –dijo volviéndose hacia mí.

Como antes se había quejado de jaqueca, le dije:

–Esto es resultado de su dolor de cabeza y lo mejor para estar alegre es la espuma que rebosa esta bebida poética.

Al decir estas palabras serví champán en su copa, que rehusó al principio, aunque luego probó, y con su mirada agradeció la alusión a sus lágrimas, que no podía ocultar. Pareció alegrarse un poco y todo hubiera ido bien si yo, inesperadamente, no hubiese tirado un vaso inglés, que resonó con un sonido estridente y agudísimo. Mi vecina palideció mortalmente e incluso a mí mismo me sobrecogió un espanto repentino, porque el sonido de la copa era igual a la voz de la vieja loca de la casa vacía.

Cuando nos dirigíamos a tomar café tuve ocasión de acercarme al conde P.; él se dio cuenta en seguida del motivo.

–¿Ya sabe que su vecina de mesa es la condesa Edmunda de S.? ¿Está enterado que la hermana de su madre está encerrada en la casa vacía desde hace varios años como loca incurable? Hoy por la mañana, ambas, madre e hija, estuvieron a ver a la desdichada. El viejo administrador, el único que era capaz de dominar los tremendos ataques de la condesa, y que había



tomado sobre sus hombros esta responsabilidad, ha fallecido, y se dice que la hermana, por fin, ha sido confiada en secreto al doctor K., que buscará remedios extremos, si no para curarla totalmente, al menos para librarla de los horribles ataques de locura furiosa que padece de vez en cuando. No sé más por ahora.

Como algunos se acercaron, interrumpió la conversación. El doctor K. era precisamente la única persona a la que yo había comunicado mi extraña situación; así es que pueden suponer que, en cuanto pude, me apresuré a verle y a referirle punto por punto todo lo que me había sucedido desde la última vez que le vi. Le supliqué que para tranquilidad mía, me contara todo lo que supiera acerca de la vieja loca y no tardó lo más mínimo, después que le prometí guardar el secreto, en confiarme lo siguiente:

—Angélica, condesa de Z.—así comenzó el doctor— no obstante estar bordeando los treinta años, se encontraba en la plenitud de su singular belleza, cuando he aquí que el conde de S., más joven que ella, tuvo ocasión de verla en la corte de * y quedó prendado de sus encantos. La pretendió al punto e incluso, como la condesa aquel verano regresó a las posesiones de su padre, él la siguió con el fin de comunicarle al viejo marqués sus deseos, al parecer no sin esperanzas, según se deducía de la conducta de Angélica.

Pero apenas el conde S. llegó y vio a Gabriela, la hermana pequeña de Angélica, fue como si le hubieran hechizado. Angélica parecía marchita al lado de Gabriela, cuya belleza y



bondad atrajeron irresistiblemente al conde S., de tal modo que, sin consideración a Angélica, pidió la mano de Gabriela, a lo que muy gustosamente accedió el viejo conde Z., ya que Gabriela, también demostraba inclinación decidida por aquél. Angélica no exteriorizó el menor disgusto por la infidelidad del enamorado. “¡Creerá que me ha dejado! ¡Qué loco! ¡No se ha dado cuenta de que no era yo su juguete, sino él el mío, y que acabo ahora de tirarlo!”. Así hablaba con orgullosa burla y en realidad todo su ser daba muestras de que era verdadero el desprecio que mostraba por el infiel. Bien es verdad que, mientras el lazo entre Gabriela y el conde de S. fue estrechándose, se vio muy pocas veces con Angélica. Esta no aparecía en la mesa y se decía que vagaba solitaria por los bosques próximos, que había escogido para sus paseos.

Un extraño suceso vino a interrumpir la monotonía que reinaba en el palacio. Sucedió que los cazadores del conde de Z., con ayuda de un grupo de campesinos, habían logrado, por fin, capturar a una banda de gitanos, a los que se culpaba de todos los incendios y robos que desde hacía poco assolaban la región. Trajeron a todos los hombres encadenados en una larga fila, y un carro lleno de mujeres y niños, y los dejaron en el patio del palacio. Algunos, de rostros obstinados y ojos de mirada salvaje y brillante, como la del tigre apresado, miraban con atrevimiento y denotaban quiénes eran los ladrones y los criminales. Sobre todo llamaba la atención una mujer muy delgada, con aspecto espantoso, cubierta con un chal encarnado de la cabeza a los pies, que, subida al carro, gritaba con voz de mando que la dejaran bajar, sucediese lo que sucediese.



El conde de Z. bajó al patio del palacio y ordenó que fuesen encarcelados individualmente en los calabozos de palacio. Pero he aquí que, mientras decía esto hizo su aparición la condesa Angélica, desmelenada, con el terror y el espanto reflejados en su semblante, y poniéndose de rodillas, gritó con voz estridente:

“¡Deja libre a esta gente..., déjalos libres..., son inocentes, son inocentes! Padre, ¡libértales! Si derramáis una sola gota de su sangre me clavaré este cuchillo en el pecho”. No bien acabó de decir esto, la condesa blandió un cuchillo en el aire y cayó desmayada. “Muñequita mía, tesoro mío, ya sabía, yo que no lo permitirías”, dijo la vieja vestida de rojo. Luego se arrodilló junto a la condesa y cubrió su rostro de besos nauseabundos, en tanto que murmuraba: “¡Hijita linda, hijita linda, despierta, despierta, que viene el novio! ¡Eh, eh, que viene el lindo novio!”.

Al mismo tiempo, la vieja sacó una redoma con un pececillo dorado, que se agitaba en una especie de alcohol plateado, Colocó la redoma sobre el corazón de la condesa y al instante ella se despertó; pero apenas vio a la gitana, se incorporó de un salto y, abrazándola con ardor, se apresuró a entrar en palacio en su compañía. El conde de Z., Gabriela y su novio, que habían contemplado la escena, permanecían inmóviles, como si se hubiera apoderado de ellos un terrible espanto. Los gitanos seguían indiferentes y tranquilos. Fueron soltados de la cadena y vueltos a encadenar individualmente para ser encerrados en los calabozos del palacio.



A la mañana siguiente, el conde de Z. reunió al pueblo; trajo a su presencia a los gitanos y declaró que eran inocentes de todos los robos que habían acaecido en la comarca, de modo que, después de quitarles las cadenas, con asombro de todos, bien provistos de pases, fueron dejados en completa libertad. Se echó de menos a la mujer de rojo. Algunos decían que era la reina de los gitanos, que se distinguía de los demás por la cadena de oro que les colgaba del cuello y que el plumero rojo, que llevaba en su chambergo español, había estado por la noche en la habitación del conde. Poco tiempo después quedó aclarado que los gitanos no habían tenido la menor participación en los robos y en los crímenes de la comarca.

Estaba ya próxima la boda de Gabriela. Un día ésta vio con asombro que se preparaba una mudanza en varios carros que llevaban muebles, baúles con trajes, ropa; en una palabra, todo lo que denota un traslado. A la mañana siguiente, se enteró de que Angélica, en compañía del ayuda de cámara del conde S. y de una mujer vestida de modo semejante a la gitana de rojo, había emprendido viaje aquella misma noche. El conde Z. descifró el enigma, aclarando que, por determinados motivos, se veía obligado a ceder a los deseos absurdos de Angélica, y no solamente la regalaba la casa amueblada en la alameda de***, sino que la permitía que llevase allí una vida independiente. Incluso se veía obligado a admitir que nadie de la familia, ni siquiera él mismo, podría entrar en la casa sin un permiso especial. El conde de S. añadió que, por deseo insistente de Angélica, debía cederle su ayuda de cámara, que había emprendido el viaje a ***. Tuvo lugar la boda. El conde de S. fue



con su esposa a **y así pasó un año gozando de una alegría no turbada. Pero poco después comenzó a sentir una extraña enfermedad. Sucedió que un oculto dolor le robaba las fuerzas vitales y el goce de la vida, y eran vanos los esfuerzos de su esposa para descubrir el secreto que parecía destrozarle. Como, finalmente los frecuentes desvanecimientos hicieran que su estado cada vez fuera más peligroso, cedió a los consejos de los médicos y se encaminó a Pisa. Gabriela no pudo acompañarle, ya que esperaba dar a luz en las próximas semanas.

—A partir de aquí —prosiguió el médico— lo que le sucedió a la condesa Gabriela es tan extraño que basta con que escuchéis lo que viene a continuación. En una palabra: su hija desapareció de la cuna de forma inexplicable y fueron inútiles todas sus pesquisas; su desconsuelo se convirtió en desesperación, ya que al mismo tiempo el conde de Z. le comunicó la horrible noticia de que su yerno, al que creía camino de Pisa, había sido encontrado muerto de un ataque fulminante precisamente en casa de Angélica, en ***; que Angélica se había vuelto loca, todo lo cual le resultaba insoportable al conde de Z.

En cuanto Gabriela de S. se recuperó un poco, se apresuró a dirigirse a las posesiones de su padre; después de pasar una noche entera insomne, contemplando la imagen del esposo y de la niña perdidos, creyó oír un ligero rumor en la puerta de su alcoba; encendió el cirio del candelabro que le servía durante la noche, y salió. Y ¡santo Dios!, acurrucada en el suelo, envuelta en su chal rojo, permanecía la gitana, mirándola con ojos fijos e inmóviles y en sus brazos tenía una criatura que lloraba tan angustiosamente que a la condesa le dio un vuelco el corazón.



¡Era su hija! ¡La hija perdida! Arrancó la niña de los brazos de la gitana y apenas lo había hecho cuando ésta cayó retorciéndose y quedó como una muñeca inanimada. A los gritos de espanto de la condesa todos despertaron y acudieron presurosos, encontrando muerta a la gitana, qué por medio ninguno pudo ser reanimada, y el conde hizo que la enterrasen. No pudo hacer otra cosa sino apresurarse a ir hacia la enloquecida Angélica, donde quizá pudieran descubrir el secreto de la niña. Pero encontró que todo había cambiado. La furia salvaje de Angélica había alejado a todas las criadas; sólo el ayuda de cámara permanecía con ella. Luego, Angélica volvió a tranquilizarse y a recobrar la razón.

Pero cuando el conde le refirió la historia de la niña de Gabriela, juntando las manos, dijo riéndose a carcajadas: “¿Ya ha venido la muñequita? ¿Ya ha venido?... ¿Enterrada, enterrada? ¡Jesús! ¡Qué elegante está el faisán dorado! ¿No sabéis nada del león verde con los ojos azules?”.

Con gran espanto se dio cuenta el conde del retorno de la locura, mientras súbitamente el semblante de ella parecía adquirir los rasgos de la gitana. Decidió entonces llevársela a sus posesiones, aun cuando el ayuda de cámara aconsejara lo contrario.

En el mismo instante de empezar los preparativos para partir, se apoderó de nuevo de Angélica el ataque de rabia y de furor. En una pausa de lucidez, suplicó a su padre con ardientes lágrimas que la dejase morir en la casa, y éste, conmovido, accedió, aunque consideró que la confesión que se escapó de



sus labios era sólo una prueba más de la locura que sufría. Angélica confesó que el conde S. había vuelto a sus brazos y que la niña que la gitana había llevado a casa del conde de Z. era el fruto de esta unión.

En la ciudad todos creyeron que el conde de Z. había llevado a la infeliz a sus posesiones, aunque en realidad permanecía oculta en la casa vacía, al cuidado del ayuda de cámara. El conde Z. murió poco tiempo después y la condesa Gabriela de S. vino con Edmunda para arreglar los papeles familiares. No renunció entonces a ver a su infeliz hermana. En esta visita debió de haber sucedido algo raro, aunque la condesa no me confió nada; sólo habló, en general, de que se habían visto obligadas a librar a la infeliz loca de la tiranía del viejo ayuda de cámara. Ya en una ocasión, éste trató de dominar los ataques de locura castigándola cruelmente, pero se dejó embaucar al oír las alusiones de Angélica, que decía saber hacer oro, y junto con ella había emprendido toda clase de extrañas operaciones, al tiempo que le proporcionaba todo lo necesario para esta transformación.

—Sería superfluo —me dijo el médico— poniendo así fin a su relato—, sería superfluo que le diga precisamente a usted, que se fije bien en la rara relación que tienen todas estas extrañas cosas. Estoy convencido de que fue usted quien desencadenó la catástrofe que debía ocasionar la inmediata curación o la muerte de la vieja. Por lo demás, no quiero ocultar que me he asustado, no poco, cuando entré en relación magnética con usted, lo cual ocurrió al mirar en el espejo. Sólo usted y yo sabemos que contemplamos la imagen de Edmunda.



Como el médico creyó oportuno no añadir ningún comentario más, yo también considero innecesario extenderme sobre el asunto y, sobre todo, acerca de las relaciones posibles entre Angélica, Edmunda, yo y el viejo ayuda de cámara, y no traté de averiguar nada tampoco sobre las místicas y recíprocas relaciones que desempeñaron su papel demoníaco. Únicamente añadiré que la impresión siniestra que estos sucesos me produjeron fue la causa de que tuviera que irme de la ciudad y, aunque pasado algún tiempo olvidé todo, creo que en el mismo instante en que falleció la vieja loca experimenté un sentimiento de bienestar.

Así terminó Teodoro su relato. Mucho hablaron sus amigos de aquella aventura y todos estuvieron de acuerdo en que en ella se unía lo raro con lo maravilloso en extraña mezcla.



VAMPIRISMO

—Ahora que hablas de vampirismo, me viene a la mente una historia que hace tiempo leí o escuché. Creo que más bien lo último, pues ahora que recuerdo, el narrador insistió mucho en que el relato era verdadero. Si la historia se ha publicado y la conoces, interrúmpame, pues no hay nada más fastidioso y aburrido que escuchar cosas conocidas.

—Creo que nos vas a ofrecer algo horroroso y tremendo; así es que, por lo menos, piensa en San Serapio y procura ser lo más breve posible, para que Vincenzo tenga la palabra, pues, según veo, está impaciente por referirnos el cuento que nos prometió.

—¡Calma, calma! —exclamó Vincenzo—. Nada mejor para mí que Cipriano tienda un tapiz negro que sirva de fondo a la representación mímico-plástica de mis alegres, pintorescas y saltarinas figuras. Empieza, Cipriano amigo, muéstrate seco, terrorífico, incluso espeluznante, más que el vampírico lord Byron, al que por cierto no he leído.

—El conde Hipólito —comenzó Cipriano— había regresado de sus largos viajes, para hacerse cargo de la rica herencia de su padre. El palacio estaba situado en una de las regiones más bellas y agradables del país, y las rentas que le proporcionaban sus posesiones bastaban para el costoso embellecimiento del mismo.

...Todo lo que el conde había visto a lo largo de sus viajes, lo más bello, atractivo y suntuoso, quería verlo de nuevo



levantarse ante sus ojos. Cortesanos y artistas se reunían en torno a él y acudían a su llamada, de modo que pronto comenzaron las obras del palacio, y el diseño de un amplio parque de gran estilo, en el que se hallarían incluidas iglesia, cementerio y parroquia, formando parte del artístico jardín. El conde dirigía todos los trabajos, pues tenía conocimientos suficientes para ello. Se entregó en cuerpo y alma a estas ocupaciones, de modo que transcurrió un año sin que se le ocurriese (según le aconsejó su anciano tío) dejarse ver a los ojos de las jóvenes, para escoger como esposa a la más bella, a la mejor y a la más noble.

Una mañana que se encontraba sentado ante la mesa de dibujo, proyectando un nuevo edificio, se hizo anunciar una vieja baronesa, lejana pariente de su padre. Hipólito recordó el nombre de la baronesa, y que su padre sentía una indignación intensa contra esta mujer, e incluso que hablaba de ella con repugnancia, y a todas cuantas personas trataban de acercarse a ella les aconsejaba que se alejasen, aunque sin explicar jamás los motivos del peligro. Cuando se le preguntaba al conde, solía decir que había ciertas cosas sobre las que más valía callar que hablar. Con más razón, cuanto que en la residencia corrían turbios rumores de un extraño e insólito proceso criminal, en el que estaba implicada la baronesa, que separada de su marido y expulsada de su alejado lugar de residencia, sólo gracias a la intervención del príncipe se veía libre de encarcelamiento.

Muy molesto se sintió Hipólito por la proximidad de una persona a la que su padre aborrecía, aunque los motivos le fuesen desconocidos. La ley de la hospitalidad, que era



privativa de toda esta región, le obligaba a recibir la desagradable visita. Jamás una persona había causado al conde una impresión tan antipática en su apariencia –aunque en realidad no fuese odiosa– como la baronesa.

Al entrar traspasó al conde con una mirada de fuego, luego entornó los párpados y se disculpó de su visita, casi con expresión humilde. Se quejó de que el padre del conde, poseído por extraños prejuicios, a los que le habían inducido sus enemigos, la había odiado hasta la muerte, de modo que, aunque languidecía en la mayor pobreza, y se avergonzaba de su estado, nunca había recibido la menor ayuda. Al fin, como inesperadamente se hubiera visto en posesión de una pequeña suma de dinero, le había sido posible abandonar su residencia y huir hacia un pueblo muy alejado de aquella región. Antes de emprender el viaje no había podido resistir el impulso de conocer al hijo del hombre que le había profesado un odio tan injusto e irreconciliable, aunque a su pesar le reverenciase. Fue el conmovedor tono de verdad con que habló la baronesa, lo que emocionó al conde, que lejos de mirar el desagradable semblante de la vieja, hallábase absorta su mirada en la contemplación de la adorable, maravillosa y encantadora criatura que la acompañaba.

Calló ésta y el conde pareció no darse cuenta: permanecía abstraído. La baronesa pidió que la disculpase, pues al entrar se sintió desconcertada, y se le olvidó presentar a su hija Aurelia. Sólo al oír esto recuperó el conde la palabra, y juró, enrojando totalmente, lo que sumió en la mayor confusión a la adorable joven, que le concediesen enderezar lo que su padre



había ejecutado por error, y les suplicó que, conducidas por su propia mano, entrasen en el palacio.

Para confirmar estas palabras tomó la mano de la baronesa, pero la respiración y el habla se le cortaron, al tiempo que un frío enorme le recorría el cuerpo. Sintió que su mano era apresada por unos dedos rígidos, helados como la muerte, y le pareció como si la enorme y huesuda figura de la baronesa – que le contemplaba con ojos sin visión – estuviese envuelta en la espantosa vestimenta de un cadáver.

–¡Oh, Dios mío, qué desgracia está sucediendo en este momento! –gritó Aurelia, y empezó a gemir con una voz tan quejumbrosa, que su pobre madre fue presa de un ataque convulsivo, de cuyo estado, como de costumbre, solía salir unos instantes después, sin necesidad de valerse de ningún medio. Con gran trabajo se desprendió el conde de la baronesa, y como tomase la mano de Aurelia y depositase en ella un ardiente beso, sintió que el dulce deleite del amor y el fuego de la vida retornaban a invadir su ser.

Próximo a la edad madura, sintió el conde, por primera vez, todo el poder de la pasión, de tal modo que le resultó muy difícil esconder sus sentimientos, y como Aurelia le manifestase su agrado de manera ingenua, se encendió en él la esperanza. Apenas pasaron unos cuantos minutos cuando la baronesa despertó de su desmayo, ignorante de lo que había sucedido, y aseguró al conde que estimaba la invitación de permanecer algún tiempo en el palacio, y que olvidaba para siempre todo el mal que su padre le había causado. Así fue como,



repentinamente, cambió el hogar del conde, hasta el punto que llegó a pensar que, por un especial favor, el destino le había llevado hasta allí a la persona más ardientemente adorada de todo el universo, para concederle la mayor felicidad de que puede gozar un ser humano.

La conducta de la baronesa fue idéntica, permaneció silenciosa, seria, incluso reservada, y mostró siempre que había ocasión favorable, un dulce talante y hasta una inocente alegría en el fondo de su corazón. El conde, que ya se había habituado al extraño semblante cadavérico y a su figura fantasmal, atribuyó todo esto a su enfermedad, así como la tendencia a una intensa exaltación, de la que daba muestras –según le había dicho su gente– durante los paseos nocturnos que efectuaba por el parque, en dirección al cementerio.

El conde se avergonzó de que los prejuicios de su padre le hubiesen prevenido tanto contra ella y trató de vencer el sentimiento que le sobrecogía, siguiendo los consejos de su buen tío que le indicaba librarse de una relación que tarde o temprano le perjudicaría. Convencido del intenso amor de Aurelia, pidió su mano y figurao con qué alegría la baronesa aceptó, viéndose transportada de la mayor indignencia al seno de la felicidad. La palidez y aquel aspecto que denotaba un interior extremadamente desasosegado, fueron desapareciendo del semblante de Aurelia. La felicidad del amor resplandecía en su mirada y daba a sus mejillas un tono rosado.

La mañana del día que se iba a celebrar la boda, un acontecimiento sobrecogedor vino a contrariar los deseos del



conde. Encontraron a la baronesa inerte en el parque, caída en el suelo, con el rostro en tierra, no lejos del camposanto, y la transportaron al palacio, precisamente cuando el conde se levantaba dominado por el sentimiento de su felicidad inminente. Pensó que la baronesa había sido atacada por su acostumbrado mal; sin embargo, fueron vanos todos los medios de que se sirvieron para volverla a la vida. Estaba muerta.

Aurelia no se entregó a los desahogos propios de un intenso dolor, y muda, sin derramar una lágrima, parecía haberse quedado como paralizada después del golpe recibido. El conde, que temía por su amada, con gran cuidado y suavidad se atrevió a recordarle su situación de criatura sola, de modo que ahora más que nunca era necesario aceptar el destino y proceder convenientemente acelerando la ceremonia de la boda que se había diferido a causa de la muerte de la madre. A esto, Aurelia, echándose en los brazos del conde, gritó, al tiempo que derramaba un torrente de lágrimas, con una voz que desgarraba el corazón: Sí, sí, por todos los Santos, por mi bien, sí! El conde pensó que este vehemente desahogo era debido a la consideración bien amarga de que se encontrase sola, sin patria, y no supiese adonde ir, e incluso a las consideraciones sociales que le impedían permanecer en el palacio.

El conde se ocupó de que una dama honorable le hiciese compañía hasta que el matrimonio se celebró, sin que ningún suceso desgraciado interrumpiese la ceremonia, e Hipólito y Aurelia alcanzaron la cumbre de su felicidad. Mientras todo esto sucedía, Aurelia se había mostrado siempre en un estado de gran excitación. No era el dolor por la pérdida de su madre



lo que la desasosegaba, sino una sensación de miedo mortal que parecía atenazarla continuamente.

En mitad de los más dulces transportes amorosos, sentíase sobrecogida de terror, palidecía como una muerta y abrazaba al conde, derramando lágrimas, como si quisiera asegurarse bien de que un poder invisible y enemigo no la llevase a la perdición. Entonces gritaba: ¡No, nunca, nunca!

Una vez que se encontró casada pareció que el estado de excitación cesaba y que se veía libre del miedo que la sobrecogía. Esto no impidió que el conde adivinase que algún secreto fatídico se escondía en el seno de Aurelia, pero, ciertamente, le pareció inoportuno preguntarle acerca de ello, en tanto que persistiese la excitación, y ella misma se mantuviese callada. Hasta que un día se atrevió a insinuarle la pregunta de cuál era la causa de su desasosiego. Entonces Aurelia afirmó que suponía un inmenso bien para ella desahogar por entero su corazón en su amado esposo. No poco se sorprendió el conde cuando se enteró de que únicamente la fatal conducta de la madre era el motivo del malestar de Aurelia. ¿Hay algo más espantoso – gritó Aurelia – que odiar a la propia madre y tener que aborrecerla? De aquí se deduce que tanto el padre como el tío no estaban dominados por falsos prejuicios y que la baronesa había engañado al conde con una premeditada hipocresía.

Como un signo muy favorable, el conde consideró que la malvada madre se hubiese muerto el mismo día que se iba a celebrar su boda, y no tenía ningún reparo en decirlo. Aurelia,



en cambio, dijo que precisamente desde el día de la muerte de su madre se sentía dominada por los más lúgubres y sombríos presentimientos, que no podía evitar sentir un miedo espantoso a que los muertos saliesen de sus tumbas y la arrancasen de los brazos de su amado para llevarla al abismo.

Aurelia recordaba (según refería) los tiempos de su niñez, cómo una mañana, cuando acababa de despertarse, oyó un tumulto espantoso en la casa. Las puertas se abrían y cerraban, se oían voces extrañas. Cuando finalmente se hizo la calma, la doncella tomó a Aurelia de la mano y la llevó a una gran estancia donde estaban muchos hombres reunidos, y en el centro de la habitación sobre una gran mesa yacía un hombre que jugaba a menudo con Aurelia, que le daba golosinas, y al que solía llamar papá. Extendió las manos hacia él y quiso besarle. Los labios que en otro tiempo estaban cálidos ahora estaban helados, y Aurelia, sin saber por qué, prorrumpió en sollozos. La doncella la condujo a una casa desconocida, donde estuvo durante mucho tiempo, hasta que apareció una señora y se la llevó en un coche. Era su madre que la trasladó a la Corte. Aurelia debía tener ya dieciséis años cuando apareció un hombre en casa de la baronesa, al que ésta recibió con alegría, denotando la confianza e intimidad de un amigo querido desde hacía tiempo. Cada vez venía más a menudo, y cada vez era más evidente que su casa se transformaba y ponía en mejores condiciones. En lugar de vivir como en una cabaña y vestirse con pobres vestidos y alimentarse mal, ahora vivían en la parte más bella de la ciudad, ostentaban lujosos vestidos y comían y bebían con el desconocido, que diariamente se sentaba a la



mesa y participaba en todas las diversiones públicas que se ofrecían en la Corte. Únicamente Aurelia permanecía ajena a las mejoras de su madre, que, evidentemente, se debían al extranjero. Se encerraba en su cuarto cuando la baronesa departía con el desconocido y permanecía tan insensible como antes.

El desconocido, aunque era ya casi de cuarenta años, tenía un aspecto fresco y juvenil, poseía una gran figura y su semblante podía considerarse varonil. No obstante, le resultaba desagradable a Aurelia porque, a menudo, su conducta le parecía vulgar, torpe y plebeya.

Las miradas que empezó a dirigir a Aurelia le causaron inquietud y espanto, incluso un temor que ella misma no sabía explicar. Hasta el momento, la baronesa no se había molestado en dar alguna explicación a Aurelia acerca del desconocido. Ahora mencionó su nombre a Aurelia, añadiendo que el barón era muy rico y un pariente lejano. Alabó su figura, sus rasgos, y terminó preguntando a Aurelia que qué le parecía. Aurelia no ocultó el aborrecimiento que sentía por el desconocido; la baronesa le lanzó una mirada que le produjo un terror indecible y luego la regañó acusándola de ser necia. Poco después, la baronesa se conducía más amablemente que nunca con Aurelia. Le regaló hermosos vestidos y ricos adornos que estaban de moda, y la dejó participar en las diversiones públicas. El desconocido trataba de ganarse el favor de Aurelia, de tal modo que se hacía todavía más odioso. Fue fatal para su tierno espíritu que la casualidad le deparase ser testigo de todo esto, lo que motivó que sintiese un odio tremendo hacia el

desconocido y la corrompida madre. Como pocos días después el desconocido, medio embriagado, la estrechase en sus brazos, de modo que no dejase lugar a dudas de sus aviesas intenciones, la desesperación le dio fuerzas varoniles, de forma que le propinó tal empujón al desconocido que lo tiró de espaldas, tuvo que huir y se encerró en su cuarto.

La baronesa explicó a Aurelia fríamente y con firmeza que el desconocido mantenía la casa y que no tenía el menor deseo de volver a la antigua indigencia, y que, por consiguiente, eran vanos e inútiles los melindres. Aurelia debía ceder a los deseos del desconocido, que amenazaba abandonarlas. En vez de compadecerse de las súplicas desgarradoras de Aurelia, de sus ardientes lágrimas, la vieja comenzó a proferir amenazas y a burlarse de ella, agregando que estas relaciones le proporcionarían el mayor placer de la vida, así como toda clase de comodidades, y dio muestras de un desaforado aborrecimiento hacia los sentimientos virtuosos, por lo que Aurelia quedó aterrada. Se vio perdida, de modo que la única salvación posible le pareció una rápida huida.

Aurelia se había hecho con una llave de la casa, y envolviendo algunas cosas indispensables para su fuga, se deslizó a medianoche, cuando vio a su madre profundamente dormida, hasta el vestíbulo iluminado débilmente. Con sumo cuidado trataba de salir, cuando la puerta de la casa chocó violentamente y retumbó a través de la escalera. En medio del vestíbulo, haciendo frente a Aurelia, apareció la baronesa vestida con una bata sucia y vieja, con el pecho y los brazos descubiertos, el pelo gris despeinado, moviéndose airada. Y



detrás de ella el desconocido, que gritaba y chillaba: ¡Espera, condenado Satanás, bruja endemoniada, que me las vas a pagar!, y arrastrándola por los pelos, empezó a golpearla de un modo brutal en mitad del cuerpo, envuelto como estaba en su gruesa bata.

La baronesa empezó a gritar. Aurelia, casi desvanecida, pidió auxilio, asomándose a la ventana abierta. Dio la casualidad que precisamente pasaba por allí una patrulla de guardias, que entraron al instante en la casa:” ¡Cogedle!” –gritaba la baronesa a los guardias, retorciéndose de rabia y de dolor– “¡Cogedle y agarradle bien! ¡Miradle la espalda!”

En cuanto la baronesa pronunció su nombre, el jefe de la patrulla exclamó jubilosamente: “¡Al fin te cogimos, Urian!", y con esto le agarraron y le llevaron consigo, no obstante resistirse. A pesar de todo lo sucedido, la baronesa se había percatado de las intenciones de Aurelia. De momento se conformó con agarrarla violentamente del brazo, arrojarla al interior de su cuarto y cerrarlo bien, sin decir palabra. A la mañana siguiente, la baronesa salió y regresó muy tarde por la noche, mientras Aurelia permanecía en su cuarto encerrada como en una prisión, sin ver ni oír a nadie, de modo que pasó el día sin que tomase comida ni bebida. Así transcurrieron varios días. A menudo la miraba la baronesa con ojos encendidos de ira, y parecía como si quisiera tomar una decisión, hasta que un día encontró una carta, cuyo contenido pareció llenarla de alegría: Odiosa criatura –dijo la baronesa a Aurelia–, eres culpable de todo, aunque te perdono, y lo único que deseo es que no te alcance la espantosa maldición que este malvado ha



descargado sobre ti. Luego de decir esto se mostró muy amable, y Aurelia, ahora que ya aquel hombre se había alejado, no volvió a pensar más en la huida, por lo que le fue concedida mayor libertad.

Pasado ya algún tiempo, un día que Aurelia estaba sentada sola en su cuarto, oyó un gran tumulto en la calle. La doncella salió y volvió diciendo que era el hijo del verdugo que iba detenido, después de ser marcado por robo y asesinato, y que al ser conducido a la cárcel se había escapado de entre las manos de los guardianes. Aurelia vaciló, asomándose a la ventana, dominada por temerosos presentimientos; no se había engañado, era el desconocido que, rodeado de numerosos guardianes, iba subido en una carreta. Le conducían camino de la ejecución de la condena y de la expiación de sus faltas. Casi estuvo a punto de desmayarse en su sillón, cuando la espantosa y salvaje mirada del hombre se cruzó con la suya, al tiempo que con gestos amenazadores levantaba el puño cerrado hacia su ventana.

Era costumbre de la baronesa estar siempre fuera de casa, aunque regresaba para hablar con Aurelia y hacer consideraciones acerca de su destino y de las amenazas que se cernían sobre ella, presagiando una vida muy triste. Por medio de la doncella que había entrado a su servicio el día después del suceso de aquella noche, y a la que habían tenido al corriente de las relaciones de la baronesa con aquel pícaro, se enteró Aurelia de que todos los de la casa compadecían a la baronesa por haber sido engañada tan vilmente por un delincuente tan despreciable.



Bien sabía Aurelia que la cosa era de otro modo, y le parecía imposible que los guardias que poco antes habían detenido a este hombre en casa de la baronesa no supieran de sobra la buena amistad de la baronesa con el hijo del verdugo, ya que al apresarle, la baronesa había proferido su nombre y había hecho alusión a la marca de su espalda, que era la señal de su crimen. De aquí que, incluso, la misma doncella a veces expresase con ambigüedad lo que se decía por todas partes, y que insinuase que los jueces estaban haciendo averiguaciones, de forma que hasta la honorable baronesa estuviese a punto de sufrir arresto, debido a las extrañas declaraciones del malvado hijo del verdugo.

De nuevo se dio cuenta la pobre Aurelia de la situación tan lamentable en que se hallaba su madre, y no comprendió cómo podría después de aquel horroroso acontecimiento permanecer un instante más en la residencia. Finalmente, se vio obligada a abandonar el lugar, donde se sentía rodeada de un justificado desprecio, y a dirigirse a una región alejada de allí. El viaje la condujo al palacio del conde, donde sucedió lo que ya hemos referido.

Aurelia se sintió extremadamente feliz, libre de las tremendas preocupaciones que tenía, pero he aquí que quedó aterrada cuando al expresarle su madre el favor divino que le concedía este sentimiento de bienaventuranza, ésta, echando llamas por los ojos, gritó con voz destemplada: ¡Tú eres la causa de mi desgracia, desventurada criatura, pero ya verás, toda tu soñada felicidad será destruida por el espíritu vengador, cuando me



sobrecoja la muerte. En medio de las convulsiones que me costó tu nacimiento, la astucia de Satanás..., y aquí se detuvo Aurelia, se apoyó en el pecho del conde y le suplicó que le permitiese callar lo que la baronesa había proferido en su furor demencial. Hallábase destrozada, pues creía firmemente que se cumplirían las amenazas de los malos espíritus que poseían a su madre.

El conde consoló a su esposa lo mejor que pudo. Hubo de confesarse a sí mismo, cuando estuvo tranquilo, que el profundo aborrecimiento de la baronesa, aunque hubiese fallecido, arrojaba una negra sombra sobre la vida, que le había parecido tan clara.

Poco tiempo después se notó un marcado cambio en Aurelia. Como la palidez mortal de su semblante y la mirada extenuada denotase enfermedad, pareció como si Aurelia ocultase un nuevo secreto en el interior de su ser, que se mostrase inquieto, inseguro y temeroso. Huía incluso hasta de su marido, se encerraba en su cuarto, buscaba los lugares más apartados del parque, y cuando se la veía, sus ojos llorosos y los consumidos rasgos de su semblante denotaban que sufría una pena profunda. En vano el conde se esforzaba por conocer los motivos del estado de su esposa. Del enorme desconuelo en el que finalmente se sumió, la sacó un famoso médico, al insinuar que la gran irritabilidad de la condesa, a juzgar por los síntomas, posiblemente denotaba un cambio de estado, que haría la dicha del matrimonio. Este mismo médico se permitió, como se sentase a la mesa del conde y de la condesa, toda clase de alusiones al supuesto estado en que se hallaba la condesa.



La condesa parecía indiferente a todo lo que escuchaba, aunque de pronto prestó gran atención, cuando el médico comenzó a hablar de los caprichos tan raros que a veces tenían las mujeres que estaban en estado, y a los que se entregaban sin tener en consideración la salud y la conveniencia del niño.

La condesa abrumó al médico con preguntas, y éste no se cansó de responder a todas ellas, refiriendo casos asombrosamente curiosos y divertidos de su propia experiencia: También – repuso – hay ejemplos de caprichos anormales, que llevan a las mujeres a realizar hechos espantosos. Así la mujer de un herrero sintió tal deseo de la carne de su marido, que no paró hasta que un día que éste llegó embriagado, se abalanzó sobre él con un cuchillo grande y le acuchilló de manera tan cruel que pocas horas después entregaba el espíritu.

Apenas hubo pronunciado el médico estas palabras, la condesa se desmayó en la silla donde estaba sentada, y con gran trabajo pudo ser salvada de los ataques de nervios que sufrió a continuación. El médico se percató de que había sido muy imprudente al mencionar en presencia de una mujer tan débil y nerviosa aquel terrible suceso.

Sin embargo, pareció que aquella crisis había ejercido un influjo bienhechor en el ánimo de la condesa, pues se tranquilizó, aunque como de nuevo volviese a enmudecer y a convertirse en una extraña criatura solitaria, con un fuego intenso que brotaba de sus ojos, adquiriendo la palidez mortal de antes, el conde nuevamente volvió a sentir pena e inquietud acerca del estado de su esposa. Lo más raro de él, era que la condesa no tomaba



ningún alimento, y sobre todo que demostraba tal asco a la comida, especialmente a la carne, que más de una vez se alejó de la mesa dando las más vivas muestras de aborrecimiento. El médico se sintió incapaz de curarla, pues ni las más fuertes y cariñosas súplicas del conde, ni nada en el mundo podían hacer que la condesa tomase ninguna medicina.

Como transcurriesen semanas y meses sin que la condesa probase bocado, y pareciese que un insondable secreto consumía su vida, el médico supuso que había algo raro, más allá de los límites de la ciencia humana. Abandonó el palacio con un pretexto cualquiera, y el conde pudo darse cuenta de que la enfermedad de la condesa parecía muy sospechosa al acreditado médico, y denotaba que la enfermedad estaba muy arraigada, sin que hubiese medio de curarla. Hay que suponerse en qué estado de ánimo quedó el conde, no satisfecho con esta explicación.

Justamente por esta época un viejo y fiel servidor tuvo ocasión de descubrir al conde que la condesa abandonaba el palacio todas las noches y regresaba al romper el alba. El conde se quedó helado. Ahora es cuando se dio cuenta de que desde hacía bastante tiempo, a eso de la medianoche, le sobrecogía un sueño muy pesado, que atribuía a algún narcótico que la condesa le administraba para poder abandonar sin ser vista el dormitorio que compartía con él.

Los más negros presentimientos sobrecogieron su alma; pensó en la diabólica madre, cuyo espíritu quizá revivía ahora en la hija, en alguna relación ilícita y adulterina, y hasta en el



malvado hijo del verdugo. A la noche siguiente iba a desvelársele el espantoso secreto, único motivo del estado misterioso en que se hallaba su esposa.

La condesa acostumbraba ella misma a preparar el té que tomaba el conde y luego se alejaba. Aquel día decidió el conde no probar una gota, y como leyese en la cama, según tenía por costumbre, no sintió el sueño que le sobrecogía a medianoche como otras veces. No obstante se acostó sobre los cojines, e hizo como si durmiese. Suavemente, con gran cuidado, abandonó la condesa el lecho, se aproximó a la cama del conde e iluminó su rostro, deslizándose de la alcoba sin hacer ruido.

El corazón le latía al conde violentamente, se levantó, se echó un manto y siguió a su esposa. Era una noche de luna clara, de modo que, no obstante lo veloz de su paso, se podía ver perfectamente a la condesa Aurelia, envuelta su figura en una túnica blanca. La condesa se dirigió a través del parque hacia el cementerio y desapareció tras el muro.

Rápidamente, corrió el conde tras ella, atravesó la puerta del muro del cementerio, que halló abierta. Al resplandor clarísimo de la luna vio un círculo de espantosas figuras fantasmales. Viejas mujeres semidesnudas, con el cabello desmelenado, se hallaban arrodilladas en el suelo, y se inclinaban sobre el cadáver de un hombre, que devoraban con voracidad de lobo. ¡Aurelia estaba entre ellas! Impelido por un horror salvaje, el conde salió corriendo irreflexivamente, como preso de un espanto mortal, por el pavor del infierno, y cruzó los senderos del parque, hasta que, bañado en sudor, al amanecer se



encontró ante la puerta del palacio. Instintivamente, sin meditar lo que hacía, subió corriendo las escaleras, y atravesó las habitaciones hasta llegar a la alcoba. La condesa yacía, al parecer entregada a un dulce y tranquilo sueño. El conde trató de convencerse de que sólo había sido una pesadilla o una visión engañosa que le había angustiado, ya que era sabedor del paseo nocturno, del cual daba trazas su manto, mojado por el rocío de la mañana.

Sin esperar a que la condesa despertase, se vistió y montó en su caballo. La carrera que dio a lo largo de aquella hermosa mañana a través de los arbustos aromáticos, de los que parecía saludarle el alegre canto de los pájaros que despertaban al día, disipó las terribles imágenes nocturnas; consolado y sereno regresó al palacio.

Como ambos, el conde y la condesa, se sentasen solos a la mesa, y como de costumbre ésta tratase de salir de la estancia a la vista de la carne guisada, dando muestras del mayor asco, se le hizo evidente al conde, en toda su crudeza, la verdad de lo que había contemplado la noche anterior. Poseído del mayor furor se levantó de un salto y gritó con voz terrible: ¡Maldito aborto del infierno, ya sé por qué aborreces el alimento de los hombres, te cebas en las tumbas, mujer diabólica!

Apenas había proferido estas palabras, la condesa, dando alaridos, se abalanzó sobre él con la furia de una hiena y le mordió en el pecho. El conde dio un empujón a la rabiosa mujer y la tiró al suelo, donde entregó su espíritu en medio de las convulsiones más espantosas. El conde enloqueció.



EL HUÉSPED SINIESTRO

La tormenta bramaba y el vendaval presagiaba el invierno, arrastrando negras nubes y torrentes de lluvia y granizo. Cuando el reloj de pared dio las siete, la coronela de G. se dirigió a su hija Angélica y dijo:

—Hoy vamos a estar solas; el mal tiempo espanta los amigos. Me contentaría con que mi esposo estuviese de vuelta.

Un instante después hizo su entrada el caballero Moritz de R. Le seguía el joven jurisconsulto que animaba el círculo con su humor ingenioso, y que todos los jueves acostumbraba visitar la casa de la coronela, de manera que, según hacía notar Angélica, aquel círculo íntimo no tenía nada que envidiar a una sociedad más numerosa. Hacía frío en el salón; así que la coronela atizó el fuego de la chimenea y aproximó la mesa de té.

—Señores —dijo—, no voy a creer que estos dos caballeros, que han venido desafiando la tormenta y el vendaval con un heroísmo caballeresco, vayan a conformarse con nuestro insípido y flojo té. Así, pues, que *mademoiselle* Margarita les prepare una buena bebida nórdica que servirá para contrarrestar el mal tiempo.

La francesa Margarita, que no sólo por el idioma, sino por otras cualidades, era acompañante de la señorita Angélica, apareció e hizo lo que le ordenaban. El ponche humeaba, el fuego crepitaba, y todos fueron a sentarse muy juntos. Escalofriados y



estremecidos, aun cuando hacía poco habían recorrido la sala hablando alegremente, como si un silencio momentáneo les sobrecogiese, dejando así percibir extrañas voces que las ráfagas de la tormenta traían con sus ululantes silbidos.

—No cabe duda —dijo al fin Dagoberto, el joven jurisconsulto— que el otoño, la tormenta, el fuego de la chimenea y el ponche contribuyen a despertar en nuestro interior temores siniestros.

—Pero que son muy agradables —le interrumpió Angélica—. Por mi parte, no conozco sensación más grata que el ligero escalofrío que me recorre cuando con los ojos muy abiertos, lanzo una mirada rápida a través del extraño mundo de los sueños.

—Sin duda —repuso Dagoberto—, así es. Este agradable escalofrío nos sobrecoge precisamente ahora, y después de la mirada que hemos lanzado sin quererlo al mundo de los sueños nos sentimos un poco silenciosos. Gracias a que todo ha pasado y que ya hemos vuelto de ese mundo a la bella realidad que nos ofrece esta magnífica bebida.

—Dime —dijo Moritz—, si tanto tú como la señorita Angélica, y yo mismo, consideramos que es dulce ese escalofrío y ese estado de ensoñación, ¿por qué no permanecer allí más tiempo?

—Permíteme, amigo mío, que te haga notar —repuso Dagoberto— que no se trata de esa ensoñación, en la que se pierde tan gustosamente el espíritu como en un juego. El auténtico escalofrío que produce la tormenta no es sino el



primer síntoma de ese estado incomprensible y misterioso que está en lo más profundo de la naturaleza humana, frente al cual el espíritu se rebela en vano. Me refiero al terror, al miedo a los fantasmas. Todos sabemos que el mundo siniestro de los aparecidos sólo se manifiesta por la noche y que sale de su oscuro cobijo preferentemente si hace mal tiempo, emprendiendo así su errante peregrinación, de suerte que no es de extrañar que en estas circunstancias seamos testigos de alguna visita espantosa.

—Bromeáis, Dagoberto —dijo la coronela—, y aunque no niego que el temor infantil, que a veces sentimos, esté fundado en nuestra naturaleza, más bien creo que radica en el recuerdo de aquellos cuentos e historias absurdas con que nuestras nodrizas y sirvientas nos entretenían en la infancia.

—¡No —repuso Dagoberto con vivacidad—, no, respetable señora! Esas historias, que tanto nos encantaron en nuestra niñez, no resonarían con tanta intensidad en nuestra alma si en nuestro mismo interior no existiesen cuerdas que vibrasen resonantes. No puede negarse el mundo de los espíritus que nos rodea y que a menudo se nos manifiesta con maravillosas visiones y extraños sonidos. El escalofrío del miedo, del terror, brota de un impulso de nuestro organismo terreno. Es el gemido del espíritu encarcelado que se manifiesta de este modo.

—Sois un visionario —dijo la coronela—, como todos los hombres de viva fantasía. Aunque esté de acuerdo con vuestras ideas y crea realmente que le es permitido al mundo



desconocido de los espíritus manifestarse con sonidos y aparecer ante nosotros en forma de visiones, no comprendo por qué la Naturaleza ha hecho que los vasallos de ese reino misterioso parezcan ser enemigos nuestros, de modo que sólo causan terror y espanto enormes.

—Quizá —repuso Dagoberto—, sea el castigo de una madre hacia unos hijos que han rehuido sus cuidados y su tutela. Me refiero a aquella edad dorada, cuando el género humano vivía en íntima unión con toda la Naturaleza y ningún miedo ni terror nos sobrecogía precisamente porque en la paz profunda no existía ningún enemigo que nos pudiera producir este pavor. Hablo de esas voces de los espíritus, pues si no, ¿cómo se explica que todos los sonidos de la Naturaleza, cuyo origen conocemos de sobra, puedan parecer gemidos quejumbrosos y llenar nuestro pecho del más profundo terror? Lo más notable de estos sonidos de la Naturaleza es la música o las llamadas voces diabólicas de Ceilán, a las que hace referencia Schubert en sus *Consideraciones de los aspectos nocturnos de la ciencia de la Naturaleza*. Estas voces de la Naturaleza se dejan oír en las noches calladas con sonidos semejantes a voces humanas quejumbrosas, que ora parecen venir de muy lejos, ora resonar próximas. Causan tal efecto en el ser humano que hasta los más tranquilos y razonables observadores no pueden menos de sentirse horrorizados.

—Es cierto —dijo Moritz, interrumpiendo al amigo—, es verdad. Nunca estuve en Ceilán ni en los países vecinos y, sin embargo, oí un sonido tan terrorífico que no sólo yo, sino todos



los que lo oyeron, experimentaron ese sobrecogimiento que ha descrito Dagoberto.

—Me agradaría mucho —repuso éste— que nos relataras cómo sucedió aquello y al mismo tiempo podrías convencer a la señora coronela.

—Ya sabéis —comenzó Moritz— que estuve en España al servicio de Wellington para combatir a los franceses. Vivaquéé durante toda la noche a campo descubierto con una división de caballería española e inglesa antes de la batalla de Vitoria. Era la víspera y estaba tan cansado de la marcha que me sentía rendido y me había adormilado cuando me despertó un gemido. Me incorporé, pensando que se encontraba a mi lado alguien herido y que había escuchado los quejidos de su agonía; pero sólo oí roncar a mis compañeros.

—Apenas los primeros rayos del amanecer despejaron las densas tinieblas, me incorporé para ver quién de los tendidos estaba herido o agonizando. Era una noche tranquila; sólo, suavemente, comenzaba a dejarse sentir un vientecillo matinal que agitaba el follaje. Por segunda vez oí un largo gemido que atravesó el aire, como si resonase desde la lejanía. Parecía como si los espíritus de los caídos en el campo de batalla se incorporasen y gritaran su dolor hacia la amplia bóveda celeste. Sentí que temblaba y me sobrecogió un terror profundo e indecible. ¡Los gemidos que había oído proferir a gargantas humanas no eran nada en comparación con estos sonidos desgarradores! Mis camaradas se despertaron desconcertados, como enloquecidos. Por tercera vez resonó el espantoso gemido



hendiendo el aire. Nos quedamos paralizados y hasta los caballos, inquietos, se encabitaron, pateando. Muchos españoles cayeron de rodillas rezando en voz alta. Un oficial inglés aseguró que ya había visto en otras regiones del Sur este fenómeno, que se producía en la atmósfera, y su origen era eléctrico, lo que era prueba de que iba a cambiar el tiempo. Los españoles, inclinados a lo maravilloso, creían escuchar las poderosas voces de los espíritus sobrenaturales, que eran anuncio de algo tremendo que iba a suceder. Encontraron confirmada su creencia cuando, al día siguiente, la batalla retumbó terrorífica.

—¿Tenemos que ir a Ceilán o a España —dijo Dagoberto— para escuchar esos extraordinarios sonidos quejumbrosos de la Naturaleza? ¿Acaso no podemos sentir el mismo pavor oyendo el sordo tronar de la tormenta, el ruido del granizo al caer, los gemidos y el ulular del viento? ¡Vaya! Dedicemos alguna atención a la loca música y a las mil espantosas voces que brotan de esta chimenea o a la cancioncilla fantasmal que comienza a cantar la tetera.

—¡Magnífico! —exclamó la coronela—. ¡Magnífico! Dagoberto, relega a la tetera los fantasmas que nos atemorizan con sus espantosos ayes.

—No creas que se equivoca nuestro amigo —interrumpió Angélica—. Los extraños silbidos y chisporroteos de la chimenea realmente me estremecen, y la canción que canta la tetera de modo tan quejumbroso me parece tan siniestra que voy a apagar la lamparilla para que termine de una vez.



Angélica se levantó y, al hacerlo, se le cayó el chal. Rápidamente, Moritz se agachó para recogerlo y se lo entregó a la joven. Ella posó en Moritz la clara mirada de sus ojos azules y él, tomando su mano, imprimió con ardor en ella los labios. En el mismo instante, Margarita se estremeció como tocada por una descarga eléctrica; el vaso de ponche, que acababa de llenar e iba a ofrecer a Dagoberto, cayó al suelo y se hizo mil pedazos. Sollozando se arrojó a los pies de la coronela, acusándose de ser una necia y pidió permiso para irse a su cuarto. Todo lo que allí habían referido, aunque en parte no lo comprendiese, le había causado espanto, y ahora su terror, al hallarse frente a la chimenea, era indecible, sentíase enferma y quería irse a acostar. Después de decir esto, besó la mano a la coronela y la humedeció con sus abundantes lágrimas.

Dagoberto sintió gran violencia por todo lo sucedido y creyó necesario dar otro giro a la conversación. Arrodillándose a los pies de la coronela, suplicó con voz llorosa que concediese su gracia a la pecadora que había osado romper el valioso vaso que contenía aquel líquido capaz de animar la lengua de un jurisconsulto y de calentar un corazón helado. Respecto a la mancha que había dejado el ponche sobre la alfombra, juraba que, al día siguiente por la mañana, vendría a frotar con un cepillo, al tiempo que sus pasos y vueltas y piruetas, durante la hora que durase el trabajo, dejarían chico a un maestro de baile. La coronela, que al principio había dirigido miradas sombrías a Margarita, se sonrió ahora al escuchar las ingeniosidades de Dagoberto. Riendo, le tendió ambas manos y dijo:



– Levántate y seca tus lágrimas. ¡Has logrado que te conceda la gracia desde mi severa silla de juez! Margarita, tienes que agradecerle sus ingeniosas ocurrencias y su heroico sacrificio referente a la mancha del ponche, porque debido a ello no tendré en cuenta tu gravísima culpa. Pero no te voy a dejar sin castigo. Ordeno que, sin más melindres, permanezcas en la sala y obsequies a nuestro invitado con ponche, aún más diligente que antes, y que le des un beso a tu salvador en señal de tu profundo agradecimiento.

– Así que la virtud no queda sin recompensa – dijo Dagoberto con gran patetismo cómico, en tanto que cogía la mano de Margarita–. ¡Creedme – dijo –, creedme, hermosa mía!, aún quedan en la tierra jurisconsultos que se sacrifican incondicionalmente por la inocencia y el derecho! ¡Bueno! ¡Y ahora obedezcamos a nuestro juez y cumplamos su juicio, ya que no hay medio de apelación!

Al decir esto imprimió un ligero beso en los labios de Margarita, y volvió a colocarse en su sitio. La muchacha, ruborizada, se echó a reír, aunque todavía tenía lágrimas en los ojos.

– ¡Qué tonta soy – dijo en francés –, qué tonta soy! ¡Haré todo lo que me diga la señora coronela! Voy a estar tranquila, serviré el ponche y oíré hablar de los fantasmas sin asustarme.

– ¡Bravo, niña – gritó Dagoberto –, bravo! Mi heroísmo te ha entusiasmado, ¡y a mí la dulzura de tus labios! Mi fantasía tiene nuevas alas y me siento obligado a sacar lo espantoso del *regno di pianto* para nuestra diversión.



—Creo —dijo la coronela— que deberíamos callarnos y dejar de hablar de esos fatales seres siniestros.

—Por favor —interrumpió Angélica—, por favor, mamá; escucha a nuestro amigo Dagoberto. Tengo que confesar que no hay nada que me guste más que oír estas historias de fantasmas, que me producen escalofríos de miedo.

—¡Cuánto me alegro —gritó Dagoberto—, cuánto me alegro! ¡Nada es más encantador que una jovencita que tiene miedo, y por nada del mundo me casaría con una mujer a la que no aterrorizasen los fantasmas!

—Tú —dijo Moritz— nos asegurabas, querido amigo Dagoberto, que teníamos que precavernos de aquel pavor o ensoñación que nos sobrecoge cuando el primer terror fantasmal nos domina. ¿Quieres decirnos por qué?

—Parece ser que nadie permanece en aquella agradable ensoñación que se produce al primer contacto. A continuación le sobrecogen miedos mortales, un terror que pone los pelos de punta, pues, al parecer, aquella primera sensación agradable es el atractivo de que se vale el siniestro mundo fantasmagórico. Ya hemos hablado de cómo se explican aquellos sonidos de la Naturaleza y de su efecto tremendo sobre nuestros sentidos. A veces percibimos extraños sonos, cuyo origen nos resulta indescifrable, y despiertan en nosotros un profundo terror. Por muy poderoso que sea el pensamiento de que pueda ser un animal oculto, una corriente de aire o cualquier ruido que se produzca de manera natural, es en vano. Todos sabemos por experiencia que cualquier ruido que se produce durante la



noche, si suena en pausas medidas, ahuyenta el sueño y aumenta la angustia interior, hasta tal punto que ofusca el mismo sentido. Hace algún tiempo, yendo de viaje, tuve que detenerme en una posada, donde el posadero me preparó una habitación grande y muy agradable. A mitad de la noche desperté bruscamente. La luna lanzaba sus claros rayos a través de la ventana sin visillos, de modo que podía ver todos los muebles y hasta el más pequeño detalle del cuarto. Parecía estarse oyendo el sonido de una gota de agua al caer en un recipiente metálico. ¡Escuché! A pausas, en intervalos medidos, oía el mismo ruido. Mi perro, que yacía acostado a los pies de la cama, gruñó y se agitó, gimiendo en la habitación. Sentí como si me recorriesen el cuerpo corrientes heladas, y de mi frente cayeron frías gotas de sudor. Pese a todo, sobreponiéndome con valentía, grité, salté de la cama y me dirigí al centro de la habitación. La gota vino a caer delante de mí, como si me traspasase, yendo a dar en el metal, que produjo un ruido tintineante. Sobrecogido por un profundo espanto, corrí hacia la cama y me escondí bajo el cobertor, medio desvanecido. Parecía como si el sonido se reanudase poco a poco, resonando en el aire. Caí en profundo sueño, del que desperté a la mañana siguiente. El perro, que se había acurrucado junto a mí, saltó alegremente apenas me vio despierto, como si se le hubiese quitado el miedo. Entonces se me pasó por la cabeza que quizá yo fuese el único para quien resultase desconocida la causa natural de aquel extraño sonido; así que conté a mi posadero toda la aventura, que todavía estremecía mis miembros de



pavor. Realmente, pensé, él me aclarará todo, aunque había hecho mal en no avisarme.

—El posadero palideció y me pidió, por lo que más quisiera, que no dijera a nadie lo que había sucedido en aquel cuarto, pues corría el peligro de perder su modo de ganarse la vida. Más de un viajero —dijo— ya se había quejado de aquel ruido, que se escuchaba en las noches más claras. El posadero había revisado todo concienzudamente, incluso el entarimado y el cuarto contiguo, sin haber podido encontrar lo más mínimo que pudiera causar el espantoso sonido. Desde hacía casi un año no se había vuelto a oír nada, de modo que creyó verse libre de los malos espíritus. Pero he aquí que, con gran espanto suyo, veía que aquel siniestro ser volvía a las andadas. Ya nunca más volvería a meter a ningún huésped en aquella maldita habitación.

—¡Ay! —exclamó Angélica, temblando—. ¡Qué espantoso, es verdaderamente espantoso! Yo me hubiera muerto de haberme sucedido algo semejante. También a mí me ocurre que a veces, en medio del sueño, despierto súbitamente, sobrecogida por un miedo indecible, como si me hubiera sucedido algo aterrador. Y, sin embargo, no tengo ni la menor idea del motivo ni el menor recuerdo de aquel sueño, más bien me parece como si despertase de un estado inconsciente y casi mortal.

—Yo también conozco ese estado —añadió Dagoberto—. Quizá tenga relación con ese poder de las extrañas influencias psíquicas a las que nos entregamos involuntariamente. Lo mismo que los sonámbulos no se acuerdan de su estado de sonambulismo, quizá esa espantosa angustia sea como una



especie de resonancia de aquel poderoso encanto, cuyo origen nos es desconocido, pero que nos atrae.

—Aún recuerdo muy vivamente —dijo Angélica— cómo hace unos cuatro años, la noche que cumplía los catorce, me desperté en un estado tal que el espanto me tuvo paralizada durante algunos días. En vano me esforcé por acordarme del sueño que tanto me había aterrorizado. Recuerdo claramente que muchas veces le hablé a mi buena madre de aquel sueño, sin poder recordar su contenido.

—Este raro fenómeno psíquico —repuso Dagoberto— tiene relación con el principio magnético.

—Cada vez estamos complicando más la conversación —dijo la coronela— y nos perdemos en cosas cuyo solo pensamiento me resulta insoportable. Le ruego, Moritz, que cuente en seguida algo divertido y gracioso para que terminemos de una vez con las siniestras historias de fantasmas.

—De muy buena gana —repuso el aludido—, de buena gana obedeceré vuestro mandato si antes me permitís recordar un acontecimiento horrible que desde hace un rato tengo en la punta de la lengua. En este momento me posee de tal forma que sería vano cualquier esfuerzo para tratar de hablar de otras cosas más divertidas.

—Bien —repuso la coronela—, descargad todo lo horrible que os domina. Mi esposo llegará de un momento a otro; así que entonces volveremos a enzarzarnos en alguna otra polémica o hablaremos con entusiasmo de hermosos caballos, aunque sólo



sea para romper la tensión que me ha producido todo este asunto de fantasmas, ¿a qué he de negarlo?

—Durante la última campaña —comenzó Moritz— conocí a un general, ruso de nacimiento, apenas de treinta años. Trabé con él estrecha amistad, ya que el destino quiso que durante largo tiempo estuviéramos juntos frente al enemigo. Bogislav, que así se llamaba el general, tenía todas las cualidades para hacerse acreedor al mayor respeto y afecto. Era de gran estatura y noble presencia, ingenioso, de digno semblante varonil, rara cultura, la bondad misma y, por añadidura, valiente como un león. A menudo se alegraba mucho con la bebida, pero de pronto le sobrecogía el pensamiento de algo horrible que le había sucedido y que había dejado rastros de profundo dolor en su semblante. Entonces se callaba y, abandonando la compañía de la gente, paseaba solitario de un lado a otro.

Si estábamos en campaña, cabalgaba de avanzadilla en avanzadilla y sólo cuando era presa del agotamiento se entregaba al sueño. Añádase a esto que a menudo, sin necesidad alguna, se arrojaba a los mayores peligros, como si buscarse en el campo de batalla la muerte, la cual parecía evitarle, ya que en las más duras refriegas no le tocaba ni una bala, ni un mandoble, no obstante lo cual era evidente que una pérdida irreparable o algún hecho imprevisto había destrozado su existencia.

Estando en tierras francesas, habíamos tomado al asalto una fortaleza, en la que permanecimos un par de días con el fin de que tuvieran un descanso las tropas agotadas. Las habitaciones donde se había alojado Bogislav estaban sólo a dos pasos de las



mías. Durante la noche me despertó un ligero ruido, como si golpearan la puerta de mi cuarto. Escuché con atención, oí mi nombre, y reconociendo la voz de Bogislav me levanté y abrí. ¡Ante mí estaba él en camisón de dormir, con el candelabro encendido en la mano, pálido como la muerte, temblando todo su cuerpo, incapaz de proferir palabra!

—Por todos los cielos, dime, ¿qué sucede, qué te pasa, querido Bogislav? —exclamé mientras le conducía medio desvanecido a una silla, después de lo cual le di a beber dos o tres vasos de un vino fuerte, que precisamente estaba sobre la mesa; luego cogí sus manos entre las mías y le consolé a mi manera, ya que no conocía el motivo de aquel espantoso estado en que se encontraba. El general se recuperó poco a poco, suspiró profundamente y empezó a decir con voz débil:

—¡No! ¡No! ¡Me volveré loco si la muerte, que deseo con toda mi alma, no me abre los brazos! ¡A ti, mi querido Moritz, te confiaré mi horrible secreto! Ya te conté una vez que hace varios años estuve en Nápoles. Allí vi a una joven, hija de una de las familias más notables, de la que me enamoré con ardor. Aquella criatura angelical correspondió totalmente a mi afecto y sus padres consintieron en que se estrechasen los lazos que serían causa de mi felicidad.

Era ya el día de la boda cuando apareció un conde siciliano que, interponiéndose entre nosotros, conquistó a mi novia. Traté de hablar con él y no hizo sino burlarse de mí. Nos batimos y le atravesé el cuerpo con mi espada. Corrí presuroso hacia mi novia. La encontré bañada en lágrimas y, llamándome maldito asesino, a mí, su amado, me echó de su lado. Dando muestras



de horror, gemía desconsolada y se desvaneció cuando toqué su mano, como si un escorpión la hubiese tocado. ¿Quién sería capaz de describir mi espanto? A los padres les resultó incomprensible la transformación de la hija, que nunca había escuchado las pretensiones del conde.

El padre me atendió en su palacio y trató cuidadosamente de que abandonase Nápoles antes de que me descubriesen. Perseguido por las furias, cabalgué de un tirón hasta San Petersburgo. ¡Mi vida está destrozada, no por la infidelidad de mi amada, sino por un hombre secreto! ¡Desde aquel infortunado suceso de Nápoles me persigue el horror, el espanto del infierno! A menudo durante el día, con más frecuencia durante la noche, escucho gemidos de moribundo, ora desde la lejanía, ora muy cerca de mí. Es la voz del conde asesinado, que me estremece hasta lo más hondo. Cuando suenan los cañonazos más fuertes y se oye el tiroteo y el fuego de los mosquetes en medio de las batallas, oigo muy próximo a mí el horrible quejido, ¡de modo que en mi pecho despierta la rabia, la desesperación y la locura!

—Precisamente aquella noche, cuando lo estaba contando, un gemido sofocado, que se prolongaba como si viniese de la puerta, hizo que Bogislav y yo nos sobrecogiéramos de espanto. Daba la sensación de que alguien que estaba en el suelo, gimiendo y suspirando, se arrastraba hacia nosotros con ritmo inseguro. Entonces, Bogislav se levantó rápidamente de la silla y como si nuevas fuerzas le animasen, gritó con voz tonante y los ojos fuera de las órbitas: "¡Muéstrate, condenado, si es que puedes; ya verás lo que voy a hacer de ti y de todos los espíritus



infernales que están a tus órdenes!" Entonces, el general y yo oímos un potente golpe...

Y en el momento en que Moritz, el narrador, decía estas palabras, se abrió la puerta de la sala donde estaban con un estrépito terrible.

Entró un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies, el semblante pálido y la mirada seria y muy fija. Se acercó a la coronela, dando muestras de los más nobles modales del mundo elegante, y pidió que le perdonasen por llegar tan tarde, pero una visita inesperada, con gran disgusto suyo, le había impedido llegar a tiempo. La coronela, incapaz de recuperarse del terror que le había causado la entrada, balbuceó algunas palabras que poco más o menos significaban que el extraño podía tomar asiento. Acercó su silla junto a la coronela, frente a Angélica, se sentó y paseó su mirada en torno del círculo de los reunidos. Nadie se atrevió a decir palabra; parecía que todos estaban como paralizados. Entonces el extraño personaje comenzó a disculparse nuevamente por haber llegado con retraso y por haber hecho una entrada tan impetuosa. No era culpa suya, sino del criado, que al entrar en la sala había cerrado de golpe la puerta.

La coronela, tratando de vencer con esfuerzo el siniestro sentimiento que la dominaba, le preguntó con quién tenía el gusto de hablar. El extraño hizo como que no oía la pregunta, pendiente como estaba de Margarita, que parecía haberse transformado, riendo con estrépito, bailoteando delante del extraño, y que charlando a medias en francés, le dijo se estaban



divirtiendo mucho con historias de fantasmas y que precisamente cuando él entró, el caballero que contaba la historia estaba a punto de hacer que apareciera uno.

La coronela pensó que no era cortés preguntar el nombre a quien parecía ser un invitado y tampoco hizo nada para impedir que Margarita siguiera mostrando una conducta impropia. El extraño puso fin a la charla de la muchacha francesa al dirigirse a la coronela y tratar de entablar conversación sobre algún asunto sin importancia. Ésta respondió y Dagoberto trató de inmiscuirse en la conversación, que finalmente fue fragmentándose en diálogos diferentes.

Entretanto, Margarita tarareaba algunos estribillos de canciones francesas y se movía como si ejecutase nuevos pasos de una gavota, mientras que nadie se atrevía a moverse, pues todos se sentían oprimidos, ya que a todos les había sentado como un mazazo la presencia del extraño, y cuando miraban el semblante, blanco como la muerte, del huésped siniestro, se les helaban las palabras en los labios. Sin embargo, nada raro había en el tono, en los gestos y en la conducta de este hombre de mundo experimentado. El fuerte acento extranjero con que hablaba alemán y francés dejaba adivinar que no era ni alemán ni francés.

Por fin respiró la coronela cuando oyó ruido de jinetes ante la casa y se escuchó la voz del coronel. Un instante después entró éste en la sala. Nada más ver al extraño, se apresuró a exclamar:

—¡Bienvenido a mi casa, querido conde! ¡Muy bienvenido!
Y volviéndose a la coronela dijo:



—El conde de... es uno de mis amigos más queridos y más fieles: lo conocí en el Norte y volví a verle en el Sur.

La coronela, perdido ya todo el miedo, con amable sonrisa, echó la culpa a su esposo por no haberle avisado, de modo que no le chocase haber sido recibido de forma tan extraña por sus amigos. Luego contó al coronel que se habían pasado toda la tarde hablando de fantasmas y que precisamente cuando Moritz contaba una historia espeluznante y decía las palabras:... y entonces se oyó un ruido espantoso, la puerta de la sala se abrió, entrando el conde.

—¡Dios bendito! —exclamó la coronela riéndose—. ¡Dios bendito! ¡Le hemos tomado, querido conde, por un fantasma! Parece como si Angélica mostrase todavía las huellas del terror en su semblante y que aún no se hubiese recuperado del susto; incluso Dagoberto perdió su alegría. Decidme, conde, ¿no llevaréis a mal que os hayamos tomado por un fantasma, por un aparecido?

—¿Acaso —repuso el conde con extraña mirada—, acaso hay en mi conducta algo fantasmal? Se habla ahora mucho de hombres que pueden ejercer un influjo psíquico sobre otros, por lo que causan un efecto siniestro. Quizá yo sea uno de esos que poseen tal poder.

—Bromeáis, querido conde —le interrumpió la coronela—, aunque es cierto que ahora perseguimos los más extraños secretos.

—Sí, es cierto —repuso el conde—; ahora se da crédito a toda clase de cuentos y raras imaginaciones. Hay que precaverse



contra esta extraña epidemia. Sin embargo, como he interrumpido al señor capitán en el punto más interesante de su relato, le suplico que refiera el final, ya que ninguno de sus oyentes querrá quedarse sin oír el desenlace.

Al capitán le pareció el conde no sólo un personaje siniestro, sino, además, antipático. Encontró que en sus palabras había algo de burla, toda vez que se sonreía de modo diabólico al pronunciarlas; así es que repuso, echando llamas por los ojos y en un tono altivo, que temía alterar con sus cuentos infantiles la alegría que se había desatado al entrar el conde en aquel círculo tan serio y que, por tanto, prefería callarse. El conde hizo como que no tomaba en consideración las palabras del capitán. Jugueteadando con la tabaquera de oro que tenía en la mano, se volvió hacia el coronel para preguntarle si la alegre dama era francesa de nacimiento.

Se refería a Margarita, que continuaba tarareando por la sala. El coronel se acercó a ella y le preguntó en voz baja si se había vuelto loca. Margarita fue a sentarse aterrorizada junto a la mesa de té. El conde tomó la palabra y fue contando diversas cosas que habían acaecido en corto espacio de tiempo. Dagoberto apenas podía pronunciar palabra. Moritz iba poniéndose cada vez más rojo y sus ojos lanzaban chispas, como si esperase la señal para atacar. Angélica parecía sumida en la labor que había empezado y no levantaba la vista. Todos evitaban mirarse llenos de desconfianza.

—Eres un hombre feliz —exclamó Dagoberto cuando se encontró a solas con Moritz—, no dudes más: Angélica te ama ardientemente. Hoy he visto en su mirada que está



completamente enamorada de ti. Pero el diablo, que todo lo amaña, me parece que ha sembrado cizaña entre la mies floreciente. Margarita arde en su loca pasión. Te ama con toda la fuerza de un dolor inmenso que desgarrar su pecho. La loca conducta de que ha dado pruebas hoy, no es sino la mejor muestra de un ataque furioso de celos. Cuando Angélica ha dejado caer el chal y tú se lo alcanzaste, besando su mano, las furias del infierno hicieron presa de la pobre muchacha. Y tú eres culpable de eso. Has extremado tus galanterías con la hermosa francesa. Ya sé que sólo piensas en Angélica, que todas las reverencias y elogios que haces a Margarita van dirigidos a aquélla, pero los falsos rayos que le has lanzado han incendiado su alma. La pena es que, en realidad, no sé cómo va a terminar la cosa y si tendremos que ver horribles sucesos y situaciones espantosas.

—¿Yo con Margarita —repuso el capitán— cuando Angélica me ama como dices? Entonces, aunque lo dudo, seré feliz y poco me importan todas las Margaritas que hay en el mundo y todas sus locuras. Pero un temor invade ahora mi ánimo. Este siniestro conde extranjero que ha hecho su entrada de modo tan misterioso, ¿no parece interponerse entre nosotros? Tengo la impresión de que a cualquier sitio que se vuelva va a hacer que suceda una desgracia, conjurada por él mismo desde lo más profundo de la noche. ¿Has notado con qué frecuencia su mirada se posa sobre Angélica y cómo sube un leve color a sus pálidas mejillas para luego desaparecer? Este monstruo ha hecho caso omiso de mi amor, por eso las palabras que me



ha dirigido han sido tan burlonas, pero te aseguro que no pienso aguantarlo, aunque me cueste la vida.

Dagoberto dijo que el conde parecía un individuo fantasmal, al que no había que perder de vista, aunque quizá, detrás de esta apariencia, se escondiese menos de lo que se figuraban y que la sensación siniestra que causaba fuese debida a la tensión en que se encontraban cuando entró.

—Recibamos —repuso Dagoberto— a todos los seres desconcertantes con ánimo templado, con invariable confianza. No hay poder maléfico que haga doblar la cabeza al que se muestra poderoso y con ánimo entero.

Tiempo después, el conde, que visitaba cada vez con más frecuencia la casa del coronel, llegó a hacerse imprescindible. Todos coincidían en reconocer que el reproche de ser siniestro que le habían hecho recaía ahora sobre ellos.

—Acaso —decía la coronela—, acaso, ¿no podía él, con muchísima razón, tenernos por gente siniestra con nuestros pálidos semblantes y nuestra extraña conducta?

El aludido desplegaba en su conversación una rica gama de conocimientos y, no obstante ser italiano y expresarse con acento extranjero, era capaz de hacer una exposición perfecta. Sus relatos tenían un fuego irresistible, tanto que incluso Moritz y Dagoberto, que en un principio mostraron su enemistad al extraño, cuando éste hablaba y exteriorizaba en su bien formado semblante una sonrisa amable, llegaron a olvidar su enfado y, como Angélica, estaban pendientes de sus labios.



La amistad del coronel con el conde había llegado a un punto tal que éste le consideraba como uno de los hombres más nobles que había conocido. La casualidad les puso en contacto con el Norte, donde el segundo ayudó al primero con todo desinterés en una situación apurada en la que hubiera podido perder para siempre no sólo el dinero y los bienes, sino la fama y el honor. El coronel, que agradecía al conde en lo más hondo de su ser todo lo que le debía, estaba pendiente de él por completo.

—Ha llegado el momento —dijo el coronel un día a su esposa, cuando ambos se encontraban solos—, ha llegado el momento de que te diga el motivo de que el conde se encuentre aquí. Ya sabes que él y yo hace más de cuatro años que nos conocimos, y fuimos estrechando nuestra amistad de tal modo, que llegó un momento que nuestros cuartos estuvieron muy próximos. Sucedió que el conde, una mañana al entrar en mi habitación vio sobre la mesa la pequeña miniatura de Angélica, que siempre llevo conmigo. Conforme la miraba, su excitación iba en aumento. Incapaz de articular palabra, se quedó mirándola fijamente sin poder apartar los ojos de ella, hasta que, al fin, exclamó admirado que nunca había visto una mujer tan hermosa, tan encantadora, y que nunca había sabido qué era el amor, pero ahora le incendiaba el corazón con llamas vivísimas. Bromeé acerca del efecto maravilloso del retrato, llamé al conde nuevo Calaf, y le deseé suerte, pues sin duda Angélica no sería ninguna Turandot. Finalmente le di a entender de un modo indirecto que ya no era ningún joven para inflamarse con una pasión tan romántica y enamorarse de un retrato. Me juró con



firmeza, dando muestras de verdadero arrebató, cosa propia de su nación, que amaba apasionadamente a Angélica, y que yo, si quería impedir que se hundiese en la sima de la desesperación, debía permitirle pretender la mano de mi hija.

Y el coronel terminó diciendo:

—Por eso se encuentra aquí, y por eso ha venido a nuestra casa. Está convencido de haberse ganado la inclinación de Angélica y ayer me hizo una petición formal. ¿Qué me dices del asunto?

La coronela no supo qué contestar, porque las últimas palabras de su esposo la estremecieron.

—Por Dios —exclamó—, ¿entregar nuestra Angélica a ese conde tan extraño?

—¿Extraño? —repuso el coronel ceñudo—. ¿Un extraño el conde a quien debo el honor, la libertad y quizá hasta la vida? Te confieso que, en efecto, su edad madura no concuerda con nuestra joven palomita, pero es un hombre noble y además rico, muy rico.

—Y ¿sin preguntarle nada a Angélica? —interrumpió la coronela—. ¿Sin preguntarle nada a Angélica, que quizá no sienta la menor inclinación por él, aunque éste se lo imagine en su loca fantasía de enamorado?

—¿Acaso te he dado alguna vez motivo —dijo el coronel, levantándose de un salto de la silla, y mirando furioso a su esposa— para pensar que soy un padre tiránico y loco que trata de emparejar de indigna manera a su adorada hija? Pero ya estoy harto de vuestra sensibilidad novelesca y de vuestras



ternezas. Hay que ver qué cosas tan fantásticas se imaginan al casarse una pareja. Angélica es toda oídos cuando el conde habla, le mira muy favorablemente, se ruboriza cuando él besa su mano, que ha dejado entre las suyas. Así es como se expresa la inclinación de una joven inexperta, a la que un hombre hace feliz. No es necesario que sea un amor novelesco, ese que tantas veces ronda vuestra imaginación.

—Creo —le interrumpió la coronela—, creo que el corazón de Angélica no es libre, aunque ella ni siquiera lo sepa.

—¿Cómo? —exclamó enfadado él.

Y ya iba a salir precipitadamente, cuando en aquel instante se abrió la puerta y apareció Angélica con una sonrisa celestial, de la más pura inocencia. El coronel, abandonando su enfado y su mal humor, fue hacia ella, la besó en la frente y cogiéndola de la mano la condujo hacia una silla, yendo a sentarse a su lado. Luego se puso a hablarle del conde, alabando su noble figura, inteligencia, y sensibilidad; después preguntó a Angélica si le era soportable. Ella respondió que, al principio, le había resultado muy extraño y hasta le pareció siniestro, pero que luego supo dominar este sentimiento, y que ahora ¡hasta le mira con agrado!

—¡Oh, gracias sean dadas al Cielo! —gritó el coronel lleno de alegría—. ¡Vas a ser mi consuelo, mi salvación! El conde S., este noble caballero, siente por ti profunda adoración y pretende tu mano, si no se la niegas.



Apenas había pronunciado el coronel estas palabras, cuando Angélica, exhalando un gemido, cayó desvanecida. La coronela la tomó en sus brazos, al tiempo que lanzaba una mirada significativa a su esposo, quien contemplaba en silencio a la pobre criatura, pálida como una muerta. La joven se recuperó; un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y comenzó a gritar con voz desgarradora:

— ¡El conde, el horrible conde! ¡No, no, jamás!

Con toda suavidad su padre le preguntó una y otra vez por qué motivos le parecía tan horrible. Angélica confesó que precisamente en el mismo instante en que el coronel le había dicho que el conde la amaba, había recordado de pronto aquel espantoso sueño que había tenido la noche en que cumplía sus catorce años y del que había despertado atemorizada, sin poder recordar lo más mínimo de ninguna imagen.

— Me hallaba —refirió Angélica— recorriendo un jardín muy agradable, entre los arbustos y las flores. De pronto me encontré ante un árbol maravilloso con hojas muy oscuras y flores enormes, extrañas y olorosas, parecidas a las del saúco. Parecía como si el árbol me hiciese señas, invitándome a acercarme a su sombra. Como atraída por invisible e irresistible fuerza, me tumbé en el césped bajo el árbol. Era como si se oyese extraños sonidos a través del aire, como si un soplo de viento estremeciese el árbol, que se diría lanzaba temerosos suspiros. Sentí, entonces, una pena indescriptible y una profunda compasión agitó mi pecho. Yo misma no supe por qué. ¡Un rayo ardiente pareció atravesar mi corazón,



desgarrándole! Pero el grito que traté de proferir no brotó; tan angustiado estaba mi corazón, que sólo pudo convertirse en un ahogado suspiro.

El rayo que traspasó mi corazón no era sino la mirada de unos ojos varoniles que me contemplaban desde un oscuro matorral. En el mismo instante, los ojos estuvieron ante mi presencia y una mano blanca trazó un círculo en torno mío. Y los círculos fueron haciéndose cada vez más estrechos, como si fueran un hilo de fuego, de tal forma que al final no podía moverme, envuelta en aquella tela de araña. Hay que añadir que la espantosa mirada de aquellos horribles ojos penetraba hasta mi interior y se apoderaba de todo mi ser; el solo pensamiento de depender de un tenue hilo, me causa una angustia de muerte. El árbol inclinó las flores hacia mí y entonces se oyó la voz agradable de un joven que decía: "¡Angélica yo te salvaré, yo te salvaré!" Pero...

El relato fue interrumpido cuando anunciaron al capitán de R. que venía a hablar con el coronel. Nada más oír el nombre de aquél, Angélica le llamó, de nuevo las lágrimas brotaron a raudales de sus ojos, y con una voz que expresaba un profundo dolor, y la pena de amor que se alberga en un pecho, exclamó:

— ¡Moritz, ay, Moritz!...

El capitán al entrar oyó estas palabras y vio a Angélica bañada en lágrimas, que le tendía los brazos. Fuera de sí, quitándose la gorra militar que cayó al suelo, se arrodilló a los pies de Angélica, y como ésta, desvanecida por la pena, cayese en sus



brazos, la estrechó contra su pecho. El coronel observó el grupo, mudo de asombro.

—Me figuraba —susurró la madre en voz baja—, me figuraba que se querían, pero no sabía nada.

—Capitán de R. —exclamó furioso el coronel—, ¿qué tiene usted que ver con mi hija?

Moritz, recuperándose, dejó con suavidad en la silla a la desvanecida Angélica, recogió la gorra del suelo, y dando un paso hacia el coronel, con el semblante rojo como la grana y la mirada baja, aseguró, por su honor, que amaba profundamente a Angélica, pero que hasta este instante nunca se habían dicho la más mínima palabra, y que ni la menor confesión de sus sentimientos había brotado de sus labios. Dudaba que Angélica le correspondiese. Era en este momento, por vez primera, cuando experimentaba una felicidad celestial, y ahora esperaba que el noble y cariñoso padre no le rechazase, si le suplicaba bendecir un lazo que estrecharía un amor puro y ardiente. El coronel midió al capitán y luego a Angélica con mirada sombría; luego se paseó por la habitación con los brazos cruzados, como alguien que ha tomado una decisión. Al fin se detuvo ante la coronela, que sostenía en sus brazos a Angélica, mientras la consolaba.

—Vamos a ver —dijo conteniendo su ira—. ¿Qué relación tiene un necio sueño con el conde?

Angélica se arrojó a sus pies y besándole las manos, que regó con sus lágrimas, le habló con la voz ahogada por el llanto.



– ¡Padre mío! Padre querido, aquellos espantosos ojos que me traspasaban eran los ojos del conde, y su mano fantasmal es la que me rodeó con la tela de araña de fuego. ¡Pero la voz juvenil que me consolaba y que me llamaba desde las flores aromáticas del árbol maravilloso era la de Moritz, mi Moritz!

– ¡Tu Moritz! – gritó el coronel volviéndose tan bruscamente que Angélica estuvo a punto de caer al suelo. Luego musitó en voz baja, para sus adentros—: “¡Fantasías infantiles, un amor oculto que sacrifica la sabia decisión del padre frente a las pretensiones de un noble caballero!”

Siguió como antes, paseándose en silencio de un extremo a otro de la habitación. Finalmente, dirigiéndose a Moritz, dijo:

– Capitán de R., bien sabéis lo que os aprecio, para mí nada sería más grato que teneros por yerno, pero he dado mi palabra al conde de S., al que estoy todo lo obligado que un hombre puede estarlo. No creáis, sin embargo, que soy un padre tiránico y obstinado. Corro a ver al conde y le descubriré todo. ¡Vuestro amor es como un desafío, quizá me cueste la vida, pero sea lo que sea, me rindo! ¡Esperad aquí a que vuelva!

El capitán aseguró, lleno de entusiasmo, que él prefería cien veces la muerte antes que el coronel sufriese el menor peligro. Éste, sin darle respuesta, salió apresuradamente. Apenas hubo abandonado la estancia, los enamorados se arrojaron en brazos el uno del otro en la plenitud de su dicha, jurándose felicidad eterna. Luego, Angélica afirmó que nada más oír al coronel la pretensión del conde, sintió en lo más hondo de su alma cuánto amaba a Moritz, y que prefería morir a ser esposa de otro. Tenía



la sensación de saber desde hacía mucho tiempo que Moritz la amaba. Luego, ambos recordaron aquel instante en que descubrieron su amor, y, al recordarlo, se sintieron tan felices que olvidaron por completo la ira y la obstinación del coronel; tan gozosos estaban que parecían niños felices.

La coronela, que ya había observado este amor naciente, y que aprobaba de todo corazón la inclinación de Angélica, les dio palabra de hacer todo lo posible para que su esposo cesase de insistir en un enlace que a ella misma la espantaba. Apenas había pasado una hora, cuando la puerta se abrió y, con asombro de todos, entró el conde de S. Le seguía el coronel con mirada brillante. El conde se acercó a Angélica, cogió su mano y la miró con amarga y dolorosa sonrisa. Angélica se estremeció, y próxima a desvanecerse, dejó oír un murmullo:

— ¡Ah, esos ojos!

— Palidecéis — comenzó a decir el conde —, palidecéis, señorita, como cuando por vez primera entré en vuestro círculo. ¿Verdaderamente os parezco un espantoso fantasma? ¡No! No os asustéis, Angélica, nada temáis de un hombre inofensivo, que os ha amado con todo el ardor, con todo el fuego de un corazón juvenil, y que era lo bastante necio para pretender vuestra mano, cuando ya vuestro corazón era de otro. ¡No! Ni siquiera mi vista os recordará los tristes instantes que os he proporcionado. ¡Pronto, quizá mañana, me volveré a mi patria!

— ¡Moritz, Moritz! — exclamó Angélica arrojándose en brazos del amado.



El conde se estremeció, sus ojos brillaron con fuego inusitado y sus labios temblaron, profiriendo un sonido inarticulado. Se volvió hacia la coronela con una frase indiferente, y gracias a eso pudo dominar sus sentimientos. El coronel no cesaba de decir:

— ¡Qué nobleza, qué hombre tan superior! ¿Quién podrá igualar a este hombre? ¡Es mi gran amigo!

Luego estrechó contra su pecho al capitán, a Angélica y a la coronela, asegurando sonriente que no quería saber nada del complot que habían tramado contra él y esperaba que, en el futuro, no sufrirían más bajo la mirada de ojos fantasmales. Como ya era mediodía, el coronel invitó al capitán y al conde a comer con él. Se envió a buscar a Dagoberto, que al punto acudió muy complacido y lleno de alegría. Al ir a sentarse a la mesa vieron que faltaba Margarita. Vinieron a decir que se había encerrado en su cuarto, y que, sintiéndose enferma, no podía acudir.

— No sé — dijo la coronela — qué es lo que le sucede desde hace algún tiempo, tiene un humor caprichoso, llora y ríe sin motivo, y su extraña imaginación la conduce a los extremos.

— ¡Tu felicidad — susurró Dagoberto al oído del capitán —, tu felicidad es la muerte de Margarita!

— Visionario — repuso al instante éste —, visionario, no turbes mi felicidad ni estropees mi paz.

Nunca como ahora se sintió el coronel tan alegre, nunca tan feliz la coronela, que tanto se había preocupado por su hija, y



ahora se quitaba de encima esta preocupación. Añádase a esto que Dagoberto rebosaba de satisfacción, y que el conde, olvidado de las heridas que le había causado la reciente pena, ponía todo su ingenio en la conversación, de tal modo que parecía como si en torno de la feliz pareja se tejiese una bella corona de flores.

Comenzaba a atardecer; el vino, de la mejor calidad, resplandecía en los vasos y todos bebían y brindaban alegremente por la pareja de novios, cuando he aquí que, suavemente, se abrió de improviso la puerta del salón contiguo, dando paso a Margarita que, con paso vacilante, vestida con camisón blanco, y los cabellos sueltos, parecía pálida y descompuesta, como muerta.

—Margarita, ¿qué broma es ésta? —exclamó el coronel, sin atender a lo que decía.

Ésta, dirigiéndose al capitán, y apoyando su mano helada sobre su pecho, imprimió un tenue beso en su frente, murmurando con voz ahogada:

—¡Que el beso de quien va a morir traiga felicidad al alegre novio!

Y cayó desvanecida al suelo.

—¡Qué desgracia —musitó Dagoberto al conde—, está locamente enamorada del capitán!

—Lo sé —repuso el conde—, y ha llevado la cosa tan lejos que incluso ha tomado veneno.



— ¡Dios mío! — exclamó asustado Dagoberto, yendo de un salto al sillón donde habían sentado a la pobre Margarita.

Angélica y el coronel se apresuraron a rociarle la frente con agua bendita. Cuando Dagoberto se acercó, precisamente en aquel instante, ella abría los ojos. La coronela dijo:

— Tranquilízate, hija mía, te habías sentido mal, pero ya todo ha pasado.

A lo que Margarita repuso con voz ronca y ahogada:

— ¡Sí, pronto pasará todo..., me he envenenado!

Angélica y la coronela dieron un grito y el coronel exclamó furioso:

— ¡Por todos los diablos! ¿Estás loca? ¡Qué llamen a un médico en seguida! ¡Qué traigan al primer médico bueno que encuentren!

Los sirvientes y el mismo Dagoberto se apresuraron a ir en su busca.

— ¡Alto — exclamó el conde, que había permanecido quieto y tranquilo, hasta haber vaciado la copa colmada de su vino predilecto, un ardiente vino de Siracusa —, alto!... Si Margarita ha tomado veneno no es necesario que venga ningún médico, pues en este caso yo sé muy bien lo que hay que hacer. Dejen que la vea.

Y acercándose a Margarita, que yacía desmayada y agitado su cuerpo por calambres nerviosos, se inclinó hacia ella. Todos vieron cómo sacaba una cajita de su bolsillo, tomaba algo entre



los dedos y le frotaba suavemente la región cervical y el epigastrio. Luego, dejándola, se volvió hacia los demás y dijo:

—Ha tomado opio, pero podré salvarla valiéndome de los medios de que dispongo.

Por mandato del conde, Margarita fue transportada a su habitación, donde sólo él permaneció a su lado. La doncella de la coronela, entretanto, había encontrado el frasquito que contenía las gotas de opio, que le habían sido prescritas a la coronela, y que la insensata había vaciado.

—El conde —dijo Dagoberto con tono irónico—, el conde verdaderamente es un hombre prodigioso. Ha adivinado todo. Nada más ver a Margarita, supo al instante que había tomado veneno, y desde el primer momento adivinó de qué clase era.

Pasada una media hora, el conde entró en la sala asegurando que Margarita estaba por completo fuera de peligro. Echando una mirada de reojo a Moritz, añadió que además esperaba haber acabado de una vez con la raíz del mal. Deseaba ahora que la doncella permaneciese al lado de Margarita, e incluso él mismo pasaría la noche en la habitación contigua, de forma que si sucediese algo, estaría presto para ayudarla. Con el fin de estar preparado, sólo pidió que dispusiesen en su estancia un par de vasos de buen vino. Después de esto, volvió a sentarse a la mesa con todos los caballeros, pues Angélica y la coronela, muy afectadas por el suceso, se habían ausentado. El coronel manifestó gran enfado por la maldita broma que les había gastado aquella loca, pues era así como juzgaba la conducta de Margarita. Moritz y Dagoberto se sintieron muy incomodados e



intranquilos. Tanto más cuanto que el conde, al observar su estado, se mostraba más alegre y regocijado, aunque había algo siniestro en su alegría.

—Este conde —dijo Dagoberto a su amigo, cuando se dirigieron a su casa— me resulta un ser verdaderamente siniestro. Parece como si su conducta encerrase algo misterioso.

—¡Ay —repuso Moritz—, siento mi pecho agitado y los más negros presentimientos oprimen mi corazón, pues me parece que una desgracia amenaza mi amor!

Esa misma noche el coronel fue despertado por un correo urgente. A la mañana siguiente entró muy pálido en la estancia de la coronela, y dijo con fingida tranquilidad:

—¡Otra vez hemos de separarnos, querida mía! La guerra empieza de nuevo. Anoche recibí la orden. En cuanto esté preparado, quizá esta misma noche, tendré que salir con el regimiento.

La coronela, asustada, rompió a llorar. El coronel trató de consolarla, diciéndole que estaba convencido de que esta campaña terminaría con gloria, como la anterior, y que estuviese alegre, pues no sucedería ninguna desgracia.

—Entretanto —añadió—, mientras combatimos al enemigo y se firma la paz, puedes trasladarte a nuestras posesiones. Os daré un acompañante que os hará olvidar la soledad y el apartamiento de vuestra obligada estancia. El conde S. irá con vosotros.



—¿Cómo? —exclamó la coronela—. ¡Por Dios bendito! ¿Que el conde va a venir con nosotros? ¿El novio despreciado? ¿El intrigante italiano que oculta en su interior la rabia, dispuesto a lanzarla fuera en la primera ocasión? No sé por qué, pero desde ayer tengo siempre presente su figura y me resulta más odioso que nunca.

—¡Calla! —le interrumpió el coronel—. ¡Son insufribles las fantasías, las imaginaciones de las mujeres! ¡No comprenden la grandeza de alma de un hombre valeroso! El conde ha permanecido toda la noche, tal como digo, en la habitación contigua a la de Margarita. Ha sido el primero en saber la noticia de la nueva campaña. Su regreso a la patria ahora es imposible. Quedó tan sorprendido que le ofrecí que permaneciese en nuestras posesiones. Después de negarse reiteradas veces, se decidió por fin, y me dio su palabra de honor de protegeros, y de hacer todo lo que estuviese en su mano para acortar el tiempo de nuestra separación. Ya sabes todo lo que le debo; mis posesiones son ahora un refugio para él, refugio que no puedo negarle.

La coronela, al oír esto, no supo qué responder. El coronel no dijo más. A la noche siguiente, dieron la señal de partida y, con indecible dolor, se separaron los enamorados. Pocos días después, Margarita, totalmente recuperada, emprendió el viaje en compañía de la coronela y de Angélica hacia las posesiones. El conde les acompañaba con numerosos servidores. Éste, durante los primeros días, se dejaba ver poco ante las damas, siendo su conducta muy amable; únicamente aparecía cuando exigían su presencia, de otro modo, permanecía en su



habitación o daba paseos solitarios. Al principio pareció que la campaña era favorable a los enemigos, luego se libraron combates gloriosos. El conde fue siempre el primero en recibir los mensajes de victoria y todas las noticias acerca del destino del regimiento que mandaba el coronel. En las batallas más cruentas, ni el coronel ni el capitán habían recibido ningún balazo o mandoble, y todas las cartas lo confirmaban. Así que el conde, siempre que aparecía ante las damas, semejaba un mensajero de victoria y de la felicidad. De tal forma que su conducta daba muestras de la más pura inclinación hacia Angélica, tal como si fuera un padre cariñoso, atento sólo a su cuidado. Ambas, la coronela y Angélica, tuvieron que confesarse que el coronel había juzgado rectamente al amigo, y que el prejuicio que sentían contra él era producto de una ridícula imaginación. También Margarita parecía curada de su loca pasión, y de nuevo era la francesa alegre y parlanchina.

Una carta del coronel a la coronela, y otra del capitán a Angélica, ahuyentaron los últimos restos de preocupación. La principal plaza fuerte de los enemigos había sido tomada y se había firmado la paz. Angélica se sentía plenamente feliz; siempre era el conde quien, con gran animación, relataba los audaces hechos de armas del valiente Moritz, y anunciaba la dicha que esperaba a la bella prometida. Al decir esto, un día tomó entre las suyas la mano de Angélica, la oprimió contra su pecho, preguntándole si seguía aún resultándole tan odioso como antes. Ruborizándose, avergonzada, con lágrimas en los ojos, Angélica repuso que nunca le había odiado, sino que había amado con todo su corazón a Moritz, por lo cual veía con



horror toda otra pretensión. Muy serio y solemne, el conde dijo entonces:

—Considéreme, Angélica, como si fuera un amigo fiel y paternal —y al decir esto depositó un ligero beso en su frente, que ella, pobre niña, soportó, como si fuera su propio padre, que acostumbraba a besarla de tal modo.

Todos esperaban que en breve volviese el coronel a su patria, cuando he aquí que llegó una carta, cuyo contenido daba cuenta de una gran desgracia. El capitán, al pasar por un pueblo, acompañado de un criado, sufrió el asalto de unos campesinos armados que, después de malherirle, le llevaron consigo. La alegría que hasta entonces había llenado la casa se convirtió de pronto en horror, profunda pena y enorme desconsuelo.

En la mansión del coronel había un gran revuelo. Ricos criados de librea subían y bajaban las escaleras, los carruajes entraban en el patio del palacio con los invitados, a los que recibía él, cubierto el pecho por las condecoraciones ganadas en la última campaña. En una estancia del piso superior se encontraba Angélica vestida de novia, en la plenitud de su belleza y de su juventud, junto a la coronela.

—Querida hija —dijo ésta—, tú misma has escogido con entera libertad como esposo al conde de S. Tu padre, que tanto deseaba antes esta unión, ahora no ha insistido, tras la muerte del desgraciado Moritz. Sí, tengo la sensación de que comparte el mismo sentimiento doloroso que ahora no debo ocultarte. Me resulta incomprensible que hayas olvidado tan pronto a tu



Moritz. La hora decisiva se acerca. Has concedido tu mano al conde; consulta a tu corazón, aún es tiempo. ¡No vaya a ser que el recuerdo del ausente sea como una negra sombra en tu clara vida!

—Nunca —exclamó Angélica, mientras lágrimas como perlas brotaban de sus ojos—, nunca olvidaré a mi Moritz, y nunca amaré tanto como he amado en otro tiempo. ¡El sentimiento que experimento hacia el conde es muy diferente! ¡Todavía no sé cómo éste ha sido capaz de ganar mi afecto!... ¡No!..., no le amo, no puedo amarle tal como amaba a Moritz, pero siento como si no pudiera vivir sin él, y como si sólo pudiese pensar a través suyo. Una voz interior me dice continuamente que debo ser su esposa, y que no existe para mí más vida que estando a su lado... Y sigo esta voz interior, que considero como un lenguaje secreto del presentimiento.

La doncella entró trayendo la noticia de que Margarita había desaparecido muy temprano y no se la encontraba. Un poco después, el jardinero trajo una cartita para la coronela, que Margarita le había entregado, con el encargo de dársela cuando hubiese terminado sus labores y llevase las flores al palacio. La esquelita que leyó la coronela decía así:

—Ya no me volveréis a ver más. Un cruel destino me lleva lejos de vuestra casa. Os suplico, a vos que siempre habéis sido como una madre para mí, que no me sigáis ni me forcéis a regresar. El segundo intento de darme la muerte resultará mejor que el primero. Que Angélica goce la felicidad que a mí me ha sido negada. Sed dichosos. Olvidad a la infeliz Margarita.



—¿Qué es esto? —exclamó la coronela—. ¿Se ha propuesto esta loca destruir nuestra paz? ¿Es que siempre tiene que hacer lo mismo cuando estás a punto de dar la mano al esposo? Que vaya donde quiera esta desagradecida, a quien he cuidado como si fuera una hija, que vaya donde quiera, nunca más volveré a preocuparme de ella.

Angélica rompió a llorar, al recuerdo de su perdida hermana, y la coronela le suplicó entonces que no prestase atención a una loca en momentos tan decisivos. Ya estaban todos reunidos en el salón grande, cuando sonó la hora de encaminarse a la capilla, donde un cura católico debía unir a la pareja. El coronel condujo a la novia y todos quedaron asombrados ante su belleza, realzada por la sencilla elegancia de su traje. Se esperaba al conde. Transcurrió un cuarto de hora, y luego otro, y no aparecía. El coronel se encaminó a su habitación. Un servidor dio la noticia de que el conde, después de vestirse, se había sentido repentinamente indispuesto y se dirigió al parque para dar un paseo con el fin de tomar el aire, prohibiéndole al criado que le siguiese.

Éste confesó que, no sabía por qué, la conducta del conde le preocupaba y le había pasado por la cabeza que algo espantoso le iba a suceder. Tras esto dijo que, como el conde iba a regresar de un momento a otro, debía llamarse inmediatamente a un famoso médico que se encontraba entre los invitados. Acompañado del criado, el médico aludido se encaminó al parque en busca del conde. Se dirigió por el paseo principal hacia una plazoleta rodeada de tupidos arbustos, que según recordaba el coronel, era el sitio favorito de aquél. Allí estaba



totalmente vestido de negro, con la estrella de la orden refulgiendo sobre su pecho, los brazos plegados y sentado en un banco. Se apoyaba en el tronco de un saúco floreciente, y los miraba con mirada fija. Todos sintieron un estremecimiento al verle, pues la mirada sombría de aquellos ojos, que parecían vacíos, era espantosa.

– ¡Conde S.! ¿Qué ha sucedido? – exclamó el coronel, pero no obtuvo respuesta, no se movía, no respiraba.

El médico se abalanzó hacia él, le quitó la casaca, el cuello, la camisa y le frotó la frente. Volviéndose hacia el coronel dijo con voz sofocada:

– Son vanos todos los remedios..., está muerto... El ataque le ha sorprendido precisamente aquí.

El criado prorrumpió en gritos. El coronel, sobreponiéndose al tremendo espanto que sentía, con valor varonil, le rogó que se apaciguara:

– Podemos causarle la muerte a Angélica si no procedemos con cautela – dijo.

Apenas hubo dicho esto el coronel, levantaron el cadáver y lo llevaron a un pabellón solitario, cuya llave guardaba aquél, dejándolo bajo la vigilancia del criado. Luego se encaminó con el médico hacia el palacio.

Sin saber la conducta a seguir, se preguntaba si debía ocultar a Angélica la fatal noticia o comunicársela con serenidad. Cuando entró en el salón, encontró un gran desconcierto y revuelo. Al parecer, Angélica se encontraba en alegre conversación, cuando



de pronto, cerrando los puños, cayó desmayada. La habían transportado a la estancia contigua, donde reposaba en el sofá. Su rostro no denotaba palidez, no estaba desfigurado, incluso las rosas de sus mejillas estaban más frescas y floridas que nunca, y una expresión indescriptible de apacible felicidad, algo como celestial, se extendía por su semblante. El médico, después de observarla atentamente, afirmó que no existía el menor peligro y que la joven, de manera incomprensible, se encontraba en un estado magnético. No se atrevía a despertarla violentamente y contaba con que ella misma despertaría.

Mientras, se oía un murmullo entre los invitados. La repentina muerte del conde debía de haberse dado a conocer. Todos se fueron alejando, y, poco después, se oyó rodar los carruajes. La coronela, inclinada sobre Angélica, oía su respiración. Parecía decir palabras, que nadie podía comprender. El médico no permitió que desvistieran a Angélica, ni siquiera que le quitasen los guantes; cualquier contacto podía serle fatal. De pronto, Angélica abrió los ojos, miró a lo alto y dijo con voz aguda:

— ¡Él viene! ¡Él viene!

Y levantándose del sofá, con toda la fuerza de que era capaz, se abalanzó hacia la puerta de la sala, escaleras abajo.
— ¡Está loca! — exclamó la coronela espantada—. ¡Oh Dios mío, se ha vuelto loca!

— ¡No, no — la consoló el médico —, no es locura, sino algo insólito que va a suceder!



Y siguió corriendo tras la joven. Vio cómo Angélica, saliendo por la puerta del palacio, se dirigía hacia el ancho camino con los brazos extendidos, corriendo como flecha disparada, de tal forma que la rica túnica ondeaba al viento y la cabellera suelta era juguete de la brisa. Un jinete, que cabalgaba a su encuentro, saltó del caballo y la abrazó, estrechándola contra su pecho. Dos jinetes más se detuvieron, descabalgando. El coronel, que había seguido apresuradamente al médico, permanecía asombrado ante el grupo, frotándose la frente, como tratando de despejar sus pensamientos. Era Moritz que estrechaba a Angélica; a su lado estaban Dagoberto y un caballero joven y apuesto con un rico uniforme de general.

—¡No! —exclamaba Angélica una y otra vez, estrechando al amado—. ¡No! ¡Nunca te he sido infiel, mi adorado Moritz! Y Moritz respondía:

—¡Ya lo sé!... ¡Ya lo sé! ¡Ángel mío! ¡Te había atraído con artes satánicas!

A lo que fue añadiendo más cosas mientras conducía a Angélica al palacio, en tanto los demás permanecían callados. Ante la puerta del palacio, el coronel suspiró profundamente, al parecer sobreponiéndose, y exclamó, mirando a todos, como si esperase respuesta:

—¡Qué aparición, qué prodigio tan grande!

—Pronto explicaremos todo —dijo Dagoberto, al tiempo que presentaba al coronel al forastero como el general ruso Bogislav de S., amigo íntimo del capitán.



Cuando llegaron a las habitaciones de palacio, Moritz preguntó, sin tener en cuenta el asombro y el espanto de la coronela:

—¿Dónde está el conde S.?

—Entre los muertos —repuso con voz sofocada el coronel—. Hace un instante ha sufrido un ataque. Angélica se estremeció.

—Sí —dijo—, lo sabía. En el mismo instante que murió tuve la sensación de que un cristal se quebraba en mi interior, y caí en aquel extraño estado. He debido ahuyentar aquel sueño espantoso, pues cuando recobré el sentido, ya no tenían ningún poder sobre mí aquellos ojos terribles; la tela de araña se rompió y me sentí libre. ¡Me inundó la felicidad, vi a Moritz..., a mi Moritz... Venía... Y yo volé a su encuentro!

Y al decir esto se abrazó al amado, como si temiese perderlo de nuevo.

—Alabado sea Dios —dijo la coronela, elevando su mirada al cielo—. Me habéis quitado un peso que casi me aplastaba; estoy libre de ese miedo indecible que me sobrecogió en el instante que Angélica debía entregar su mano al infeliz conde. Siempre he tenido la sensación de que mi querida hija, al tomar el anillo nupcial, se desposaba con un siniestro poder.

Como el general de S. pidiese ver el cadáver, le condujeron junto a él. Cuando quitaron la tela que cubría al difunto, y pudo contemplar el semblante del conde, contraído en un gesto crispado, se estremeció y exclamó:

—¡Es él, Dios mío, es él!



Angélica se había desmayado en brazos del capitán. La dejaron reposar y el médico dijo que nada era más beneficioso que este sueño que volvería a traer la calma a su espíritu y a su cuerpo, después de tanta excitación, con lo cual se iba a librar sin duda de alguna enfermedad amenazadora. Ninguno de los invitados se encontraba ya en el palacio.

—Ahora es el momento —dijo el coronel—, ahora es el momento de descifrar todos los extraños secretos. Dime, Moritz, ¿qué ángel del cielo te ha vuelto a la vida? —Ya sabéis —empezó a contar Moritz— de qué modo tan traicionero me derribaron en la región de S., después de firmada la paz. Herido de un disparo, caí del caballo. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento. Cuando desperté de mi oscura inconsciencia, tuve la sensación de que viajaba. Era noche cerrada. Muchas voces susurraban a mi alrededor. Hablaban en francés. ¡Así, pues, estaba herido y en poder del enemigo! Sólo pensar esto me llenó de pavor, y volví a perder el conocimiento. Tengo la vaga idea de que estuve en un estado del que solamente me queda el recuerdo de algunos momentos de un dolor de cabeza intensísimo. Una mañana desperté con plena conciencia. Me encontré en una cama limpia, casi podría decir lujosa, con cortinas de seda guarnecidas de grandes borlas y flecos. La estancia entera estaba adornada con tapetes de seda y sillas y sillones con rica guarnición de oro a la manera gótica. Un desconocido me miraba, inclinándose sobre mí. Con fuerza tiró del cordón de la campanilla. Pocos minutos después se abrió la puerta y entraron dos hombres, uno de los cuales, el de más edad, iba



vestido a la manera antigua y llevaba la cruz de San Luis. El joven se acercó a mí y, tomándome el pulso, dijo al mayor en francés: “Ha pasado el peligro... ¡Está salvado!”. Luego me presentó al mayor como el caballero de T., en cuyo palacio me encontraba. Éste venía de viaje, en el preciso momento en que los criminales campesinos me acababan de atacar y herir, con intención de asesinarme. Logró liberarme y me trasladó a su propio coche, llevándome a su palacio, muy lejos de toda comunicación de los caminos transitados por militares. En él, un hábil cirujano, que estaba a su servicio, realizó con éxito la difícil cura de la profunda herida de mi cabeza. Me dijo que amaba a mi país, que, en los amenazadores tiempos de la Revolución, le había enseñado mucho bueno, así es que se alegraba de poder serme útil. Todo lo que aquel palacio pudiera servir para mayor comodidad mía y me reportara alivio estaba a mi servicio. Además, bajo ningún concepto consentiría que me fuese antes de que mis heridas estuviesen fuera de peligro, y hasta que desapareciese la inseguridad de los caminos. Por lo demás, sentía mucho la imposibilidad de dar a mis amigos noticias del lugar donde me encontraba.

—El caballero era viudo, sus hijos estaban ausentes, de modo que habitaba el palacio únicamente en compañía del cirujano y de una numerosa servidumbre. No me cansaría de referir con pormenores cómo fui curándome en manos del hábil cirujano, cómo el caballero se encargó de hacer agradable aquella vida mía de ermitaño. Su conversación era notable y su mirada muy profunda, lo que no suele ser corriente entre los de su nación. Hablaba de arte y de ciencia, aunque evitaba siempre decir



nada de los recientes acontecimientos. Puedo afirmaros que mi único pensamiento era Angélica, y que todo mi ser se consumía sólo de pensar en el dolor que podía sentir a causa de mi muerte. Continuamente pedía al caballero que procurase enviar cartas mías al cuartel general. Pero hacía un gesto negativo con la mano y me consolaba, diciendo que en cuanto estuviera curado, sucediese lo que sucediese, prometía llevarme a mi patria. De sus manifestaciones deduje que la guerra había comenzado de nuevo y con ventaja para la Alianza, lo que ocultaba piadosamente.

(La mención de algunas cosas fue más que suficiente para afianzar las sospechas que ya abrigaba Dagoberto.)

—Estaba yo libre de fiebre, pero una noche, sin saber cómo, caí en un estado de ensoñación verdaderamente incomprensible, que todavía me estremece y me deja un recuerdo fatídico. Veía a Angélica, pero sucedía como si su figura se desdibujase temblorosa y en vano yo trataba de retenerla. Otro ser se interponía, se apoyaba en mi pecho, penetraba en el interior de mi corazón, de tal modo que la extraña sensación de placer me dejaba sin respiración. A la mañana siguiente, por casualidad, recayó mi mirada sobre un retrato que estaba frente a mi lecho y que hasta entonces no había visto. Me estremecí profundamente, pues era Margarita, que me contemplaba con sus vivos ojos negros. Pregunté al sirviente de dónde provenía el retrato y a quién representaba. Me dijo que era la sobrina del caballero, la marquesa de T., y que el retrato siempre había estado colgado allí, y que si no lo había visto hasta ayer era porque, precisamente ayer, lo había retirado para quitarle el



polvo. El caballero lo confirmó. Así, pues, siempre que despierto o en sueños pensaba en Angélica, encontraba a Margarita ante mi vista. Mi propio yo me parecía lejano, un poder extraño regía mi ser, y dominado por el terror que me sobrecogía, me daba cuenta de que no podía dejar de pensar en Margarita. Nunca olvidaré el malestar y el trastorno que me producía esta horrible situación.

–Una mañana que estaba asomado a la ventana refrescándome con las dulces auras de la brisa matinal, oí resonar en la lejanía música de trompetas. Al reconocer la alegre marcha de la caballería rusa, el corazón pareció saltarme del pecho y tuve la sensación de que espíritus favorables me llamaban y sus voces amables me proporcionaban consuelo, tendiéndome la mano hacia una nueva vida y haciendo todo lo posible para sacarme del féretro en que me tenía encerrado un poder enemigo. Raudos como centellas, algunos jinetes entraron cabalgando por el patio del palacio. Miré hacia abajo: "¡Bogislav!... ¡Bogislav!", grité lleno de entusiasmo. El caballero entró, pálido, desconcertado por la llegada inesperada de aquellos huéspedes, vacilante. Sin consideración de ninguna clase, me precipité en brazos de Bogislav.

–Con asombro me enteré de que se había firmado la paz hacía mucho tiempo y que gran parte de las tropas emprendían el regreso. Todo esto me lo había ocultado el caballero, manteniéndome como encarcelado en el palacio. Nadie, ni siquiera Bogislav, era capaz de adivinar el motivo de esta conducta, pero todos tenían presentimientos de que algo extraño había en juego. El caballero, desde aquel mismo



instante, dejó de ser el mismo y entró en una especie de decaimiento. Nos aburría con sus caprichos y pequeñeces; si yo, con el más puro sentimiento de gratitud, refería con entusiasmo cómo me había salvado la vida, él sonreía maliciosamente y parecía un lunático.

—Después de un descanso de veinticuatro horas, Bogislav emprendió la marcha y yo me uní a él. Estábamos muy contentos de dejar atrás el antiguo burgo, que nos daba la sensación de una prisión siniestra. Pero ahora continúa tú, Dagoberto, que te corresponde referir los extraños sucesos que tuvieron lugar.

—¿Cómo dudar —comenzó a decir Dagoberto— de la maravillosa capacidad de presentimiento que tiene el ser humano? Nunca creí en la muerte de mi amigo. El espíritu, que en sueños nos habla de un modo tan evidente en nuestro interior, me decía que Moritz vivía y que estaba preso por lazos misteriosos que alguien le había tendido. El enlace matrimonial de Angélica con el conde me destrozaba el corazón. Cuando después de algún tiempo regresé y vi a Angélica en aquel estado, he de confesarlo, me llenó de pavor, pues tenía la sensación de ver un horrible secreto en un espejo mágico, os lo aseguro. Así es que decidí recorrer el país hasta encontrar a mi amigo Moritz. Nada os diré de la satisfacción, de la alegría que experimenté cuando en A., en suelo alemán, encontré a Moritz y con él al general de S. Todas las furias del averno despertaron en el pecho de mi amigo, cuando se enteró del enlace de Angélica con el conde. Pero todas las maldiciones, todas las quejas desgarradoras y todos los reproches cesaron cuando le



comunique ciertas sospechas y hasta le aseguré que en sus manos estaba destruir de una vez este poder maligno. El general de S se estremeció al pronunciar yo el nombre del conde, y una vez que por orden suya le describí su semblante y figura, exclamó con fuerza: “¡Sin duda alguna es él, él mismo!”.

—Sepan que —interrumpió el general Bogislav—, sepan que el conde S., hace ya de esto muchos años, estando en Nápoles y valiéndose de medios satánicos, robó su amada a un caballero que se encontraba a sus órdenes. ¡Sí, y en el mismo instante que yo atravesé su cuerpo con mi espada, un artificio demoníaco nos separó para siempre a mi amada y a mí! Mucho después me enteré de que la herida que le había causado no era peligrosa, que pretendía la mano de mi amada y, ¡ay!, que precisamente el mismo día que iba a celebrarse la ceremonia había muerto ella a causa de un ataque.

—Dios justo y poderoso —exclamó la coronela—, ¿no le habrá amenazado el mismo destino a mi querida hija? Pero ¿cómo he podido presentir esto?

—Señora —repuso Dagoberto—, es como si la voz de un espíritu que presintiera todo os hubiese dicho la verdad.

—¿Y la horrible aparición —continuó diciendo la coronela— a que Moritz hacía alusión aquella tarde cuando entró el conde de S. de aquel modo tan siniestro?

—Tuve la sensación —dijo Moritz al reanudar el relato— de una ráfaga espantosa, como el hálito de la muerte, y me pareció que una figura pálida y fantasmal de imprecisos perfiles



cruzaba la estancia. Hice un esfuerzo de voluntad para dominar mi espanto. Conservé el conocimiento suficiente para darme cuenta de que Bogislav se había quedado como muerto. Cuando volvió en sí, gracias a la ayuda de un médico, al que llamamos, me tendió la mano diciendo: “Pronto, mañana, terminarán mis sufrimientos”. Y así sucedió, tal como lo había previsto, pero de modo muy diferente, pues la divina Providencia lo había decidido así. A la mañana siguiente, en medio de un combate terrible, un trozo de metralla le alcanzó en el pecho y cayó del caballo. El trozo de metralla partió en mil trozos el retrato de la infiel que siempre llevaba en el pecho y desde entonces mi amigo Bogislav nunca más en su vida volvió a sentir inquietud ni angustia.

—Es cierto —repuso el aludido—, incluso el pensamiento de mi amada sólo me produce ese dulce dolor que tanto bien hace a veces. Ahora seguirá contando Dagoberto lo que nos sucedió.

—Nos apresuramos a irnos de A. —prosiguió éste—. Hoy por la mañana, al amanecer, nos encontramos en la pequeña ciudad de R, a seis millas de este lugar. Decidimos descansar algunas horas y luego cabalgar hasta aquí. Qué sorpresa sería la nuestra cuando encontramos en la hostería a Margarita, cuyo semblante pálido denotaba la locura. Echándose a los pies del capitán, abrazó llorando sus rodillas; dijo que se consideraba una malvada criminal, digna de recibir cien veces la muerte, y suplicó que la matase allí mismo. Moritz se apartó de ella con profundo horror y se alejó corriendo.



—En efecto —corroboró éste a su amigo—, en efecto, cuando vi a Margarita a mis pies vinieron a mi memoria todos los sufrimientos padecidos durante mi espantosa enfermedad en el palacio y sentí que una ira desconocida me dominaba. Estuve casi a punto de atravesar el pecho de ella con la daga, pero logré dominarme y me alejé.

—Yo, entonces —continuó Dagoberto—, levanté a Margarita del suelo, la llevé a la estancia contigua y logré calmarla, al tiempo que pude enterarme, por sus entrecortadas palabras, de lo que había presentido. Luego me dio la carta que el conde le había entregado a medianoche. ¡Y aquí la tenéis!

Dagoberto sacó la carta, la desdobló y leyó lo siguiente:

—¡Huid, Margarita! ¡Todo está perdido! ¡Se acerca ese hombre odioso! Toda mi ciencia nada puede frente a ese negro destino que va a vencerme, cuando ya estaba en la cima. ¡Margarita! Os he iniciado en secretos que aniquilarían a cualquier ser vulgar que intentase saberlos. Dueña ya de una fuerza espiritual, de una voluntad de acero, sois una aventajada discípula del experimentado maestro. Me habéis ayudado mucho. Gracias a vos pude dominar a Angélica y dominar lo más profundo de su ser. Quise concederos la felicidad que tanto anheláis y comencé a trazar los peligrosos círculos, esas operaciones, de los que yo mismo me horrorizo. ¡En vano!... ¡Huid, de lo contrario pereceréis! Hasta el momento culminante trataré de atacar al enemigo. Pero justo en ese momento me sorprenderá una muerte súbita... Moriré solo. Cuando llegue el momento me iré paseando hacia el árbol maravilloso, a cuya



sombra a menudo os refería los prodigiosos secretos que domino. ¡Margarita!, renunciad para siempre a estos secretos. La Naturaleza, esta madre cruel, contraría a sus hijos desnaturalizados, arroja de sí a los espías curiosos que tratan de levantar su velo y les lanza un juguete brillante, tan atractivo que dirigen su fuerza destructiva contra ellos mismos. Yo había estrangulado a una mujer justamente en el preciso instante que trataba de abrazar en plenitud amorosa. Esto paralizó mi fuerza y todavía, loco de mí, creía en la felicidad terrena. Adiós, Margarita. Regresa a vuestra patria. Ve con el caballero de T., que cuidará de vos. ¡Adiós!

Cuando Dagoberto hubo terminado de leer la carta, todos se estremecieron.

—Así, pues, me veo forzada a creer —comenzó a decir lentamente la coronela— en cosas contra las que se rebela lo más íntimo de mi ser. Pero lo que ciertamente me resultaba muy extraño era cuan presto se había olvidado Angélica de Moritz y se había vuelto hacia el conde. No se me ha escapado que continuamente se encontraba en un estado de exaltación enorme, que me tenía muy preocupada. Recuerdo que la inclinación de Angélica comenzó a manifestarse del siguiente modo: ella me decía que casi todas las noches soñaba con el conde y que eran sueños muy agradables.

—Cierto —continuó Dagoberto—, Margarita me confesó que por orden de aquél todas las noches se acercaba a Angélica y pronunciaba a su oído el nombre del conde, suave, suavemente, con voz agradable. Incluso que el mismo conde muchas veces, a



mitad de la noche, abría la puerta, entraba y durante algunos momentos clavaba su penetrante mirada en Angélica, que estaba dormida, alejándose luego. Ahora que acabo de leer esta significativa carta, ¿me permiten un comentario? Tengo la certeza de que se ha valido de toda clase de armas secretas para ejercer un efecto psíquico en los caracteres y que esto lo lograba gracias a una fuerza especial que le había concedido la Naturaleza. Estaba en relación con el caballero de T. y pertenecía a esa escuela invisible que cuenta con algunos miembros en Francia y en Italia, y que procede de la antigua escuela de P-scheu. Por este motivo, el caballero de T. mantenía encerrado en su palacio al capitán y ejercía sus artes mágicas sobre él. Puedo darles pruebas de los medios secretos de que se valía el conde para dominar el principio psíquico y, por lo que me descubrió Margarita, podría referir muchas cosas de esa ciencia, que no me es desconocida, pero cuyo nombre no puedo decir por temor a no ser comprendido...; en fin, dejemos esto por hoy.

—¡Oh, para siempre! —dijo la coronela muy exaltada—. No quiero saber nada más de ese reino desconocido, donde habitan el espanto y el terror. Gracias a la divina Providencia, ha salvado a mi amada hija, nos hemos librado del huésped siniestro, que en tan mal momento entró en nuestra casa.

Se decidió que al siguiente día volverían a la ciudad. Sólo iban a quedarse la coronela y Dagoberto para cuidar del entierro del conde.



Hacía ya mucho que Angélica era esposa feliz del capitán, sucedió, pues, que en una noche tempestuosa de noviembre, la familia, en compañía de Dagoberto, estaba reunida en la misma sala, junto a la chimenea encendida, igual que aquella vez que el conde de S. entró, abriendo la puerta de manera fantasmal. Como entonces, silbaban y ululaban extrañas voces que el viento huracanado transmitía por las chimeneas.

—¿Os acordáis —preguntó la coronela con mirada brillante—, os acordáis?

—¡No quiero historias de fantasmas! —exclamó el coronel.

Pero Angélica y Moritz comenzaron a comentar lo que experimentaron aquella noche y cómo entonces sintieron cuánto se amaban, así es que no cesaban de mencionar los menores detalles de lo entonces ocurrido, haciendo referencia a la pura luz de su amor y al dulce estremecimiento de pavor que despertó en sus pechos la llegada del huésped siniestro, y de aquellas voces fantasmales que parecían anunciar algo más pavoroso aún.

—¿No te parece, amor mío —dijo Angélica—, como si los extraños rumores de la tormenta, que ahora se oyen, temblasen con voz amiga de nuestro amor?

—Es cierto —repuso Dagoberto—, es cierto, y hasta los silbidos y el zumbar de la tetera no resultan ya tan horribles como nos lo parecían antes, sino que semejan una graciosa canción de cuna musitada por el geniecillo del hogar.



Angélica escondió su semblante, ruborizado como una rosa, en el pecho del felicísimo Moritz. Éste pasó el brazo en torno de la bella amada y dijo suavemente:

—¿Será posible que exista una felicidad mayor que ésta?